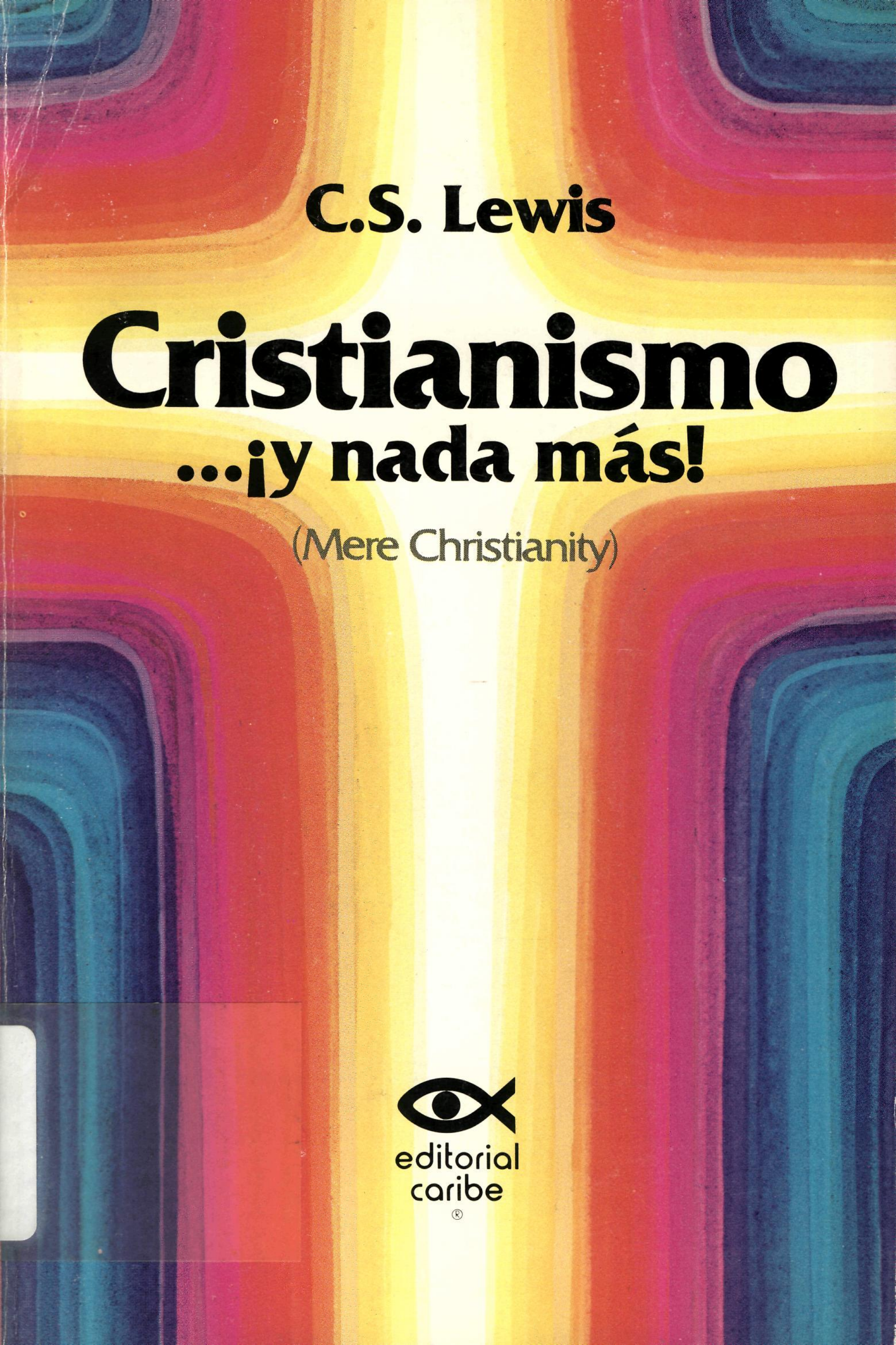

C.S. Lewis
Cristianismo
...¡y nada más!
(Mere Christianity)
editorial
caribe
®

**Cuando al cristianismo
se le despoja de
todo sectarismo
lo que queda es una joya
deslumbrantemente bella.
Hela aquí descrita.**

Hasta donde puedo juzgar por las críticas en periódicos y revistas y por las numerosas cartas que me han escrito, este libro, cualesquiera sean sus fallas en otros aspectos, ha logrado presentar un cristianismo con el que todos han de estar de acuerdo, un cristianismo común, un cristianismo central, un "cristianismo ... ¡y nada más!" Espero, sin embargo, que ninguno de mis lectores supongan que **Cristianismo... ¡y nada más!** es presentado como una alternativa frente a los credos de las comuniones ya existentes... Es más bien un gran salón con puertas que dan a varios cuartos. Si logro que alguien penetre en ese salón habré logrado lo que me propuse. Pero es en los cuartos, no en el salón, donde están las estufas, las sillas y la comida. El salón es un lugar de espera, un lugar desde el cual se llega a los cuartos, y no un sitio para vivir en él.

El autor

Clive Staples Lewis fue durante muchos años profesor de literatura medieval y renacentista en la universidad de Cambridge, Inglaterra. Murió en 1963. En esta obra, al igual que en las **Crónicas de Narnia, El problema del dolor** y **Los cuatro amores** que esta editorial está publicando, revela una firme y clara comprensión de la vida y de ese ... hombre.

Cristianismo
...¡y nada más!

C.S. Lewis

Cristianismo ...¡y nada más!

(Mere Christianity)



1360 N.W. 88 Ave.
Miami, Fla. 33172, E.E.U.U.

Título del original en inglés:
Mere Christianity

Traductor: Julio C. Orozco O.

Library of Congress Catalog
Card No. 77-85609

Printed in U.S.A.
Impreso en E.E.U.U.

Contenido

Prefacio

El contenido de este libro se transmitió primero por la radio y luego fue publicado en tres partes separadas con los títulos de *The Case for Christianity* (1943)*, *Christian Behaviour* (1943), y *Beyond Personality* (1945). En su forma impresa le hice unas cuantas adiciones a lo que dije por los micrófonos, pero el texto esencial no fue alterado. Pienso que una "charla" en la radio debe ser en lo posible una charla, y no debe sonar como una conferencia leída. Por ello usé en mis charlas todas las contracciones y modismos que de ordinario empleo en la conversación. En la versión impresa reproduje esta forma de hablar; y cuando en mis charlas, para destacar la importancia de una palabra, puse cierto énfasis en la voz, esto lo destaqué en lo impreso empleando letras cursivas. Ahora casi me hallo inclinado a pensar que esto fue una equivocación: un híbrido indeseable entre el arte de hablar y el arte de escribir. Quien habla debe modular la voz para dar énfasis porque este medio de expresión se presta para tal método; pero un escritor no debe utilizar cursivas con este mismo propósito. El escritor tiene sus propios y diferentes medios de destacar las palabras claves, y debe emplearlos. En esta edición he reemplazado la mayoría de las cursivas dándoles nuevas formas a la frases, pero sin alterar, espero, el tono "popular" o "familiar" que intenté darles. También

*Se publicó en Inglaterra bajo el título de *Broadcast Talks*.

he añadido o suprimido cosas donde pensé que alguna parte de mi tema lo entendía mejor ahora que hace diez años, o en donde me di cuenta que la versión original había sido mal interpretada.

El lector debe entender desde ahora que no ofrezco ayuda alguna para quien está vacilando entre dos confesiones cristianas. No sabrá por mí si debe hacerse anglicano, católico romano, metodista o presbiteriano. Esta omisión es intencional (y aun al mencionar estas confesiones religiosas me he ceñido a su orden alfabético). No existe misterio alguno en cuanto a mi propia posición. Soy un simple feligrés laico de la Iglesia de Inglaterra (anglicana), sin ningún énfasis particular en ninguna de las tendencias teológicas y litúrgicas de tal iglesia. Pero en este libro no estoy tratando de convencer a ninguno para que abrace mi propia posición. Desde que me hice cristiano he pensado que el mejor, y quizás el único servicio que puedo prestar a mi prójimo que no cree, es explicar y defender la fe que ha sido común a todos los cristianos de todos los tiempos. Me asiste más de una razón para pensar en esta forma. En primer lugar, los asuntos que dividen a los cristianos a menudo tienen que ver con puntos de teología avanzada o aun de historia eclesiástica, cosas que nunca deberían ser tratadas sino por verdaderos expertos. Tales aguas son demasiado profundas para mí; en ellas tengo más necesidad de ser ayudado que capacidad para prestar ayuda. Y en segundo lugar, creo que debemos reconocer que la discusión de estos puntos que se debaten no son los más apropiados para inducir a alguien que se encuentre fuera a que entre al redil de Jesucristo. Mientras nos mantengamos escribiendo o hablando sobre ellas, es más probable que estemos haciendo que se arrepienta de integrarse en cualquiera de las comuniones cristianas que induciéndolo a entrar en la nuestra. Nuestras divisiones no deben ser discutidas sino sólo en presencia de los que ya han creído que existe un solo Dios y que Jesucristo es su unigénito Hijo. Finalmente, tengo la impresión de que hay más autores, bien calificados por

cierto, empeñados en asuntos controversiales que ocupados en la defensa de lo que Baxter llama "Cristianismo y nada más". Esta parte de la línea donde pensé que podía prestar mis mejores servicios es también la parte más débil. Y a ella naturalmente acudí.

Hasta donde sé, éstos fueron mis únicos motivos, y me sentiría muy feliz si no sacaran conclusiones fantásticas de mi silencio sobre ciertos temas en disputa.

Por ejemplo, tal silencio no significa necesariamente que yo me halle mirando los toros desde la barrera. Algunas veces así es. Hay asuntos y divergencias entre los cristianos para los cuales no creo tener la respuesta. A algunas de estas cosas puede que nunca llegue a encontrarle la respuesta. Si pregunto, aun en un mundo mejor, es muy probable que reciba la respuesta que alguna vez recibió un interrogador mucho mayor que yo: "¿Qué te importa a ti? Sígueme tú". Sin embargo, hay otras cosas acerca de las cuales estoy definitivamente al otro lado de la cerca, y aun así no digo nada. Porque no estoy escribiendo para exponer algo que podría llamar "mi religión", sino para exponer el cristianismo "y nada más", el cual es lo que es y era lo que era mucho antes de que yo naciera, me guste o no me guste.

Algunos llegan a conclusiones sin fundamento alguno por el hecho de que yo no digo más en cuanto a la bienaventurada virgen María que lo que tiene que ver con el nacimiento virginal de Cristo. La razón por la que procedo así, ¿no es obvia? Si me atreviera a decir más, esto de inmediato me haría penetrar en regiones altamente controversiales. Y entre los cristianos no existe controversia que necesite ser tratada con mayor delicadeza que esta. Las creencias católicas romanas en cuanto a este asunto son sostenidas no sólo con el fervor ordinario que lleva consigo toda sincera creencia religiosa, sino también, y en forma muy natural, con la sensibilidad caballeresca de un hombre cuando se pone en juego el honor de su madre o de su amada. Es muy difícil disentir del tal sin aparecer ante sus ojos como un grosero y

como un hereje. Y por otra parte, lo que el protestante cree sobre este tema suscita sentimientos que van hasta las raíces mismas del monoteísmo. Para los protestantes radicales parece que se halla en peligro la distinción entre el Creador y la criatura (por santa que ésta sea) y que el politeísmo surge de nuevo. Por lo tanto, es bien difícil disentir de ellos sin quedar como algo peor que un hereje: un idólatra, un pagano. Si existe algún tema que puede hacer naufragar un libro en cuanto a "Cristianismo y nada más", si existe un tema que carezca de interés alguno para los que aún no creen que el Hijo de la virgen es Dios, con toda seguridad que es este tema.

Por extraño que parezca, de mi silencio sobre puntos en disputa no se puede siquiera llegar a la conclusión de que los considero importantes ni de que los considero sin importancia. Porque esto en sí mismo es precisamente uno de los puntos de disputa. Una de las cosas sobre las cuales todos los cristianos no están de acuerdo es en cuanto a la importancia de sus desacuerdos. Cuando dos cristianos de diferentes denominaciones empiezan a discutir, por lo general no pasa mucho tiempo antes de que uno de ellos pregunte si tal o cual punto "realmente tiene alguna importancia" y que el otro replique: "¿Que si tiene importancia? Claro; es absolutamente esencial".

Todo esto lo digo sencillamente para dejar en claro qué clase de libro trato de escribir; de ninguna manera para esconder o evadir responsabilidades en cuanto a mis propias creencias. En cuanto a ellas, como antes dije, no existe secreto alguno; para citar a mi tío Toby: "Ellas están escritas en el Libro de Oración Común".

Claramente el peligro se hallaba en que yo pudiera presentar como cristianismo común cualquiera cosa que fuera una peculiaridad de la Iglesia de Inglaterra o, lo que es peor, una creencia muy mía. Traté de evitar esto enviando el manuscrito original de lo que es ahora el Libro II a cuatro clérigos: un anglicano, un metodista, un presbiteriano y un católico

romano, para que me dieran sus opiniones críticas. El metodista me dijo que yo no había dicho lo suficiente en cuanto a la fe, y el católico romano pensó que yo había ido demasiado lejos en cuanto a la comparativa falta de importancia de las teorías en cuanto a la expiación. En todo lo demás, tanto los cuatro clérigos como yo estuvimos de acuerdo. En cuanto a los otros libros no busqué esta "censura" porque en ellos, aunque puedan presentarse diferencias entre los cristianos, éstas son diferencias entre individuos o escuelas de pensamiento, y no entre denominaciones.

Hasta donde puedo juzgar por las críticas en periódicos y revistas y por las numerosas cartas que me han escrito, este libro, cualesquiera sean sus fallas en otros aspectos, ha logrado presentar un cristianismo con el que todos han de estar de acuerdo, un cristianismo común, un cristianismo central, un "cristianismo ¡y nada más!" En este sentido es posible que sea útil silenciar el punto de vista de que, si omitimos los puntos que se hallan en disputa, nos hemos de quedar con una vaga y anémica S.F.C. (santa fe cristiana). La S.F.C. resuta ser algo que es no sólo positivo sino punzante, distanciada de todas las creencias no cristianas por un abismo que no es comparable en realidad a ninguna de las peores divisiones dentro de la cristiandad. Si no he ayudado en forma directa a la causa de la unión, tal vez he dejado establecido claramente por qué debe efectuarse esta unión. Por cierto que he encontrado poco del fabuloso *odium theologicum* en miembros convencidos de comuniones distintas a la mía. La hostilidad ha provenido más de gentes que se hallan en las fronteras de la Iglesia de Inglaterra o fuera de ella; hombres que no militan exactamente dentro de comunión religiosa alguna. Esto lo encuentro curiosamente consolador. Es en el centro, donde moran sus más verdaderos hijos, donde cada una de las comuniones cristianas se hallan más próximas las unas de las otras en espíritu, si no en doctrina. Y esto sugiere que en el centro de cada una hay algo, o Alguien, que a pesar de todas las divergencias de creencia, de todas las

diferencias de temperamentos, de todas las memorias de persecusiones mutuas, habla con la misma voz.

No hablemos más en cuanto a las omisiones mías en asuntos doctrinales. En el Libro III, que trata de los asuntos morales, he guardado también silencio sobre algunas cosas, pero por una razón diferente. Desde que serví como soldado de infantería en la Primera Guerra Mundial, he detestado en gran manera a los que, en puestos resguardados y seguros, exhortan a quienes se hallan en las líneas de fuego. Como resultado de esto me siento casi cohibido de hablar de tentaciones a las cuales yo mismo no me hallo expuesto. Supongo que no todos los hombres se sienten tentados por todos los pecados. El impulso que lleva a algunos a entregarse a los juegos de azar está fuera de mi temperamento; y, sin dudas, por esto yo pago el precio de carecer de algún buen impulso de lo que es el exceso o la perversión. Por ello no me siento calificado para dar consejo en cuanto al juego permisible y el que no lo es: porque si es que hay alguno que sea permisible, no pretendo saberlo. Tampoco he dicho nada en cuanto al control de la natalidad. No soy mujer, ni tampoco soy casado, ni soy sacerdote. No pienso que yo deba tomar una posición firme en cuanto a dolores, peligros y gastos de los cuales me hallo exento; no ocupo oficio pastoral alguno que me obligue a hacerlo.

Puede que haya objeciones muy profundas, y ya han sido expresadas, contra el uso que hago de la palabra *cristiano* en el sentido de alguien que acepta las doctrinas comunes del cristianismo. Algunos me dicen: "¿Quién eres tú para decir quién es cristiano y quién no lo es?" o "¿No hay más de uno que, aunque no acepta tales doctrinas, es más cristiano, está más cerca del espíritu de Cristo, que otros que sí las aceptan?" En un sentido esta objeción es muy correcta, muy caritativa, muy espiritual y muy sensata. Tiene todas las cualidades excepto la de ser útil. Sencillamente no podemos, sin que ello nos lleve al desastre, usar el lenguaje que

nuestros críticos quisieran que usáramos. Trataré de esclarecer esto por medio de la historia de otra palabra de mucho menor importancia.

Originalmente un *caballero* era algo reconocible: poseía escudo de armas y alguna propiedad territorial. Cuando de alguien se decía que era un "caballero", no era un cumplido, sino el reconocimiento de un hecho. Si se decía que no era un "caballero", no se le estaba insultando, sino dando información. No existía contradicción alguna al decir que Juan era un mentiroso y un caballero como no la hay cuando decimos que Jaime es un tonto y un licenciado en filosofía. Pero luego vinieron algunos que dijeron muy caritativa, apropiada, espiritual y sensatamente, pero sin utilidad alguna: "Ah, pero lo importante acerca de un caballero no es que tenga escudo de armas y posea tierras, sino su manera de proceder". Un verdadero caballero es aquel que se comporta como un caballero. En este sentido Eduardo es más caballero que Juan. Claro que sí. El ser honorable, cortés y valeroso ciertamente es mejor que tener un escudo de armas. Pero no es la misma cosa. Y todavía peor, no es algo en lo cual todos estén de acuerdo. Llamar a un hombre "caballero" en este nuevo y refinado sentido viene a ser, en efecto, no una forma de dar información en cuanto a él, sino una manera de alabarlo. Negar que sea un "caballero" se convierte sencillamente en una forma de insultarlo. Cuando una palabra deja de ser un término de descripción y se convierte en un término de alabanza, ya no establece hechos en cuanto al sujeto; ya sólo dice cuál es la opinión de quien habla en cuanto al sujeto. (Una comida es "buena" cuando agrada al que habla.) Un *caballero*, una vez que el término se ha espiritualizado y refinado, despojándolo de su antiguo sentido material y objetivo, es un individuo que es del agrado de quien así lo llama. Como resultado, el vocablo *caballero* es ahora una palabra inútil. Ya tenemos muchos términos para expresar aprobación y no es necesario añadir uno más; por otra parte, si alguien, en un sentido histórico, quiere emplear tal palabra

en su sentido antiguo, no lo podrá hacer sin explicaciones. Ya no sirve para expresar aquello.

Y una vez que permitimos que se empiece a espiritualizar y a refinar, y como algunos dirían a "profundizar", el sentido de la palabra *cristiano*, también rápidamente se convierte en algo ya no utilizable. En primer lugar, los cristianos mismos nunca estarían en capacidad de aplicarla a nadie. En el sentido más profundo, no nos corresponde a nosotros juzgar quién está o no está más próximo al espíritu de Cristo. No podemos ver dentro de los corazones humanos. No podemos juzgar, y en efecto se nos prohíbe juzgar. Sería arrogancia de parte nuestra decir que un hombre es cristiano en este sentido refinado de la palabra. Y es obvio que una palabra que nunca puede ser empleada viene a ser una palabra inútil. Y en cuanto a los incrédulos, no hay duda alguna de que la emplean en el sentido refinado. En sus labios es simplemente un cumplido. Al decir de alquien que es un cristiano quieren decir que es una buena persona. Pero al usarla en este sentido no estamos enriqueciendo el lenguaje, pues ya existe la palabra *bueno*. Con esta tendencia se echa a perder el buen empleo que se hacía antes de la palabra *cristiano*.

Por lo tanto, hemos de aferrarnos al sentido original y obvio. El nombre de *cristianos* por primera vez les fue dado en Antioquía (Hch. 11:26) a los "discípulos", a los que aceptaban las enseñanzas de los apóstoles. No cabe duda de que se aplicaba restringidamente a quienes se beneficiaban al máximo de las doctrinas de los apóstoles. Tampoco hay duda de que se extendiera para aplicarla a quienes en una forma refinada, espiritual e interior estuvieran "más allegados al espíritu de Cristo" que los menos satisfactorios de los discípulos. El punto no es ni teológico ni moral. Es solo cuestión de utilizar bien las palabras para que podamos entender lo que se está diciendo. Cuando alguien acepta la doctrina cristiana pero no vive conforme a ella, es mucho más claro decir que es un mal cristiano que decir que no es cristiano.

Espero que ninguno de mis lectores suponga que "Cristianismo y nada más" es presentado como alternativa frente a los credos de las comuniones ya existentes, como si alguien pudiera aceptarla en lugar del congregacionalismo o la ortodoxia griega o cualquiera otra cosa. Es más bien un gran salón con puertas que dan a varios cuartos. Si logro que alguien penetre en ese salón, habré logrado lo que me propuse. Pero es en los cuartos, no en el salón, donde están las estufas, las sillas y la comida. El salón es un lugar de espera, un lugar desde el cual se llega a los cuartos; no es un sitio para vivir en él. En ese sentido, creo yo, el peor de los cuartos (cualquiera que sea), es preferible. Es verdad que algunos encontrarán que tienen que esperar en él un tiempo considerable, al paso que otros se sentirán casi enseguida seguros de en cuál de las puertas deben tocar. Yo no sé el porqué de esta diferencia, pero estoy seguro de que Dios no deja a nadie esperando por largo tiempo a menos que El crea que le sea mejor esperar. Cuando hayas entrado en tu habitación hallarás que la larga espera te produjo algún bien que de otra manera no habrías logrado. Pero debes considerar esto como una espera y no como un lugar de acampar. Debes mantenerte orando en busca de iluminación; y, por supuesto, aun en el salón debes tratar de obedecer las reglas que son comunes a todos los de la casa. Y, sobre todo, debes mantenerte investigando cuál es la puerta verdadera; no cuál es la que más te agrada por su color y su empanelado. En lenguaje sencillo, la pregunta no debe ser: "¿Me gusta este tipo de culto?", sino: "¿Son estas doctrinas verdaderas? ¿Existe aquí santidad? ¿Me impulsa mi conciencia a escoger esta habitación? El que no me decida a tocar a esta puerta, ¿se debe a mi orgullo, al mero gusto personal o a que no me gusta el portero?"

Cuando hayas escogido tu propia habitación, sé amable con quienes han escogido diferentes puertas y con quienes aún permanecen en el salón de espera. Si se han equivocado necesitan de tus oraciones mucho más; si son enemigos tuyos, tienes órdenes de orar por ellos. Esta es una de las reglas comunes para todos los moradores de la casa.

LIBRO I

Lo correcto y lo incorrecto como pistas para hallar el significado del universo

1. La ley de la naturaleza humana

Todos hemos oído a dos personas discutiendo. Algunas veces suena chistoso y algunas otras sencillamente desagradable; pero suene como suene, creo que podemos aprender algo escuchando las cosas que se dicen. Dicen cosas como estas: "¿Qué dirías si alguien hiciera lo mismo contigo?" "Esta es mi silla; yo la agarré primero". "Déjalo, no te está haciendo ningún mal". "¿Por qué me empujaste primero?" "Dame un pedazo de tu naranja; yo te di de la mía". "Vamos; tú me lo prometiste". Todos los días la gente dice cosas como éstas, ya se trate de personas educadas o no, de niños o de personas mayores.

Lo que a mí me interesa en cuanto a estas expresiones es que quien las dice no está expresando solamente que no le agrada la manera de proceder de la otra persona. Está apelando a cierta clase de regla de conducta que supone que la otra persona debe conocer. Rara vez el otro replica: "Al diablo con tus reglas". Casi siempre trata de argumentar que lo que hace no va en realidad contra las reglas, o que si las transgredió tiene para ello una excusa especial. Pretende hacer ver que hay una razón especial en este caso particular para que la persona que tomó primero la silla no la conserve, o que las cosas eran algo distintas cuando se le dio el pedazo de naranja, o que algo sucedió que le impidió cumplir la promesa. Parece como si en efecto ambas partes tuvieran muy en mente alguna especie de ley o regla de juego limpio, o con-

ducta decente o de moralidad o de cualquiera otra cosa por el estilo, con la cual todos están de acuerdo. Y lo están. De no ser así, claro, pelearían como animales, pero no *discutirían*. Discutir es tratar de mostrar que la otra persona está equivocada. Y no habría sentido alguno en tratar de hacer esto a menos que haya alguna especie de acuerdo en cuanto a lo que es lo correcto e incorrecto; como tampoco tendría sentido el decir que un jugador de fútbol ha cometido una falta a menos que exista algún acuerdo en cuanto a las reglas del fútbol.

Esta ley o regla en cuanto a lo correcto y lo incorrecto se conoce como ley de la naturaleza. Hoy día, cuando hablamos de las "leyes de la naturaleza", por lo general nos referimos a cosas como la gravedad, la herencia o las leyes de la química. Pero cuando los pensadores antiguos llamaron a la ley de lo correcto y lo incorrecto "ley de la naturaleza", se referían a la ley de la naturaleza *humana*. La idea era que así como todos los cuerpos se hallan gobernados por la ley de la gravitación y los organismos por las leyes biológicas, la criatura llamada hombre también tiene *su* ley, con esta gran diferencia: un cuerpo no puede escoger entre obedecer la ley de la gravitación o no, mientras que el hombre puede escoger obedecer la ley de la naturaleza o desobedecerla.

Podemos decir esto en otra forma. Cada hombre se halla sujeto en todo momento a varias leyes, pero sólo hay una de ellas que él puede determinar desobedecer. Como cuerpo, se halla sujeto a la ley de la gravitación y no puede desobedecerla; si se le deja sin soporte alguno en el aire, no tiene más alternativa de caer o no caer que una piedra. Como organismo, está sujeto a varias leyes biológicas que no está en mayor capacidad de desobedecer que un animal. Esto es, no puede desobedecer aquellas leyes que comparte con otras cosas; pero la ley que es peculiar a su naturaleza humana, la ley que no comparte con los animales o los vegetales o las cosas inorgánicas, la puede desobedecer si así lo prefiere.

A la ley se le dio el nombre de ley de la naturaleza porque la gente pensaba que todos la conocían por naturaleza y no

había necesidad de ser enseñada. Por supuesto que esto no significaba que no se pudiera encontrar aquí y allá algún individuo raro que no la conociera, tal como hay gente que no puede distinguir los colores o no tiene oído para la música. Pero tomando la raza como un todo, pensaban que la idea humana de la conducta decente era obvia para todos. Y creo que estaban en lo cierto. Si no, todas las cosas que decimos en cuanto a la guerra carecen de sentido. ¿Qué sentido hubiera tenido el decir que el enemigo estaba equivocado a menos que lo correcto sea algo que los nazis en el fondo conocían tan bien como nosotros y debían poner en práctica? Si no tenían noción alguna de lo que consideramos correcto, aunque de todos modos hubiéramos peleado contra ellos, no podríamos haberlos inculpado por lo que hicieron más de lo que podríamos haberlos inculpado por el color de su cabello.

Sé que algunos dicen que la idea de que existe una ley de la naturaleza o de la conducta decente que todos los hombres conocen no tiene sentido, puesto que las diferentes civilizaciones y las diferentes épocas han tenido muy diferentes moralidades.

Pero esto no es verdad. Ha habido diferencias entre sus procedimientos morales, pero nunca han llegado a una diferencia total. Si alguien se toma el trabajo de comparar las enseñanzas morales de, digamos, los egipcios, los babilonios, los hindúes, los chinos, los griegos y los romanos antiguos, lo que lo dejará realmente asombrado es la semejanza que existe entre cada una de esas enseñanzas y las nuestras. Algunas de las evidencias de esto las he coleccionado en el apéndice de otro libro titulado *The Abolition of Man*; pero para nuestro propósito de ahora baste pedirle al lector que piense en qué significaría una moral totalmente diferente. Piense en un país donde la gente admirara a quienes desertaran del campo de batalla, o donde un hombre se sintiera orgulloso de engañar a todos los que hubieran procedido bien con él. Es como tratar de imaginarse un país donde dos y dos fueran cinco. Los hombres pueden diferir en cuanto a con quiénes se

debe proceder sin egoísmo (con los miembros de nuestra propia familia, con nuestros connacionales o con todo el mundo). Pero siempre han estado de acuerdo en que uno mismo no debe ponerse en el primer lugar. El egoísmo nunca ha sido admirado. Los hombres han diferido en cuanto a si se puede tener sólo una esposa o cuatro; pero siempre han estado de acuerdo en que no se puede simplemente tener la mujer que a uno le venga en gana.

Pero lo más notable es lo siguiente. Cuando uno se topa con alguien que dice que no cree que exista lo correcto y lo incorrecto, algo más tarde se verá que el mismo hombre echa mano de este principio. Puede que no cumpla la promesa que hizo; pero si se trata de no cumplirle lo que se le ha prometido, se quejará de que no es justo en menos de lo que un mono se rasca una oreja. Puede darse el caso de que una nación diga que los tratados no importan; pero casi en el mismo instante se contradice al decir que quiere romper un tratado particular porque no es justo. Si los tratados no importan, y si nada es correcto ni incorrecto (en otras palabras, si no hay ley de la naturaleza), ¿cuál es la diferencia entre un tratado justo y otro injusto? ¿No dejan al gato fuera de la bolsa al mostrar que, digan lo que digan, conocen la ley de la naturaleza como todos los demás?

Parece, entonces, que nos vemos forzados a creer que existe lo correcto y lo incorrecto. Puede que algunas veces las gentes se equivoquen en cuanto a esto, tal como algunas veces suman mal; pero no es un asunto de gusto u opinión, como tampoco lo son las tablas de multiplicación. Si ya estamos de acuerdo en cuanto a esto, pasaré al punto siguiente, el cual es el siguiente. Nadie es completamente fiel a la ley de la naturaleza. Si hay alguna excepción entre mis lectores, les pido disculpas. Les traería mayor utilidad leer otra obra cualquiera, pues nada de lo que voy a decir tiene que ver con ellos. Y ahora, tornando a los seres humanos normales que quedan:

Espero que nadie interprete mal lo que voy a decir. No estoy predicando, y Dios sabe que no pretendo ser mejor que

nadie. Estoy sólo tratando de llamar la atención a un hecho: que en este mismo año, en este mismo mes, y con toda probabilidad en este mismo día, no hemos puesto en práctica la clase de conducta que esperamos que los otros practiquen. Puede ser que encontremos toda clase de excusas. Cuando no procedimos bien con los niños fue porque nos hallábamos muy cansados. Aquella vez que procedimos un poco obscuramente en cuanto a asuntos de dinero (ya casi lo hemos olvidado) era que nos hallábamos acosados por alguna necesidad. En cuanto a lo que prometimos hacer a favor de Perano, nunca lo habríamos prometido si hubiéramos sabido cómo íbamos a estar de ocupados. Y en cuanto a nuestro proceder con la esposa o el esposo, la hermana o el hermano, si hubiéramos sabido lo irritantes que ellos son, no nos admiraríamos tanto de los resultados. (Y ¿quién diablos soy yo? Soy lo mismo que ellos.) En otras palabras, no hemos cumplido muy bien la ley de la naturaleza; y cuando alguien nos dice que no la estamos cumpliendo, de inmediato encontramos una impresionante sarta de excusas. Lo que ahora interesa no es si son o no válidas. El punto que se destaca es que son una prueba más de cuán profundamente, ya sea que nos guste o no, creemos en la ley de la naturaleza. Si no creemos en la conducta decente, ¿por qué entonces debemos mostrarnos tan ansiosos de presentar excusas por no habernos comportado decentemente? La verdad es que creemos tanto en la decencia, sentimos tanto la presión de la ley, que no podemos enfrentarnos al hecho de que la estamos quebrantando, y por lo tanto, tratamos de zafarnos de la responsabilidad. Porque se notará que es a nuestro mal comportamiento al que le hallamos todas estas explicaciones. Es nuestro mal temperamento lo que pretendemos excusar al decir que estábamos cansados, preocupados o hambrientos. Sólo para nosotros mismos reconocemos que tenemos un temperamento irritable.

Hay entonces dos puntos que he querido destacar. Primero, que todos los seres humanos sobre la tierra tienen esta

idea curiosa de que debieran comportarse en cierta forma, y no pueden quitársela de la mente. Segundo, que en realidad no se comportan en esa forma. Conocen la ley de la naturaleza; la quebrantan. Estos dos hechos son el fundamento de todo pensar claro en cuanto a nosotros mismos y el mundo en que vivimos.

2. Algunas objeciones

Si son el fundamento, lo mejor que podemos hacer es detenernos para hacer que este fundamento sea firme antes de continuar adelante. Algunas de las cartas que he recibido muestran que son muchos los que hallan difícil entender qué es esto de la ley de la naturaleza humana, o ley moral, o regla de la conducta decente.

Por ejemplo, algunos de los que me han escrito me dicen: "Lo que usted llama ley moral, ¿no es simplemente nuestro instinto de rebaño, que se ha desarrollado como todos nuestros otros instintos?" No voy a negar que pueda ser que tengamos un instinto de rebaño; pero esto no es a lo que me refiero al hablar de ley moral. Todos sabemos lo que es ser impulsados por nuestros instintos: el amor maternal, el instinto sexual o el instinto de la alimentación. Esto significa que se siente una fuerte inclinación o deseo de proceder en una determinada forma. Y, por supuesto, a veces sentimos el deseo de acudir en ayuda de alguien; y no hay duda de que tal deseo se debe al instinto de rebaño. Pero sentir el deseo de ayudar es muy distinto a sentir que se está obligado a prestar tal ayuda, quiérase o no. Supongamos que oímos el grito de alguien en demanda de auxilio. Probablemente sentimos en ese momento dos deseos: el de ayudar (instinto de rebaño) y el de no correr peligro (instinto de conservación). Pero dentro de nosotros, fuera de estos dos impulsos, se presenta un tercer factor, el cual nos dice que debemos seguir el impulso de ayudar, y que suprime el deseo de salir huyendo. Esto que establece un juicio entre los dos instintos, que decide a cuál de los dos instintos se debe obedecer, en sí mismo no puede ser ni uno ni otro. Sería como decir que una partitura musical, que en un momento dado nos dice cuál de las notas se debe tocar en el piano y no ninguna otra, es a la vez una de las notas del teclado. La ley moral nos dice la melodía que hemos de pulsar; nuestros instintos no son más que las teclas.

Otra forma de ver que la ley moral no es sencillamente uno de nuestros instintos, es esta. Si dos instintos se hallan en conflicto, y no hay nada más en la mente de una criatura que estos dos instintos, es obvio que el más fuerte de los dos prevalecerá. Pero en los momentos cuando más conscientes nos hallamos de la ley moral, generalmente parece decirnos que nos hagamos de parte del más débil de los dos impulsos. Con toda probabilidad *desearíamos* mucho más preservar nuestra propia vida que ayudar a un semejante que se está ahogando; pero la ley moral nos dice que le ayudemos de todas maneras. Y ciertamente, ¿no nos dice a menudo que hagamos que el impulso correcto sea más fuerte de lo que por naturaleza es? Quiero decir que con frecuencia sentimos que nuestro deber es estimular nuestro instinto de rebaño despertando nuestra imaginación y suscitando nuestra compasión, etc., hasta que hayamos acumulado el suficiente valor para hacer lo que es recto. Pero claramente no estamos actuando por instinto cuando nos proponemos hacer que uno de los instintos prevalezca sobre el otro. Lo que nos dice: "Tu instinto gregario se halla dormido; despiértalo", no puede ser en sí mismo un instinto gregario. Lo que nos dice cuál de las notas debe ser pulsada más vigorosamente en el piano no puede ser en sí misma tal nota.

He aquí una tercera forma de ver el asunto. Si la ley moral fuera uno de nuestros instintos, deberíamos poder señalar cierto impulso que se encuentra dentro de nosotros mismos y

que llamamos "bueno", siempre de acuerdo con la regla de la conducta correcta. Pero no podemos. No hay impulso que la ley moral no pueda decirnos algunas veces que lo reprimamos, ni impulso que algunas veces no nos diga que lo vigoricemos. Es una equivocación pensar que algunos de nuestros impulsos (digamos el amor materno y el patriotismo) son buenos, al paso que otros, tales como el sexo y la disposición de pelear, son malos. Todo lo que quiero decir es que las ocasiones en que es necesario reprimir el instinto combativo y el deseo sexual son más frecuentes que las de reprimir el amor maternal o el patriotismo. Pero hay situaciones en las cuales es el deber de un hombre casado vigorizar su instinto sexual y el de un soldado fortalecer su instinto combativo. También se presentan ocasiones en que el amor de una madre por sus hijos o el amor de un hombre por su patria tienen que ser reprimidos o se estará yendo en contra, injustamente, de los hijos de otras personas o de otros países. Estrictamente hablando, no hay impulsos buenos e impulsos malos. Volvamos de nuevo al piano. No tiene dos clases de notas, una "buena" y otra "mala". Cada una de las notas es correcta en una ocasión e incorrecta en otra. La ley moral no es ningún instinto ni ninguna serie de instintos; es algo que produce música (música que llamamos bondad o conducta apropiada) al gobernar los instintos.

Sea dicho de paso que este punto tiene muchísima importancia práctica. Lo más peligroso que se puede hacer es tomar cualquiera de nuestros impulsos naturales y determinar cuál debe prevalecer a toda costa. No existe uno solo de ellos que no nos convierta en diablos si le damos el papel de guía absoluto. Se podría pensar que el amor hacia la humanidad en general es un sentimiento que siempre acierta, pero no es así. Si alguien deja fuera la justicia, quebrantará los acuerdos, falseará evidencias en los juicios "por amor a la humanidad", y se convertirá en un hombre cruel y traicionero.

Otros han escrito para decirnos: "Lo que usted llama ley moral ¿no es un simple convencionalismo social, algo que se nos inculca por medio de la educación?" Creo que aquí se presenta un malentendido. Los que formulan tal pregunta por lo general dan por sentado que si hemos aprendido una cosa de nuestros padres o nuestros maestros, debe ser una simple invención humana. Pero claro que no es así. Todos aprendemos las tablas de multiplicación en la escuela. Un niño que crezca solo en una isla desierta no las sabría; pero esto no quiere decir que las tablas de multiplicación sean sencillamente una convención humana, algo que los seres humanos han elaborado para su propia conveniencia y que podrían ser distintas si así se quisiera. Estoy por completo de acuerdo en que las reglas de la conducta decente las aprendemos de nuestros padres y nuestros maestros, de nuestros amigos y en los libros, tal como se aprende cualquiera otra cosa. Pero algunas de las cosas que aprendemos son meras convenciones que bien podrían haber sido distintas. En Inglaterra y otras partes se enseña a conservar la izquierda en las vías públicas, pero muy bien hubiera podido implantarse el conservar la derecha. Pero otras cosas, como las matemáticas, son verdades inmutables. La cuestión es situar la ley de la naturaleza humana en el sitio que le corresponde.

Existen dos razones para afirmar que esta ley pertenece a la clase en que se hallan situadas las matemáticas. La primera es, tal como dije en el capítulo 1, que aunque existen diferencias entre las ideas morales de una cierta época o de un cierto país con relación a otras épocas y otros países, la verdad es que no son diferencias tan grandes como algunos se imaginan, y se puede ver que hay una ley común que rige estas ideas. Las meras convenciones, como las reglas del tránsito o la clase de vestidos que se usan, pueden variar en cualquier medida. La otra razón es la siguiente: cuando se piensa en las diferencias entre la moralidad de un pueblo y otro, ¿se piensa que una es superior a la otra? ¿Son beneficiosos algunos de los cambios? Si no, no podría haber progreso moral. El progreso no consiste en cambiar, sino en cambiar para mejorar. Si ninguna serie de ideas morales es

más verdadera o mejor que otra, no habría por qué preferir la moral del hombre civilizado a la del salvaje, ni la moral cristiana a la del nazi. Pero todos creemos que, por supuesto, algunas costumbres morales son mejores que otras. Creemos que los que trataron de cambiar las ideas morales de su época fueron los que pudiéramos llamar reformadores o pioneros: gentes que entendieron mejor la moralidad que el resto de sus contemporáneos. Bien. Cuando decimos que una serie de ideas morales es superior a otra, lo que en efecto estamos haciendo es comparándola con una norma y diciendo que una de ellas se conforma mejor a tal norma. Pero la regla por la cual se miden dos cosas es algo diferente de tales cosas. Estamos, en efecto, comparándolas con una moral verdadera y admitiendo que existe lo correcto, con independencia de lo que los demás piensen, y que las ideas de algunas gentes se hallan más cerca de lo que es correcto que la de otras gentes. Pongámoslo en otra forma: si nuestras ideas morales pueden ser mejores que las de los nazis, es que debe existir algo, alguna moral verdadera, para medir su grado de verdad. Si la idea que alguien tiene de Nueva York es más correcta o menos correcta que la nuestra es porque Nueva York es un lugar real que existe no importa lo que tú y yo pensemos. Si cuando decimos "Nueva York" cada uno se refiere a "la ciudad que yo me he fabricado en la imaginación", ¿cómo es posible que uno de nosotros pueda tener una idea mejor que la de los demás? En ninguna manera podría ser cuestión de verdadero o falso. En la misma forma, si la regla de la conducta decente fuera simplemente "lo que cada nación juzgue apropiado", no existiría razón alguna para decir que una nación ha estado más correcta en su apreciación que otra; ningún sentido habría en decir que el mundo pudiera haberse desarrollado moralmente mejor o peor.

En conclusión, aunque las diferencias de concepto entre los pueblos en cuanto a la conducta decente a menudo hace sospechar que no existe una ley natural de la conducta, las cosas que pensamos en cuanto a esas diferencias prueban exactamente lo contrario. Y una palabra más antes de terminar. Me he encontrado con personas que exageran las diferencias, porque no perciben las diferencias de opinión en cuanto a la realidad de los hechos. Por ejemplo, un hombre nos dice: "Hace trescientos años en Inglaterra se condenaba a muerte a las brujas. ¿Es esto lo que usted llama regla de la conducta humana o de la conducta correcta?" Pero el caso es que hoy no ejecutamos brujas porque no creemos que existan; si creyéramos que existen personas que se venden al diablo para en cambio recibir de él poderes sobrenaturales para dar muerte a sus prójimos o hacerlos enloquecer, o para producir mal tiempo, estaríamos de acuerdo en que nadie merecería más la pena de muerte que esas sucias traidoras. Aquí no existen diferencias entre los principios morales; la diferencia es en cuanto a la realidad del hecho. Puede que sea un gran avance en conocimiento el no creer en brujas; pero no hay avance moral en no ejecutarlas cuando no se cree que existan. No creo que un hombre proceda humanamente porque deje de armar trampas si lo hace porque cree que no existen ratones en la casa.

3. La realidad de la ley

Regresemos ahora a lo que dije al final del capítulo 1: que existen dos cosas raras en cuanto a la raza humana. Primera, que la atormenta la idea de que hay una especie de conducta que debería practicar, que se podría llamar juego limpio, decencia, moralidad o ley de la naturaleza. Segunda, que no la practican. Algunos se preguntarán por qué decimos que estas son cosas raras. Para ti puede ser lo más natural del mundo. En particular, puede que hayas pensado que trato muy duramente a la raza humana. Después de todo, pensarás, lo que llamo quebrantar la ley de lo correcto y lo

incorrecto o ley de la naturaleza sólo quiere decir que no somos perfectos. Y ¿cómo podemos esperar que lo seamos? Esta sería una buena respuesta si lo que estuviera tratando de hacer fuera fijar la cantidad exacta de culpa que se nos puede imputar por no conducirnos como esperamos que otros se conduzcan. Pero en ninguna manera es esta mi tarea. Por ahora no estoy interesado en señalar la culpa; estoy tratando de hallar la verdad. Y desde tal punto de vista la idea de que algo es imperfecto, de que no es lo que debería ser, tiene ciertas consecuencias.

Si se toma una cosa como una piedra o un árbol, tal cosa es lo que es, y no existe sentido alguno en decir que debiera ser otra cosa distinta. Por supuesto que se puede decir que una piedra "tiene configuración inapropiada" si es que se desea emplearla para los cimientos de un edificio, o que un árbol es un mal árbol si no nos da toda la sombra que de él esperamos. Con ello queremos decir que la piedra o el árbol no son los más convenientes para un propósito específico nuestro. Excepto que se trate de hacer un chiste, no estamos culpándolos. Sabemos en realidad que, dado el clima y el suelo, el árbol no podría haber sido distinto. Lo que desde nuestro punto de vista llamamos un árbol "malo" obedece a las leyes de su naturaleza en la misma forma en que las obedece un árbol "bueno".

¿Nos hemos dado cuenta de lo que se desprende de esto? Lo que generalmente llamamos leyes de la naturaleza (por ejemplo, la forma en la cual el clima influye en un árbol) puede que no sean *leyes* en su sentido estricto, sino simplemente una manera de hablar. Cuando decimos que las piedras que caen siempre obedecen a la ley de la gravitación, ¿no es esto lo mismo que decir que la ley es "lo que las piedras siempre hacen"? No pensamos que cuando una piedra está cayendo de repente recuerda que tiene órdenes de caer al suelo. Sólo queremos decir que cae. En otras palabras, no podemos estar seguros de que haya algo por encima o por debajo de los hechos mismos, ni ninguna ley en cuanto a lo que debe

suceder que sea distinta de lo que sucede. Las leyes de la naturaleza, aplicadas a las piedras y a los árboles, sólo pueden significar "lo que la Naturaleza, en efecto, hace". Pero si vamos a la ley de la naturaleza humana, a la ley de la conducta decente, es otra cosa distinta. Tal ley ciertamente no significa "lo que los seres humanos hacen"; porque como ya he dicho, son muchos los que no obedecen esta ley, y ninguno la obedece por completo. La ley de la gravedad nos dice lo que hacen las piedras cuando las dejamos caer; pero la ley de la naturaleza humana nos dice lo que los seres humanos pueden hacer o dejar de hacer. En otras palabras, cuando tratamos con los humanos, algo acontece por encima y por debajo de la realidad de los hechos. Tenemos los hechos: cómo proceden los seres humanos. Pero también tenemos algo más: cómo deberían proceder. En el resto del universo no hay necesidad de otra cosa aparte de los hechos mismos. Los electrones y las moléculas proceden en una cierta forma con unos determinados resultados, y eso puede ser todo.* Pero los hombres proceden en cierta forma, y esto no es todo, porque siempre sabemos que deberían haber procedido en forma distinta.

Esto es tan raro, que uno se ve tentado a tratar de darle una explicación. Por ejemplo, podríamos decir que cuando se dice que un hombre no debería proceder como procede, es lo mismo que cuando se dice que una piedra no tiene la configuración debida; o sea, que lo que hace no se ajusta a nuestras conveniencias. Pero esto sencillamente no es la verdad. Un nombre ocupa un cierto asiento en el tren porque llegó primero, y otro, mientras que yo le doy la espalda, remueve el equipaje de mi asiento. Ambos hombres son para mí igualmente inconvenientes. Pero culpo al segundo hombre y no al primero. No me enojo, excepto tal vez por un momento mientras recapacito con el hombre que por accidente

*No creemos que esto sea todo, como lo veremos más adelante. Lo que quiero decir es que hasta donde puede llegar el argumento, ello sí podría ser así.

toma ventaja sobre mí; y me enojo con aquél que trata de aventajarme, así no logre su propósito. A pesar de todo el primero me ha perjudicado y el segundo no. Algunas veces la conducta que llamamos mala no nos causa inconveniente alguno, sino todo lo contrario. En la guerra, uno de los dos bandos puede que halle que el traidor en las filas del enemigo le es útil. Pero aun cuando lo utilice y le pague por ello, no dejará de considerarlo como una sabandija humana. Así que no podemos decir que lo que llamamos conducta decente en otros es sencillamente la manera de proceder de ellos que nos conviene. Y cuando hablamos de nuestra propia conducta decente, creo que es bien obvio que no nos referimos a la conducta que más nos conviene. Nos referimos a cosas como contentarnos con ganar treinta pesos cuando podríamos ganar trescientos; hacer las tareas escolares con honradez cuando hubiera sido fácil copiar de otro; dejar a una muchacha cuando nos gustaría hacerle el amor; permanecer en lugares peligrosos cuando podríamos ir a lugares más seguros; cumplir promesas que tal vez preferiríamos no cumplir, y decir la verdad aun cuando esto nos haga quedar como tontos.

Algunos dicen que aun cuando conducta decente no es necesariamente lo que trae beneficio a una persona en particular en cierto momento, sin embargo beneficia a la raza humana como un todo, y eso lo explica todo. Los seres humanos, después de todo, tienen algún sentido; ven que no se puede estar bien seguro ni gozar de la felicidad, excepto en una sociedad donde cada uno juegue limpio, y es por eso que tratan de comportarse decentemente. Es perfectamente cierto, por supuesto, que la seguridad y la felicidad sólo pueden prosperar entre individuos, clases y naciones que sean honrados y jueguen limpio y se comporten bien con los demás. Esta es una de las verdades más grandes del mundo. Pero como explicación del porqué sentimos como sentimos en cuanto a lo correcto y lo incorrecto, está por completo fuera de foco. Si preguntamos: "¿Por qué no debemos ser

egoístas?", y se nos contesta: "Porque esto es bueno para la sociedad", podemos replicar: "¡Qué me importa a mí lo que es bueno para la sociedad, si no me beneficia personalmente!" Pero entonces se nos dirá: "Porque no se debe ser egoísta". Y esto sencillamente nos hace regresar al punto de partida. Se está diciendo una verdad, pero no se avanza ni una pulgada. Si se pregunta cuál es el propósito que se tiene al jugar fútbol, no sería muy correcto responder "hacer goles", porque tratar de hacer goles es el juego en sí mismo, no la razón del juego. Se estaría diciendo sencillamente que el fútbol es fútbol, lo cual es verdad, pero no hay que decirlo. De la misma manera, si alguien pregunta para qué comportarse decentemente, no es una buena respuesta responder: "Para beneficiar a la sociedad", porque tratar de beneficiar a la sociedad, o en otras palabras, no ser egoísta (porque, después de todo "sociedad" significa "los demás") es una de las cosas en las que consiste la conducta decente. Es como decir que decencia es decencia. Se habría dicho lo mismo con la declaración inicial de que "los hombres no deben ser egoístas".

Y es allí donde nos detenemos. Los hombres no deberían ser egoístas; deberían ser justos. No es que los hombres no sean egoístas, ni que quieran no ser egoístas, sino que deberían no serlo. La ley moral o ley de la naturaleza humana no es sencillamente un hecho en cuanto a la conducta humana en la misma manera que la ley de la gravitación es, o tal vez es, simplemente un hecho en cuanto a cómo se comportan los objetos pesados. Por otra parte, no es una mera fantasía, porque no podemos dejar de pensar en ella, y la mayor parte de las cosas que decimos o pensamos en cuanto a los hombres se reducirían a mera palabrería si lo lográramos. Y no es sencillamente una declaración en cuanto a cómo nos gustaría que los hombres procedieran para nuestra conveniencia; porque la conducta que llamamos mala o injusta no es exactamente la que hallamos inconveniente, y puede ser lo opuesto. En consecuencia, esta regla de lo correcto y lo inco-

rrecto, ley de la naturaleza humana o como quiera llamársela, debe ser de una forma u otra algo real; algo que realmente está ahí, no algo que hemos fabricado nosotros mismos. Y sin embargo no es un hecho en el sentido ordinario de la palabra, en la misma forma en que nuestra conducta es un hecho. Parece como si empezara a verse que tendremos que reconocer que hay más que una clase de realidad; que, en este caso particular, hay algo que está por encima y más allá de los hechos ordinarios de la conducta de los hombres, y que con todo es bien definidamente real: una ley real, que ninguno de nosotros hizo, pero que ejerce presión sobre nosotros.

4. Lo que hay detrás de la ley

Permítasenos un resumen de lo que hasta ahora hemos dicho. En el caso de las piedras y los árboles y cosas semejantes, lo que llamamos leyes de la naturaleza puede que no sea sino una manera de hablar. Cuando se dice que la naturaleza se halla gobernada por ciertas leyes, puede ser que sólo signifique que la naturaleza se comporta, en efecto, en una cierta forma. Las llamadas leyes puede que no sean algo real que esté por encima y más allá de los hechos que podemos observar. Pero en el caso del hombre, vimos que no es así. La ley de la naturaleza humana o ley de lo correcto y lo incorrecto puede ser que sea algo que esté por encima y más allá de la realidad de la conducta humana. En ese caso tenemos algo más: una ley real que no inventamos y que sabemos que tenemos que obedecer.

Ahora quiero considerar lo que esto nos dice en cuanto al universo en que vivimos. Desde que los hombres estuvieron en capacidad de pensar, han estado preguntándose qué es en realidad el universo y cómo surgió. Y, en forma muy somera, dos son los puntos de vista propuestos. El primero es el que

se conoce como el punto de vista materialista. Quienes sostienen tal punto de vista piensan que la materia y el espacio simplemente existen y siempre han existido, nadie sabe cómo; y que la materia, comportándose en ciertas formas fijas y por una especie de azar, llegó a producir criaturas como nosotros, con capacidad de pensar. Por una casualidad entre millares de otras posibles, algo entró en colisión con nuestro sol y le hizo producir los planetas; y por otra casualidad entre millares de otras, los elementos químicos necesarios para la vida y la temperatura correcta se presentaron en uno de estos planetas, y parte de la materia de este planeta cobró vida; y luego, por una muy prolongada serie de casualidades, las criaturas vivientes se desarrollaron hasta llegar a ser seres como nosotros. El otro punto de vista es el religioso.* De acuerdo con él, lo que hay detrás del universo es más como una mente que como cualquiera otra cosa que conocemos. Es decir, es consciente y tiene propósitos y prefiere una cosa a la otra. Y según este punto de vista, esa mente hizo el universo, en parte con propósitos que no conocemos, pero en parte, por lo menos, para producir criaturas como El, en el sentido de que tuvieran mente. No se crea que uno de estos dos puntos de vista se sostuvo hace ya muchísimo tiempo y que el otro en forma gradual ha ido tomando su lugar. Dondequiera que ha habido hombres pensantes ambos puntos de vista han coexistido. Y téngase también en cuenta esto: no se puede determinar cuál de los dos puntos de vista sea el correcto recurriendo a la ciencia en su sentido ordinario. La ciencia trabaja por medio de experimentos. Observa cómo se comportan las cosas. Toda declaración científica a la larga, por complicada que parezca, en realidad significa más o menos esto: "Dirigí el telescopio a tal y tal parte del espacio a las 2:20 a.m. el 15 de enero y vi tal y tal cosa", o, "Puse parte de esta materia en una vasija y la calenté a tal y tal temperatura y el resultado fue tal y tal". No se crea que estoy di-

*Véase la nota al final de este capítulo.

ciendo nada en contra de la ciencia; sólo estoy apuntando en qué consiste su trabajo. Y mientras más científico sea el hombre, creo yo, más de acuerdo con nosotros estará en cuanto a la forma en que trabaja la ciencia, trabajo muy útil y necesario. Pero el porqué las cosas existen y si hay algo detrás de las cosas que la ciencia observa, algo que es de una clase diferente, no es un asunto científico. Si es que existe "Algo Detrás", o bien permanecerá por completo desconocido por los hombres, o bien se dará a conocer en alguna forma diferente. La afirmación de que existe ese algo, y la de que no existe, son declaraciones que la ciencia no puede hacer. Y los verdaderos científicos por lo general no las hacen. Generalmente son los periodistas y los novelistas populares los que, captando aquí y allá ciertos hechos científicos a medio cocinar, se atreven a hacer afirmaciones en uno u otro sentido. Después de todo, es lógico. Suponiendo que la ciencia llegue a perfeccionarse tanto que conozca cada una de las cosas de todo el universo, ¿no es claro que interrogantes tales como: "¿Por qué hay un universo?", "¿Por qué se comporta tal como lo vemos?", "¿Tiene esto algún significado?" quedarán siendo como son, simples interrogantes?

Sería esta una posición por completo desalentadora si no fuera por esto: existe una cosa, y solamente una, en todo el universo de la que sabemos más que lo que podemos aprender por observación externa. Y esa cosa es el hombre. No solamente es que observemos a los hombres: es que *somos* hombres. En este caso tenemos, por decirlo así, información interna; sabemos de lo que se trata. Y es por ello que sabemos que los hombres se hallan bajo una ley moral que no hicieron ellos, que no pueden ignorar así traten de hacerlo y que saben que tienen que obedecer. Nótese el punto siguiente. Cualquiera que estudie al hombre desde afuera, tal como estudiamos la electricidad y los repollos, sin conocer nuestro lenguaje y por lo tanto sin ser capaz de llegar a un conocimiento interior de lo que somos los hombres, nunca llegaría a tener la más mínima evidencia de que tuviéramos esta ley moral.

¿Cómo podría tenerla? Por su observación sólo podría llegar a conocer lo que hacemos, y la ley moral tiene que ver con lo que deberíamos hacer. En la misma forma, si hubiera algo que estuviera por encima y más allá de los hechos observados en el caso de las rocas o del tiempo ambiental, nosotros, al estudiarlo desde afuera, nunca podríamos esperar descubrirlo.

La posición del asunto, entonces, es algo así: deseamos saber si el universo simplemente llegó a ser lo que es sin más ni más, o si hay un poder tras de él que lo hace ser lo que es. Como tal poder, si es que existe, no sería ninguno de los hechos observados, sino una realidad que hizo que tales hechos tuvieran lugar, ninguna mera observación de los hechos lo podría hallar. Sólo existe un caso en el cual podemos saber si existe algo más: nuestro propio caso. Y en ese caso hallamos que sí. O poniéndolo en otra forma completamente distinta: si hubo un poder controlador fuera del universo, no se nos podía mostrar como uno de los hechos del universo de la misma manera que el arquitecto de una casa no podría ser una pared, unos escalones o la chimenea de esa casa. La única forma en la cual podríamos esperar que se nos mostrara sería dentro de nosotros mismos como una influencia o como un mandato a comportarnos en cierta forma. Y esto es justamente lo que hallamos dentro de nosotros. ¿No debería despertar esto sospechas en nosotros? En el único caso donde podríamos esperar conseguir una respuesta, la respuesta es sí; y en todos los demás casos, donde no se logra una respuesta, vemos por qué no. Supongamos que alguien nos pregunta: "Cuando veo a un hombre en uniforme azul que deja sobres de papel en cada casa, ¿por qué supongo que tales sobres contienen cartas?" Nuestra respuesta sería: "Porque cuantas veces este mismo hombre deja para nosotros sobres semejantes encuentro que contienen cartas". Y si se objetara: "Pero es que nunca has visto las cartas que supones que los demás están recibiendo", contestaríamos: "Por supuesto que no, y no las esperábamos ver, porque no estaban dirigidas a nosotros. Estoy deduciendo lo que son los sobres que se supone

5. Tenemos por qué sentirnos inquietos

Terminamos el último capítulo con la idea de que en la ley moral algo o alguien de más allá del mundo material está llegando a nosotros. No dudo que al llegar a ese punto algunos de ustedes hayan sentido cierto desasosiego. Tal vez piensen que les he estado armando una trampa; que he envuelto cuidadosamente, para que tuviera la apariencia de filosofía, lo que no es más que una perorata religiosa. Puede que se hayan sentido dispuestos a prestarme atención mientras que tuviéramos algo nuevo que decir; pero si no es más que religión, ya el mundo está cansado de eso y para qué volver a lo mismo. Si alguien siente en esta forma, me gustaría decirle tres cosas:

Primera, en cuanto a eso de volver a lo mismo. ¿Creerían que lo digo en broma si dijera que a veces cuando un reloj no está señalando la hora precisa lo más sensato es hacerlo volver atrás? Pero olvidémonos de una vez de los relojes. Todos deseamos el progreso. Pero progresar es acercarnos al lugar al cual queremos llegar. Si hemos tomado un sendero extraviado, avanzar por él no nos lleva más cerca de la meta propuesta. Si estamos avanzando por el camino equivocado, progreso es dar media vuelta y regresar al camino correcto; en tal caso el hombre que más pronto lo haga es el más progresista. Todos hemos experimentado esto cuando hemos estado sacando cuentas. Cuando se empieza mal una suma, mientras más pronto se reconozca esto y se empiece de nuevo la operación, más rápidamente se efectuará la suma. No hay progreso en estar equivocado y rehusar reconocerlo. Creo que si echamos una mirada al actual estado del mundo, queda bien claro que la humanidad ha estado cometiendo una grave equivocación. Nos hallamos en el sendero equivocado. Si es

así, debemos regresar. Regresar es la forma más rápida de avanzar.

Lo segundo es que todavía esto no se ha convertido exactamente en una "perorata religiosa". No hemos llegado hasta el Dios de ninguna de las religiones actuales, y todavía menos al Dios de esa religión particular que se llama cristianismo. Apenas hemos llegado hasta Alguien o Algo que está detrás de la ley moral. No estamos tomando nada de la Biblia o de las iglesias; estamos tratando de ver lo que podamos hallar en cuanto a ese Alguien por nuestros propios medios. Quiero que quede bien en claro que lo que hallamos por nuestros propios medios es algo que nos sacude. Tenemos dos evidencias de este Alguien. Una de ellas es el universo que El creó. Si sólo utilizamos ésta como nuestra única pista, creo que deberíamos llegar a la conclusión de que El es un gran artista (porque el universo es un lugar muy bello), pero que también es inmisericorde y poco amigo del hombre, porque también el universo es un lugar peligroso y aterrador. La otra evidencia es la ley moral que El ha puesto en nuestras mentes. Y esta es una evidencia mejor que la otra, porque es una información interna. Es más lo que se halla en cuanto a Dios por medio de la ley moral que por medio del universo en general, tal como se halla más en cuanto al hombre escuchando su conversación que contemplando la casa que ha construido. Partiendo de esta segunda evidencia, concluimos que el Ser que se halla detrás del universo está intensamente interesado en la conducta recta: el juego limpio, la falta de egoísmo, el valor, la buena fe, la honradez y la veracidad. En este sentido podríamos estar de acuerdo con lo que dice el cristianismo y algunas otras de las religiones: que Dios es "bueno". Pero no nos apresuremos aquí. La ley moral no nos da fundamento alguno para pensar que Dios es "bueno" en el sentido de que sea indulgente, suave o compasivo. No existe indulgencia alguna en cuanto a la ley moral. Es tan dura como clavos. Nos dice que hagamos lo recto sin que parezca que le preocupe lo doloroso, peligroso o difícil que es.

Si Dios es como la ley moral, no es un Dios suave. De nada vale ahora decir que eso de que Dios es "bueno" significa que El es un Dios que puede perdonar. Es ir muy rápido. Sólo una Persona puede perdonar. Y todavía no hemos dicho que es un Dios personal, sino que es un poder detrás de la ley moral, y quizás más bien una mente que es como cualquiera otra. Pero todavía en nada se parece a una Persona. Si es una pura mente impersonal, puede que no tenga sentido pedirle que nos haga concesiones o que nos permita salir de ciertas trampas, como tampoco tendría sentido alguno que se le pidiera a las tablas de multiplicación que nos sacaran del aprieto cuando hemos cometido una equivocación en una operación de suma. La respuesta que se reciba tiene que ser equivocada. Tampoco sirve de nada el decir que si hay un Dios así, de una bondad absoluta e impersonal, ese Dios no es de nuestro agrado y no vamos a preocuparnos más en cuanto a El. Porque la dificultad está en que una parte de nuestro ser se halla del lado de ese Dios, y estamos de acuerdo con El en cuanto a la desaprobación suya de la avaricia, las triquiñuelas y la explotación de los humanos. Quisiéramos que El hiciera una excepción en el caso nuestro, que nos excuse esta vez; pero en lo profundo nos damos cuenta de que a menos que el poder que se halla detrás del mundo deteste en forma real e inalterable esa clase de conducta, no puede ser bueno. Por otra parte sabemos que si existe una bondad absoluta, debe odiar la mayor parte de lo que hacemos. Este es el terrible aprieto en que nos hallamos. Si el universo no se halla gobernado por una bondad absoluta, entonces, a la larga, todos nuestros esfuerzos resultarán vanos. Pero si lo está, nos estamos convirtiendo todos los días en enemigos de esa bondad, y no parece que salgamos mejor parados mañana, por lo que quedamos de nuevo sin esperanza alguna. "Ni contigo, ni sin ti", Dios es nuestro único consuelo, pero al mismo tiempo es nuestro terror supremo; lo que más necesitamos y lo que más deseamos evadir. El es el único aliado que podíamos hallar, y nos hemos convertido en enemigos suyos. Algunos hablan como si el encuentro con la mirada de la bondad absoluta fuera divertido. Que lo piensen de nuevo. Todavía están apenas jugando con la religión. La bondad es o bien la gran seguridad o el gran peligro, de acuerdo a lo que sea nuestra reacción frente a ella. Y no hemos reaccionado bien.

Y ahora el punto tercero. Cuando escogí presentar el tema en esta forma casi de circunloquio, no estaba tratando de jugarle a mis lectores ninguna especie de triquiñuela. Tenía otro motivo: que el cristianismo simplemente no tiene sentido mientras no nos hayamos enfrentado con todas las verdades que he descrito. El cristianismo les dice a las gentes que se arrepientan y les promete el perdón. Por lo tanto, hasta donde lo sabemos, no tiene nada que decirles a las gentes que no saben que han hecho algo de lo cual deban arrepentirse y que no sienten necesidad alguna de perdón. Sólo cuando nos hayamos dado cuenta de que existe una verdadera Ley Moral y un Poder que la respalda, y de que la hemos quebrantado, y de que estamos a mal con tal Poder, el cristianismo empieza a hablar. No antes. Cuando uno se da cuenta de que está enfermo hace caso a lo que el médico dice. Cuando nos damos cuenta de que nuestra situación ha llegado casi al extremo de la desesperación, empezamos a entender lo que los cristianos dicen.

Los cristianos ofrecen una explicación de cómo fue que nos llegamos a ver en nuestro estado presente de odiar la bondad al mismo tiempo que la amamos. También ofrecen la explicación de cómo Dios puede ser la mente impersonal que se halla detrás de la Ley Moral, y a la vez ser una Persona. Nos dicen cómo las demandas de esta Ley, que ninguno de nosotros puede cumplir, otro las satisfizo por nosotros; cómo Dios mismo vino a hacerse hombre para salvar al hombre de la condenación de Dios. Esta es una vieja historia, y si quieres conocer más en cuanto a sus detalles, no hay duda de que consultarás a personas con mayor autoridad que yo. Lo único que estoy haciendo es decirle a la gente que se enfrente

a la realidad, para que entienda las preguntas para las cuales el cristianismo dice tener una respuesta. Son realidades verdaderamente aterradoras. Ojalá me fuera posible decir algo más agradable, pero debo decir lo que creo cierto. Por supuesto, estoy muy de acuerdo en que el cristianismo ofrece, a la larga, un consuelo inenarrable. Pero no empieza con el consuelo: empieza con lo consternante que ya hemos descrito, y de nada vale el tratar de llegar al consuelo antes de haber pasado por esa consternación. En la religión, así como en la guerra y en todo lo demás, no se llega a la tranquilidad y el consuelo con sólo buscarlos. Si buscas la verdad, al final encontrarás consuelo; si buscas el consuelo, no encontrarás ni el consuelo ni la verdad, sino castillos en el aire al principio y desesperación al final. La mayoría de nosotros perdimos la costumbre de antes de la guerra de hacernos castillos en el aire en cuanto a la política internacional. Es tiempo que hagamos la misma cosa en cuanto a la religión.

LIBRO II

Lo que creen los cristianos

1. Las concepciones antagónicas de Dios

Se me ha pedido que diga qué es lo que creen los cristianos, y empezaré por señalar una cosa que los cristianos no tienen que creer. El que es cristiano no tiene por qué creer que todas las demás religiones se hallan enteramente equivocadas. El ateo tiene que creer que el punto principal de todas las religiones que hay en el mundo es sencillamente una gigantesca equivocación. El cristiano se halla en libertad de pensar que todas las otras religiones, aun las más estrafalarias, contienen al menos una pequeña porción de la verdad. Cuando yo militaba en el ateísmo tuve que tratar de persuadirme de que la mayoría de la raza humana siempre había estado equivocada en cuanto a lo más importante. Cuando me hice cristiano estuve en posibilidad de sostener un punto de vista más liberal. Por supuesto, ser cristiano significa pensar que en aquello en que el cristiano difiere de todas las demás religiones, el cristianismo está en lo cierto y todas las otras equivocadas. Tal como sucede con la aritmética, existe sólo una respuesta para una suma dada, y todas las demás respuestas están equivocadas; pero algunas de estas respuestas equivocadas se hallan más cerca que las otras de la respuesta correcta.

La primera gran división de la humanidad se da entre la mayoría que cree en alguna clase de Dios o de dioses, y la minoría que no cree en El o en ellos. En este punto el cristianismo se halla alineado con la mayoría: con los antiguos griegos y romanos, con los salvajes modernos, los estoicos,

los platónicos, los hindúes, los mahometanos, etc., en contra de los modernos materialistas de la Europa Occidental.

Veamos ahora la segunda gran división. La gente que cree en Dios puede dividirse de acuerdo con la clase de Dios en el cual cree. Existen dos ideas muy diferenres en cuanto a este tema. Una de ellas es la de que Dios se halla más allá del bien y del mal. Los humanos calificamos una cosa como buena y la otra como mala; pero de acuerdo con lo que creen algunos, esto no es más que nuestro punto de vista humano. Ellos sostienen que mientras mayor conocimiento se obtenga, menos inclinado se halla uno a dividir las cosas entre buenas y malas y más claro se llegará a ver que en un sentido todo es bueno y en otro sentido todo es malo, y que nada pudo haber sido diferente. En consecuencia, esta gente piensa que mucho antes de llegar al punto de vista divino, esta distinción entre lo bueno y lo malo habrá desaparecido del todo. Dicen que determinamos que un cáncer es malo porque mata al hombre; pero que de igual manera podríamos llamar malo a un cirujano experto porque mata al cáncer. Todo depende del punto de vista que se tenga. La otra idea opuesta a la ya dicha es la de que Dios es definidamente "bueno" o "justo", que es un Dios que toma partido, que ama el amor y odia el odio, que desea que nos comportemos en una forma determinada y no en la otra. Al primero de estos puntos de vista, que dice que Dios se halla más allá del bien y del mal, se le conoce como panteísmo. Fue sostenido por el gran filósofo prusiano Hegel y, hasta donde lo entendemos, por el hinduismo. El otro punto de vista es sostenido por los judíos, los mahometanos y los cristianos.

Y al lado de esta gran diferencia entre el panteísmo y la idea cristiana en cuanto a Dios, por lo general hay otra. Por lo común los panteístas creen que Dios, por decirlo así, anima el universo como el hombre anima su propio cuerpo; que el universo casi *es* Dios, que si él no existiera tampoco existiría Dios, y que todo lo que hallamos en el universo es una parte de Dios. La idea cristiana de Dios es completamente

distinta. Creemos que Dios concibió y creó el universo como el hombre que pinta un cuadro o compone una partitura musical. El pintor no es un cuadro y no muere si su pintura es destruida. Se puede decir que él "pone mucho de sí mismo en el cuadro que pinta", pero con esto sólo se quiere dar a entender que la belleza e interés del cuadro brotó de su mente. La habilidad del pintor no está en la pintura en el mismo sentido en que se halla en su cabeza o en sus manos. Esperamos que se note cómo esta diferencia entre los panteístas y los cristianos se une con la otra. Si no se toma muy en serio la diferencia entre el bien y el mal, es fácil decir que todo lo que se halla en el mundo es parte de Dios; mas si se piensa que algunas cosas son realmente malas, y que Dios es realmente bueno, no se puede hablar en esta forma. Se debe creer que Dios se halla separado del mundo y que algunas de las cosas que vemos en el mundo son contrarias a la voluntad divina. Confrontado con un cáncer o con una barriada miserable, el panteísta puede decir: "Si pudieras verlo desde el puntode Dios". El cristiano replica: "No digas insensateces". parte de Dios". El cristiano replica: "No digas insensateces. Porque el cristianismo es una religión batalladora. Piensa que Dios hizo el mundo; que el espacio y el tiempo, el calor y el frío, los colores y los sabores, y todos los animales y los vegetales, son cosas que Dios inventó tal como un hombre inventa cuentos. Pero también piensa que gran parte de las cosas que hay en el mundo han tomado un rumbo equivocado y que Dios insiste, y en forma muy vigorosa, en que nosotros las restauremos.

Y esto, por supuesto, suscita una gran interrogante. Si el Dios bueno hizo el mundo, ¿por qué éste ha tomado el sendero torcido? Por muchos años simplemente rehusé yo poner atención a las respuestas cristianas, porque mi posición era ésta: "Por mucho que digan, y por más sutiles que sean sus argumentos, ¿no es mucho más sencillo y más fácil decir que el mundo no fue hecho por un poder inteligente? Todos sus argumentos, ¿no son sencillamente un intento complicado de

evitar lo que es obvio?" Pero eso me llevó a verme envuelto en otra dificultad.

Mi argumento en contra de Dios era que el universo parecía demasiado cruel e injusto. ¿Pero de dónde había obtenido esta idea de lo *justo* y lo *injusto*? Nadie dice que una línea está torcida a menos que tenga una idea de lo que es una línea recta. ¿Con qué estaba comparando este universo cuando decía que era injusto? Si todo era tan malo y tan sin sentido de la A a la Z, por decirlo así, ¿por qué yo, que suponía ser parte de este todo, reaccionaba en forma tan violenta en contra de él? Un hombre se siente mojado cuando cae en el agua porque el hombre no es un animal acuático; un pez no se siente mojado. Por supuesto que habría podido dejar de lado mi idea de la justicia al decir que ella no era sino una idea personal. Pero si hacía tal cosa, mi argumento en contra de Dios se venía al suelo; porque el argumento dependía de decir que el mundo era injusto y no simplemente que no satisfacía mi fantasía privada. Así que en el mismo hecho de tratar de probar que Dios no existía –en otras palabras, que toda la realidad carecía de sentido– me vi forzado a reconocer que una parte de la realidad, o sea mi idea de la justicia, estaba llena de sentido. En consecuencia el ateísmo se convierte en algo demasiado ingenuo. Si el universo entero no tuviera sentido, nunca habríamos hallado que carece de sentido, de igual modo que, si no existiera la luz y por lo tanto criaturas con ojos, nunca habríamos llegado a conocer la existencia de las tinieblas. *Las tinieblas* serían un concepto carente de sentido.

2. La invasión

Llegamos entonces a la conclusión de que el ateísmo es demasiado ingenuo. Y veremos otro punto de vista que es también demasiado ingenuo. Es el punto de vista que llamaríamos cristianismo aguado, el que simplemente dice que hay un Dios en el cielo y que todo anda bien, dejando por fuera todas las difíciles y terribles doctrinas en cuanto al pecado y el infierno y el diablo y la redención. Pero éstas son filosofías de muchachos.

No es bueno que se pida una religión sencilla. Después de todo, las cosas reales no son sencillas. Parecen serlo, pero no lo son. El escritorio ante el cual nos sentamos parece sencillo; pero pídele a un científico que te diga de lo que en realidad está hecho, que te hable de los átomos y de cómo las ondas lumínicas rebotan en ellos e hieren nuestros ojos y qué efecto tienen sobre nuestro nervio óptico y nuestro cerebro; y, por supuesto, hallamos que lo que llamamos "ver un escritorio" encierra misterios y complicaciones que no parecen tener fin. Un niño que ora parece algo sencillo. Si nos contentamos con tal concepto, está bien; pero si no –y el mundo moderno por lo general diría que no–, si deseamos ir a investigar lo que está aconteciendo, preparémonos para algo dificultoso. Si queremos algo más que simpleza, es tonto quejarnos de que ese algo no sea simple.

Sin embargo, con mucha frecuencia este procedimiento ingenuo es el que adoptan gentes que no son ingenuas, pero que consciente o inconscientemente, desean destruir el cristianismo. Tales gentes construyen una versión del cristianismo apta para un niño de seis años y la hacen objeto de sus ataques. Cuando uno trata de explicar la doctrina cristiana tal como la sustentaría un adulto instruido, se quejan de que

les están calentando la cabeza y de que es demasiado complicada y de que si en realidad existiera Dios, de seguro que habría hecho una religión "sencilla", porque la sencillez es tan hermosa, etc. Debemos estar en guardia contra esas gentes, porque a cada instante están pasando de un campo a otro y sólo hacen que uno pierda el tiempo. Nótese, además, la idea de que Dios "haga una religión sencilla": ¡como si "la religión" fuera algo que Dios hubiera inventado, y no la declaración que nos hace de ciertos hechos bien inalterables en cuanto a su propia naturaleza!

Conforme a mi experiencia personal, la realidad, fuera de ser complicada, por lo general es extraña. No es clara, no es obvia, no es lo que se espera que sea. Por ejemplo, cuando se llega a la concepción de que la tierra y todos los demás planetas giran alrededor del sol, esperaríamos como cosa natural que todos los demás planetas concordaran unos con otros; todos a una igual distancia entre sí, o distancias que aumentaran con regularidad, o todos del mismo tamaño, o que fueran mayores o menores conforme a la distancia a que se hallan del sol. En efecto, no hay rima ni razón (que podamos ver) en cuanto a sus tamaños y distancias; y algunos de ellos tienen una sola luna y uno tiene cuatro; otros no tienen ninguna y uno tiene un anillo.

En efecto, la realidad es por regla general algo que uno no hubiera adivinado. Esta es una de las razones por las cuales creo en el cristianismo. Es una religión que no habríamos podido concebir. Si nos ofreciera la clase de universo que siempre hubiéramos esperado, me parecería un invento nuestro. Pero ésta no es la clase de cosa que nosotros habríamos inventado. Tiene eso no se qué de extraño que las cosas reales tienen. Así que dejemos de lado todas esas filosofías infantiles que provienen de respuestas sobresimplificadas. El problema no es sencillo y la respuesta no va a ser más sencilla.

¿Cuál es el problema? Un universo que contiene mucho que es obviamente malo y en apariencia carente de sentido,

pero que contiene criaturas como nosotros que saben qué es malo y sin sentido. Hay sólo dos puntos de vista que se enfrentan a la realidad. Uno es el punto de vista cristiano que sostiene que éste es un mundo bueno que se volvió malo, pero que aún retiene la memoria de lo que debió haber sido. El otro es el punto de vista llamado dualismo. El dualismo es la creencia de que existen dos poderes iguales e independientes detrás de todas las cosas, uno bueno y el otro malo, y que este universo es el campo de batalla en el cual están empeñados en una guerra interminable. Personalmente, creo que aparte del cristianismo, el dualismo es el credo más humano y más sensato que se consigue. Pero tiene una gran falla.

Los dos poderes, espíritus o dioses –los buenos y los malos– se supone que son muy independientes entre sí. Han existido desde toda la eternidad. Ninguno de ellos hizo al otro, y ninguno de ellos tiene mayor derecho que el otro para llamarse Dios. Cada uno de ellos presumiblemente piensa que es bueno y que el otro es malo. Uno de ellos ama el odio y la crueldad y el otro ama el amor y la misericordia; y cada uno de ellos respalda su propio punto de vista. Mas, ¿qué es lo que queremos decir cuando a uno de ellos lo llamamos el Poder Bueno y al otro el Poder Malo? O bien con ello simplemente queremos decir que preferimos el uno al otro, tal como se puede preferir la cerveza a la sidra, o estamos diciendo que, sea lo que sea lo que los poderes piensen de sí, y sea lo que sea lo que al momento prefiramos los humanos, uno de esos poderes es en realidad malo, se halla equivocado cuando él mismo se considera bueno. Si queremos decir que preferimos lo primero, debemos dejar de hablar en cuanto a lo bueno y lo malo. Porque bueno es lo que debemos preferir muy a pesar de lo que en cierto momento dado sean nuestras preferencias. Si "el ser bueno" significa sencillamente ponerse al lado de lo que nos gusta, sin ninguna razón valedera, lo bueno no merece la pena que se le llame bueno. Así que seguramente queremos decir que

uno de los dos poderes está equivocado y el otro está en lo cierto.

Pero en el mismo momento en que decimos eso, estamos poniendo en el universo una tercera cosa en adición a los dos Poderes: alguna ley o norma o regla del bien, con la cual uno de los dos Poderes se conforma y el otro no puede conformarse. Mas por cuanto los dos Poderes se juzgan por esta norma, entonces esta norma, o el Ser que la hizo, está mucho más allá y por encima de estos dos Poderes, y será entonces el verdadero Dios. En efecto, lo que queremos decir cuando los llamamos bueno y malo es que uno de ellos se halla en relación bien acoplada con el Dios real y definitivo, al paso que el otro se halla en malas relaciones con El.

El mismo punto puede formularse en una forma distinta. Si el dualismo es cierto, el Poder malo debe ser un ser que le gusta lo malo por ser malo. Pero en realidad jamás hemos oído que alguien prefiera la maldad sólo por ser maldad. Lo más cerca de esto a que podemos llegar es la crueldad. Pero en la vida real las gentes son crueles por una de dos razones: o bien porque son sadistas, esto es, porque tienen una perversión sexual que hace que la crueldad sea para ellos causa de placer sensual, o por algo que van a obtener por el ejercicio de la crueldad: dinero, poder o seguridad. Mas el placer, el dinero, el poder y la seguridad son, por definición, cosas buenas. La maldad consiste en buscar estas cosas por un método erróneo, por el camino erróneo, o en el exceso de tales cosas. Por supuesto que con esto no quiero decir que las personas crueles no sean extremadamente malvadas. Lo que quiero decir es que la maldad, cuando se la examina, resulta ser el deseo de obtener algo bueno por el camino equivocado. Se puede ser bueno por el solo amor a la bondad; no se puede ser malo sólo por amor a la maldad. Se puede hacer una acción bondadosa cuando no nos sentimos bondadosos y cuando no nos proporciona placer alguno, solamente porque la bondad es justa; pero nadie ejercita nunca una acción cruel sólo por el hecho de que la crueldad es mala; se hace sólo porque la crueldad proporciona placer o porque de ella se deriva algo útil. En otras palabras, la maldad no puede tener éxito ni siquiera en ser mala en la misma forma en que la bondad es buena. La bondad, por decirlo así, es ella misma en sí; la maldad no es más que bondad dañada. Y primero debe existir algo que sea bueno antes de que se le eche a perder o dañar. Podemos decir que el sadismo es una perversión sexual; pero primero hemos de tener el concepto de lo que es una sexualidad normal antes de que podamos hablar de que se la pervierte; y se puede ver en qué consiste la perversión, porque se puede explicar lo pervertido a partir de lo normal, y no se puede explicar lo normal a partir de lo pervertido. Se llega a la conclusión de que este Poder Malo, que se supone se halla en pie de igualdad con el Poder Bueno, y que ama la maldad en la misma forma que el Poder Bueno ama la bondad, es apenas un espantajo, un sofisma de distracción. Para ser malo necesita cosas buenas que desear y que luego ha de buscar por el camino equivocado; ha de tener impulsos que originalmente sean buenos para poder pervertirlos. Pero si es malo no puede suministrarse ni buenas cosas que desear ni buenos impulsos que pervertir. Ambas cosas las debe obtener del Poder Bueno. Y si esto es así, no es independiente. Es parte del mundo del Poder Bueno; o bien fue hecho por el Poder Bueno o por algún otro poder mayor.

Pongamos esto en forma todavía más sencilla. Para ser malo debe existir y tener inteligencia y voluntad. Pero la existencia, la inteligencia y la voluntad son en sí cosas buenas. Por lo tanto debe haberlas adquirido del Poder Bueno. Aun para ser malo debe tomar prestado o robar de su oponente. ¿No empezamos a ver ahora por qué el cristianismo siempre ha dicho que el diablo es un ángel caído? Esto no es un mero cuento para niños. Es un reconocimiento real del hecho de que el mal es un parásito, no algo original. Los poderes que capacitan al mal para hacer su obra son poderes suministrados por el bien. Todas las cosas que capacitan a un

hombre malo para que con efectividad sea malo son en sí mismas buenas: la resolución, la astucia, la buena apariencia, la existencia misma. Es esta la razón por la cual, en sentido estricto, el dualismo no funciona.

Pero debo reconocer que el cristianismo real (lo opuesto del cristianismo aguado) se halla mucho más cerca del dualismo de lo que se cree. Una de las cosas que me sorprendieron cuando por primera vez leí el Nuevo Testamento seriamente fue que hablaba mucho en cuanto al poder de las tinieblas en este universo (poderoso espíritu de maldad que, se sostiene, es el Poder que se halla detrás de la muerte y la enfermedad y el pecado). La diferencia se halla en que el cristianismo dice que este poder de las tinieblas fue creado por Dios, y que era bueno cuando fue creado y luego se desvió. El cristianismo se halla de acuerdo con el dualismo en que este universo se halla en guerra. Pero no la tiene como una guerra entre dos poderes independientes. La tiene como una guerra civil, una rebelión, y nosotros vivimos en una parte del universo ocupada por los rebeldes.

Territorio ocupado por el enemigo: esto es lo que es el mundo. El cristianismo es el relato de cómo el rey legal ha desembarcado, aunque pudiera decirse que disfrazado, y nos está llamando a que tomemos parte en una campaña de sabotaje. Cuando se concurre a la iglesia, en realidad estamos sintonizando el mensaje inalámbrico que nos viene de nuestros amigos. Por eso el enemigo está ansioso de impedirnos que asistamos a la iglesia. Lo hace explotando nuestra presunción y pereza, así como también nuestro esnobismo intelectual. Sé que alguien me preguntará: "¿Quieres de veras a estas alturas reintroducir a nuestro viejo amigo el diablo, con sus cuernos y pezuñas y todo lo demás?" Bueno, lo que estas alturas tienen que ver con el asunto, no lo sé. Y no me preocupan las pezuñas y los cuernos. Por lo demás nuestra respuesta es: "Sí, señor". No pretendo saber nada en cuanto a su apariencia. Si en realidad hay alguien que desea conocerlo mejor, le diría: "No te preocupes. Si en realidad es esto lo que deseas, lo lograrás. Ahora, que te vaya a agradar cuando lo logres, eso ya es otro asunto".

3. La alternativa asombrosa

Los cristianos, entonces, creen que un poder malvado se ha hecho por ahora el príncipe de este mundo. Y, claro, esto suscita algunos problemas. Este estado de cosas, ¿se halla o no de acuerdo con la voluntad de Dios? Si se halla de acuerdo, diríamos que es un Dios extraño; y si no se halla de acuerdo, ¿cómo puede suceder algo que sea contrario a la voluntad de un ser con poder absoluto?

Pero cualquiera que haya estado ejerciendo autoridad sabe que una cosa puede estar de acuerdo con su voluntad en una forma y en otra no. Es muy sensato que una madre diga a sus hijos: "Yo no voy a estar poniéndoles en orden su cuarto todas las noches. Deben aprender a mantenerlo ordenado ustedes mismos". Pero luego una noche sube al cuarto y ve que el osito de felpa y la tinta y la gramática francesa se hallan regados por todas partes. Esto es contra su voluntad. Preferiría que los niños fueran ordenados. Por otra parte, su voluntad es dejar a los niños en libertad de ser desordenados. Lo mismo sucede con cualquier regimiento, sindicato o escuela. Permites que una cosa sea voluntaria y la mitad de la gente no lo hace. No es que quieras tal resultado, pero tu voluntad lo ha hecho posible.

Probablemente ocurre lo mismo en el universo. Dios creó cosas que tuvieran libre albedrío. Esto quiere decir criaturas que pudieran escoger entre lo bueno y lo malo. Algunas personas piensan que pueden imaginarse una criatura libre que no tenga posibilidad alguna de escoger el mal; yo no puedo. Si una cosa es libre para hacer lo bueno también es libre para hacer lo malo. Y el libre albedrío es lo que hace que el mal

sea posible. ¿Por qué, entonces, nos dio Dios libre albedrío? Porque el libre albedrío, aunque hace que el mal sea posible, es también lo único que hace posible que el amor o la bondad o el gozo valgan la pena. Un mundo de autómatas, de criaturas que operen como máquinas, apenas si valdría la pena ser creado. La felicidad que Dios determina para sus criaturas más elevadas es la felicidad de estar libre y voluntariamente unidas con El y entre sí en un éxtasis de amor y de deleite, comparado con el cual el amor más avasallador entre un hombre y una mujer en esta tierra es mera leche aguada. Y para eso tienen que ser libres.

Por supuesto que Dios sabía lo que sucedería si tales criaturas usaban mal su libertad; aparentemente pensó que el riesgo valía la pena. Tal vez nos sintamos inclinados a estar en desacuerdo con El. Pero hay una dificultad en cuanto a no estar de acuerdo con Dios. Dios es la fuerza de la cual proviene nuestro poder de raciocinio; no podemos nosotros estar en lo cierto y El estar equivocado más de lo que puede una corriente de agua levantarse por encima de su origen. Cuando uno discute con El está discutiendo con el poder que lo capacita para discutir; es algo así como cortar la rama del árbol en el cual estamos trepados. Si Dios piensa que este estado de guerra en el universo es un precio que vale la pena pagarse por el libre albedrío —o sea, por un mundo vivo en el cual las criaturas puedan hacer mucho bien o mucho mal y algo de verdadera importancia pueda tener lugar, en lugar de un mundo de juguete que sólo se mueva cuando El mueva sus cuerdas— podemos estar seguros que vale la pena pagarlo.

Cuando hayamos entendido lo que es el libre albedrío, veremos lo tonto de la pregunta que alguien nos formuló una vez: "¿Por qué Dios hizo una criatura de materia prima tan sumamente mala que se echó a perder?" Mientras mejor sea el material que se emplea para hacer una criatura —la más inteligente y la más fuerte y la más libre— mejor será si se comporta bien; pero peor será si opta por seguir el mal. Una vaca no puede ser ni muy buena ni muy mala; un perro puede ser lo mismo mejor que peor; un niño todavía un poco mejor o peor; un hombre común, aún más; un hombre de genio, todavía más; un espíritu sobrehumano puede ser el mejor o el peor de todos.

¿Cómo fue que el espíritu de las tinieblas llegó a hacer lo malo? Sin duda que aquí tenemos una interrogante a la cual los seres humanos no pueden dar respuesta con certeza. Sin embargo podemos ofrecer una suposición razonable (y tradicional) basada en nuestras propias experiencias de hacer lo que es malo. Desde el momento en que eres tú mismo hay una posibilidad de que te pongas en primer lugar esperando ser el centro de todo, esperando, en efecto, ser Dios. Este fue el pecado de Satanás y fue éste el pecado que él enseñó a la raza humana. Algunos creen que la caída del hombre tuvo que ver con el sexo, pero es una equivocación. (Lo que el relato del Libro del Génesis sugiere es que la corrupción de nuestra naturaleza siguió a la caída como uno de sus resultados, siendo así efecto y no causa.) Lo que Satanás puso en las mentes de nuestros remotos antepasados fue la idea de que podrían ser "como dioses": que podrían independizarse como si se hubieran creado; que podrían ser sus propios amos; que podrían inventar alguna clase de felicidad sin Dios, aparte de El. Y como resultado de ese intento vano tenemos todo esto que llamamos historia humana —dinero, pobreza, ambición, guerra, prostitución, clases sociales y económicas, imperios, esclavitud—, el prolongado y terrible relato del hombre en su afán por hallar algo fuera de Dios que pueda proporcionarle la felicidad.

La razón de que nunca pueda lograrlo es ésta: Dios nos hizo; nos inventó tal como un hombre inventa un motor. Un automóvil está hecho para que funcione con gasolina, y no correrá bien con otra cosa. Dios diseñó la máquina humana para que funcionara con El. El mismo es el combustible para nuestros espíritus, o la comida que fue designada para alimentarnos. No existe otra cosa. Es por ello que no es bueno pedirle a Dios que nos haga felices a nuestra propia manera

sin que tengamos que molestarnos con la religión. Dios no puede darnos felicidad y paz sin El porque es imposible. No existe tal cosa.

Esta es la clave de la historia. Se consume una cantidad tremenda de energía. Se edifican civilizaciones. Se han inventado instituciones magníficas. Pero siempre algo ha salido mal. Por algún sino fatal siempre la gente egoísta y cruel llega a dominar la escena y todo vuelve a la miseria y a la ruina. La máquina se avería. Todo parece que empieza bien y que avanza unos cuantos metros y luego se rompe. Están tratando de hacerla andar con un combustible inapropiado. Eso es lo que nos ha hecho Satanás a los humanos.

¿Y qué fue lo que hizo Dios? Primero que todo, nos dejó conciencia, sentido de lo bueno y de lo malo; y a través de la historia ha habido gentes que han estado tratando, algunas de ellas con sus mejores esfuerzos, de obedecerla. Nadie lo ha logrado hasta ahora. En segundo lugar, envió a la raza humana lo que llamaríamos buenos sueños: me refiero a esos relatos, a veces estrafalarios, que hallamos en todas las religiones paganas en cuanto a un dios que muere y vuelve a la vida y que por su muerte de cierta forma da nueva vida a los hombres. En tercer lugar, Dios escogió a un pueblo en particular y gastó varias centurias martillando en sus cabezas la clase de Dios que El era: que El era el único y que le gustaba el buen proceder. Ese pueblo es el pueblo judío, y el Antiguo Testamento nos relata el proceso de martilleo.

Entonces viene lo verdaderamente asombroso. Entre estos judíos de repente se presenta un hombre que dice que es Dios, que puede perdonar los pecados. Dice que siempre ha existido. Que vendrá a juzgar al mundo al final de los tiempos. Entendamos esto con toda claridad. Entre los panteístas, al igual que entre los hindúes, cualquiera puede decir que es parte de Dios: no está diciendo nada raro. Pero este hombre, siendo como era judío, no podía referirse a esa clase de Dios. En su lenguaje, Dios quiere decir un ser aparte del mundo que El hizo, un ser infinitamente diferente de cualquiera otra cosa. Y cuando se logra captar tal cosa, se verá que lo que este hombre decía era sencillamente lo más asombroso que nunca antes hubieran pronunciado labios humanos.

Una parte de esta afirmación tiende a escaparse de nuestra atención porque la hemos oído con tanta frecuencia que ya casi no le vemos su importancia. Me refiero al perdón de los pecados; de cualesquiera pecados. A menos que quien esté hablando sea Dios, esta afirmación es absurda, tan desproporcionada que da risa. Podemos entender que un hombre perdone ofensas que se le hayan hecho. Me das un pisotón y te perdono; me robas el dinero y te perdono. ¿Pero qué diríamos de un hombre a quien nada de esto le haya pasado y que anuncia que perdona el que otro hombre haya sido pisoteado y haya sido robado? Fatuidad asnal es el término menos duro que usaríamos para describir su manera de proceder. Sin embargo esto fue lo que Jesús hizo. Les dijo a la gente que sus pecados eran perdonados, y nunca esperaba que se consultara a los que indudablemente habían sido perjudicados por tales pecados. Sin vacilar se comportaba como si El fuera la parte más afectada, la persona ofendida con todas las ofensas. Esto tiene sentido si El realmente era el Dios cuyas leyes son quebrantadas y cuyo amor es herido por cada pecado. En labios de cualquiera que no sea Dios estas palabras sólo podríamos considerarlas como una necedad y una fantasía sin pralelo en la historia de la humanidad.

Sin embargo (y esto es lo extraño y significativo) aun sus enemigos, cuando leen los Evangelios, por lo general no sacan la impresión de que Jesús fuera un necio y un fatuo. Mucho menos los lectores libres de prejuicios. Cristo dice que El es "manso y humilde" y nosotros le creemos, y no notamos que, si El fuera un simple hombre, la mansedumbre y la humildad son las características que menos atribuiríamos a algunos de sus dichos.

Estamos tratando aquí de evitar que alguien diga la mayor de las tonterías que a menudo se han dicho en cuanto a El: "Estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro de

moral, pero no acepto su afirmación de que era Dios". Esto es algo que no deberíamos decir. El hombre que sin ser más que hombre haya dicho la clase de cosas que Jesús dijo, no es un gran moralista. Bien es un lunático que está al mismo nivel del que dice que es un huevo o el diablo del infierno. Puedes hacer tu elección. O bien este hombre era, y es el Hijo de Dios; o era un loco o algo peor. Escarnécele como a un insensato, escúpelo y mátalo como a un demonio; o cae a sus pies y proclámalo como Señor y Dios. Pero no asumamos la actitud condescendiente de decir que fue un gran maestro de la humanidad. El no nos proporciona campo para tal actitud. No fue eso lo que El intentó.

4. El penitente perfecto

Nos enfrentamos, entonces, a una alternativa aterradora. El hombre del cual estamos hablando o bien fue, y es, lo que El dijo que era, o era un lunático o algo peor. A mí me parece obvio que no fue ni un lunático ni un chiflado; por consiguiente, por extraño o terrible que el asunto nos parezca, hemos de aceptar el punto de vista de que El era y es Dios. Dios ha desembarcado en forma humana en este mundo ocupado por el enemigo.

Y ¿con qué propósito? ¿Qué vino El a hacer? A enseñar, claro está; pero tan pronto como hayamos penetrado en el Nuevo Testamento y en cualquiera otro escrito cristiano, hallaremos que en forma constante se está hablando de algo completamente diferente: de su muerte y de su resurrección. Es obvio que los cristianos piensan que el punto principal del relato se halla aquí. Piensan que lo principal que El vino a hacer en la tierra fue sufrir y recibir la muerte.

Antes de llegar a ser cristiano yo tenía la impresión de que lo primero que los cristianos tenían que creer era en una

teoría particular en cuanto a lo que esta muerte significaba. De acuerdo con tal teoría, Dios quiso castigar a los hombres por haber desertado y haberse unido al Gran Rebelde, pero Cristo se sometió en forma voluntaria a tal castigo en lugar de los rebeldes, y Dios nos dejó libres. Ahora reconozco que tal teoría no es tan inmoral ni tan tonta como antes me lo parecía; pero éste no es el punto que quiero destacar. Lo que más tarde descubrí es que ni esta teoría ni cualquiera otra es cristianismo. La creencia central cristiana es que la muerte de Cristo en cierta forma nos reconcilió con Dios y nos dio la oportunidad de empezar de nuevo. Las teorías en cuanto a cómo fue que esto se operó, ya son otro asunto. Existe un gran número de teorías en cuanto a esto, pero todos los cristianos están de acuerdo en que el propósito se logró. Te diré cómo creo que se logró. Todas las personas sensatas saben que si nos hallamos cansados y hambrientos una buena comida nos hace bien. Pero la teoría moderna de la nutrición —todas esas cosas en cuanto a vitaminas y proteínas— es algo diferente. La gente comía y sentía sus fuerzas restauradas mucho antes de que se hubiera oído hablar de la teoría de las vitaminas; si alguna vez llegara a descartar tal teoría, la gente seguiría comiendo como si nada hubiera pasado. Las teorías en cuanto a la muerte de Cristo no son el cristianismo: son explicaciones en cuanto a cómo es que tal muerte opera. No todos los cristianos están de acuerdo en cuanto a la importancia de estas teorías. La iglesia a la cual pertenezco, la Iglesia Anglicana, no ha escogido ninguna de ellas como la verdadera. La Iglesia de Roma ha avanzado un poco más. Pero creo que todos nos hallamos de acuerdo en que el hecho en sí mismo tiene infinitamente mayor importancia que cualquiera de las explicaciones que los teólogos han producido. Ellos probablemente admitirían que ninguna explicación es lo suficientemente adecuada a la realidad. Pero tal como dije en el prefacio de este libro, soy solamente un laico y aquí me estoy metiendo ya en aguas profundas. Sólo puedo expresar, valga lo que valga, mi punto de vista.

Según mi opinión, las teorías no son por sí mismas lo que se nos pide que aceptemos. No dudamos de que sean muchos los que hayan leído las obras de Jeans o de Eddington. Lo que ellos hacen cuando quieren explicar el átomo, o algo de esa naturaleza, es darnos una descripción de la cual podamos sacar un cuadro mental. Pero nos dicen que ese cuadro no es lo que en realidad creen los científicos. En lo que ellos creen es en una fórmula matemática. Los cuadros sirven sólo para ayudarnos a entender la fórmula. No son tan completamente fieles a la verdad como la fórmula; no nos presentan lo real, sino algo que más o menos se le asemeja. Tienen el propósito de servir de ayuda; pero si no lo logran, se les puede descartar. La cosa misma no puede ser "fotografiada", sino que sólo puede ser expresada en forma matemática. Nosotros nos hallamos en el mismo problema. Creemos que la muerte de Cristo es justamente el punto en la historia en que algo absolutamente inconcebible del exterior trasciende a nuestro mundo. Si no podemos pintar ni siquiera los átomos de los cuales se halla compuesto nuestro mundo, es claro que no vamos a ser capaces de pintar esto. Ciertamente, si hallamos que podemos entenderlo plenamente, el mismo hecho mostraría que no es lo que parecía ser: lo inconcebible, lo increado, la cosa que proviene de más allá de la naturaleza, que deslumbra y hace estremecer a la naturaleza como lo hace un rayo. Puede ser que te preguntes de qué beneficio te será esto si no lo puedes entender. Pero a esto se le puede dar una fácil respuesta. Un hombre puede tomar sus alimentos sin entender exactamente cómo es que ellos le nutren. Un hombre puede aceptar lo que Cristo ha hecho sin saber cómo es que tal cosa opera; ciertamente no sabrá cómo es que opera mientras no la haya aceptado.

Se nos ha dicho que Cristo fue muerto por nosotros, que su muerte ha lavado nuestros pecados, y que al morir desarmó a la muerte misma. Esta es la fórmula. Esto es el cristianismo. Esto es lo que se ha de creer. Todas las teorías que se formulen en cuanto a cómo fue que la muerte de Cristo

logró esto son, a mi parecer, algo muy secundario; son meros planos o diagramas que han de ser puestos de lado si es que no nos sirven de ayuda; y aun si nos ayudan, no deben ser confundidos con el hecho mismo. De todas maneras, vale la pena considerar algunas de estas teorías.

La que la mayoría de la gente ha oído señalar es la que mencioné antes: que fuimos perdonados porque Cristo se ofreció voluntariamente a sufrir el castigo en lugar nuestro. A simple vista es una teoría tonta. Si Dios estaba dispuesto a perdonarnos, ¿por qué no lo hizo sin más rodeos? ¿Y cuál es el mérito que hay en castigar a una persona inocente en lugar de otra culpable? Ninguno que se pueda ver, si es que se piensa en un castigo semejante al que se impone en un tribunal de policía. Por otro lado, si se piensa en una deuda, tiene mucho sentido el que alguien que disponga de medios pague en lugar de alguien que no tiene cómo pagar. O si estamos pensando en "pagar la pena", no en el sentido de recibir castigo, sino en el sentido más general de "pagar los platos rotos" o de "pagar la cuenta", entonces, por supuesto, es un asunto de experiencia común que cuando una persona se ve en un aprieto, el que se molesta en sacarlo por lo general es un amigo bondadoso.

¿En qué clase de "aprietos" el hombre se ha metido? Ha tratado de rehabilitarse por sí mismo, de comportarse como si se perteneciera. En otras palabras, el hombre caído no es solamente una criatura imperfecta que necesita mejorarse: es un rebelde que debe deponer las armas. Deponer las armas, rendirse, pedir perdón, darse cuenta de que ha tomado el sendero equivocado y estar dispuesto a empezar la vida de nuevo a partir de su más bajo nivel. Esta es la única manera de salir del aprieto. Este proceso de sometimiento, de rendición; este retroceso del barco a plena velocidad, es lo que los cristianos llaman arrepentimiento. Y el arrepentimiento no es cosa de juego. Es mucho más duro que comer el pan de la humillación. Es desaprender la autosuficiencia y la autodeterminación en que hemos venido entrenándonos por

miles de años. Es matar una parte de nosotros mismos; es experimentar cierta clase de muerte. Por cierto, hay que ser bueno para arrepentirse. Y es aquí donde se presenta el problema. Sólo una persona mala necesita arrepentirse pero sólo una persona buena puede arrepentirse genuinamente. Mientras peores seamos más lo necesitamos y menos capacitados estamos para hacerlo. La única persona que podría hacer esto a la perfección sería una persona perfecta; y esa persona no lo necesitaría.

Recordemos: este arrepentimiento, esta sumisión voluntaria a la humillación, a una especie de muerte, no es algo que Dios demanda de nosotros antes de aceptarnos de nuevo y de lo cual nos exime si así lo quiere. Es solamente una descripción de cómo vuelve uno a El. Si pedimos que Dios nos reciba de nuevo sin tal cosa, lo que realmente le estamos pidiendo es que nos permita regresar sin regresar. Y esto no puede suceder. Muy bien; entonces hemos de pasar por ello. Pero la misma maldad que hace que necesitemos del arrepentimiento nos incapacita para hacerlo. ¿Lo podremos hacer si Dios nos ayuda? Sí, ¿pero de qué estamos hablando cuando nos referimos a la ayuda de Dios? Estamos hablando de que El ponga un poco de sí mismo en nosotros, por decirlo así. El nos proporciona un poco de sus poderes de razonamiento y es así como pensamos; pone un poco de su amor en nosotros, y es así como podemos amarnos los unos a los otros. Cuando estamos enseñándole a escribir a un niño guiamos su mano mientras forma las letras; esto es, forma las letras porque nosotros las estamos formando. Amamos y razonamos porque Dios ama y razona y sostiene nuestra mano mientras lo hacemos. Si no hubiéramos caído, esto sería cosa de coser y cantar. Pero desafortunadamente ahora necesitamos de la ayuda de Dios para hacer algo que Dios, en su propia naturaleza, nunca hará: rendirse, sufrir, someterse, morir. Nada en la naturaleza de Dios corresponde en forma alguna a este proceso. Este camino por el cual necesitamos ser conducidos o guiados por Dios en su mayor parte es un camino que Dios,

en su propia naturaleza, nunca ha transitado. Dios puede compartir sólo lo que tiene: el proceso del arrepentimiento no cabe en su naturaleza.

Pero supongamos que Dios se convierte en hombre; supongamos que nuestra naturaleza humana, que puede sufrir y morir, se amalgama con la naturaleza de Dios en una sola persona; entonces sí que tal persona podría ayudarnos. Podría someter su voluntad y sufrir y morir, porque es hombre; y podría hacer esto a la perfección a causa de que es Dios. Podemos ir a través de este proceso sólo si Dios lo hace en nosotros; pero Dios puede hacerlo sólo si llega a ser hombre. Nuestros intentos en este morir tendrán éxito sólo si los hombres participamos en la muerte de Dios, tal como nuestro pensar logrará sus fines sólo porque es una gota del inmenso océano de su inteligencia; pero no podemos participar de la muerte de Dios a menos que Dios muera; y El no puede morir excepto que sea un hombre. Es este el sentido en el cual El paga nuestra deuda, y sufre por nosotros lo que no tenía que sufrir.

Hemos oído de algunos que argumentan que si Jesús era Dios al mismo tiempo que hombre, sus sufrimientos y su muerte pierden todo valor, "porque eso debió haber sido muy fácil para El". Otros puede que (muy justamente) rechacen la ingratitud y lo impiadoso de este argumento; lo que me asombra es la mala comprensión que evidencia. Por supuesto que en un sentido están en lo cierto. Ellos no saben bien el alcance de ese razonar. La sumisión perfecta, el sufrimiento perfecto, la muerte perfecta, fue no sólo más fácil para Jesús porque El era hombre, sino que fue posible sólo porque El era Dios. ¿Pero será esta una razón para que no tenga aceptación? El maestro es capaz de formar las letras para el niño porque es una persona mayor y sabe cómo escribir. Esto, por supuesto, hace que la cosa sea más fácil para el maestro; y sólo porque le es más fácil es que está en capacidad de ayudar al niño. Si este lo rechaza porque "eso es fácil para las personas mayores", y espera aprender a escri-

bir con otro niño que no sabe cómo escribir (y que por ello no le lleva una ventaja "injusta"), no aprenderá muy rápido. Si alguien se está ahogando en la rápida corriente de un río, un hombre que esté de pie en la orilla puede alargar la mano para salvarlo. El que se está ahogando, entre boqueada y boqueada, ¿debe rechazar la ayuda gritando: "No, esto no es justo. ¡Tú me llevas ventaja! ¡Tienes un pie en la orilla!"? Tal ventaja, si quiere llamársele "injusta", es la sola razón por la cual el hombre de la orilla puede ayudar al que se está ahogando. ¿A quién se vuelven los ojos en busca de ayuda si no es a aquel que es más vigoroso que nosotros?

Esta es mi manera de ver lo que los cristianos llaman expiación. Pero recordemos que esto es solamente una ilustración más. No la confundamos con el hecho mismo. Si no nos ayuda, olvidémonos de ella.

5. La conclusión práctica

El sometimiento y la humillación perfectos fueron soportados por Cristo: perfectos por cuanto El era Dios; sometimiento y humillación porque era hombre. La creencia cristiana es que si en alguna forma participamos de la humillación y de los sufrimientos de Cristo, también participaremos en su conquista de la muerte y hallaremos una nueva vida después de que hayamos muerto, y en tal vida seremos criaturas perfectas, con felicidad perfecta. Esto significa muchísimo más que nuestros esfuerzos por seguir sus enseñanzas. A menudo la gente se pregunta cuándo tendrá lugar el segundo paso de la evolución, el paso hacia algo que está más allá del hombre. Pero según lo cree el cristiano, este paso ya ha tenido lugar. En Cristo apareció una nueva clase de hombre; y la nueva vida que empezó en El se ha de infundir en nosotros.

¿Cómo? Recordemos cómo fue que adquirimos la antigua y ordinaria clase de vida. La derivamos de otros, de nuestro padre y nuestra madre y de todos nuestros demás antepasados, sin consentimiento nuestro, y por medio de un proceso muy curioso, en el cual intervinieron el placer, el dolor y el peligro. Un proceso que nunca nos habríamos imaginado. La mayoría de nosotros pasamos buena parte de los años de nuestra niñez tratando de adivinarlo; algunos niños, cuando al fin se les dice, no lo creen. Y yo no los critico, porque en realidad es un proceso muy raro. El Dios que planeó tal proceso es el mismo Dios que planeó cómo la nueva clase de vida, la vida en Cristo, se ha de propagar. También hemos de esperar que sea una cosa muy extraña. Dios no nos consultó cuando inventó el sexo; tampoco nos consultó cuando inventó el proceso de la vida en Cristo.

Hay tres cosas que infunden la vida de Cristo en nosotros: el bautismo, la creencia y esa acción misteriosa que recibe diferentes nombres por parte de diferentes cristianos: la Santa Comunión, la Misa, la Cena del Señor. Al menos, estos son los tres métodos ordinarios. No estamos diciendo que no pueden existir casos especiales donde este proceso de la nueva vida tiene lugar sin uno o varios de estos factores. No tengo tiempo para entrar a considerar casos especiales, ni tampoco los conozco muy bien. Si en breves minutos tratamos de decirle a alguien cómo llegar a Edimburgo desde algún lugar de Inglaterra, le hablaremos de los trenes. Es cierto que puede llegar hasta allí por barco o por avión; pero quizás ni lo mencionemos. No estamos diciendo nada en cuanto a cuál de estas tres cosas sea la más esencial. Nuestro amigo metodista quisiera que yo hablara más de la creencia o la fe y menos (en proporción) de las otras dos cosas. Pero no voy a entrar en eso. Cualquiera que se dedique a enseñar la doctrina cristiana te dirá, en efecto, que utilices estas tres cosas. Esto es suficiente para lo que nos proponemos.

Yo mismo no veo cómo estas tres cosas puedan ser las conductoras de la nueva clase de vida. Pero también, si no lo supiéramos, no hubiéramos podido ver conexión alguna entre

un particular placer físico y la aparición de un nuevo ser humano en el mundo. Hemos de tomar la realidad tal como llega a nosotros; ningún bien nos trae el parlotear en cuanto a lo que debiera ser o lo que esperaríamos que fuera. Pero aunque no podamos comprender por qué tiene que ser así, podemos decir por qué creemos que es así. Ya hemos explicado por qué creemos que Jesús era (y es) Dios. Y es un hecho histórico bien claro que El enseñó a sus seguidores que la nueva vida les era comunicada en esta forma. En otras palabras, creemos en su autoridad. No tengamos miedo a la palabra autoridad. Creer en estas cosas sobre la base de la autoridad sólo significa creerlas porque pensamos que quien las ha dicho es digno de nuestra confianza. Noventa y nueve por ciento de las cosas en las cuales creemos las creemos sobre la base de la autoridad. Creemos que existe un lugar llamado Nueva York, y lo creemos porque gentes en quienes confiamos nos lo han dicho así. El hombre común cree en el sistema solar, en los átomos, en la evolución, en la circulación de la sangre, basado en la autoridad de los científicos que han dicho que existen. Toda declaración histórica en el mundo se cree sobre alguna base de autoridad. Ninguno de nosotros vio la conquista de los normandos ni la derrota de la Armada Invencible. Ninguno de nosotros puede probarlas por medio de la lógica pura tal como se prueba una cosa por medio de las matemáticas. Las creemos sencillamente porque hubo gente que las vieron y dejaron escritos para informarnos en cuanto a ellas: esto es autoridad. Si un hombre rehúsa aceptar la autoridad de otros en todas las cosas, tal como lo hacen algunos en cuanto a la religión, deberá contentarse con no llegar a saber nada en la vida.

No creas que estoy afirmando que el bautismo y la creencia y la Santa Comunión sean cosas que debamos hacer en lugar de nuestros propios intentos de imitar a Cristo. Nuestra vida natural se deriva de nuestros padres; esto no significa que permanecerá siendo vida aun si nada hacemos en cuanto a ella. La podemos perder por negligencia nuestra o por

cometer suicidio. Se la ha de alimentar y se la ha de cuidar; pero siempre hemos de recordar que nosotros no estamos haciendo la vida, sino que estamos conservando la que hemos recibido de otros. De igual manera, el cristiano puede perder la vida en Cristo que le fue infundida y ha de hacer esfuerzos para conservarla. Pero ni aun el mejor de los cristianos actúa por su cuenta; simplemente nutre o protege una vida que nunca habría podido adquirir por sus propios medios. Y esto tiene consecuencias prácticas. Mientras la vida natural permanezca en el cuerpo, son muchas las cosas que hará para reparar el cuerpo. Cortémoslo y hasta un cierto punto sanará, cosa que no sucede con un cuerpo muerto. Un cuerpo vivo no es algo que nunca sufre daño, sino que hasta cierto punto se cura por sí mismo. De la misma manera, un cristiano no es alguien que nunca hace lo malo, sino un hombre que es capaz de arrepentirse y restaurarse y empezar de nuevo después de cada tropiezo, porque la vida en Cristo que está en él lo repara siempre y lo capacita para repetir (hasta un cierto grado) la clase de muerte voluntaria que Cristo mismo sufrió.

Por eso es que el cristiano se halla en una posición diferente de la de aquellos que están tratando de ser buenos. Esperan agradar a Dios siendo buenos si es que hay un Dios; o, si no creen que exista alguno, al menos esperan merecer la aprobación de la gente buena. Pero el cristiano piensa que lo bueno que él hace proviene de la vida de Cristo que hay en su interior. No cree que Dios nos ama porque somos buenos, sino que El nos hace buenos porque nos ama; es como el techo de un invernadero, que no atrae la luz del sol porque sea brillante, sino que es brillante porque los rayos del sol caen sobre él.

Permítasenos aclarar que cuando los cristianos dicen que la vida en Cristo está en ellos, no se refieren sencillamente a algo mental o moral. Cuando hablan de estar "en Cristo" o de que Cristo está "en ellos" no es simplemente una forma de decir que están pensando en Cristo o que están tratando de imitarlo. Lo que quieren decir es que Cristo está obrando a través de ellos; que todos los cristianos son el organismo

físico por medio del cual actúa Cristo; que ellos son los dedos y los músculos y las células de su cuerpo. Y quizás esto explique una o dos cosas. Explica por qué la nueva vida se propaga no solamente por puros actos mentales como el creer, sino también por actos corporales como el bautismo y la Santa Comunión. No es solamente la diseminación de una idea; se asemeja más a la evolución: un hecho biológico o superbiológico. A nada bueno conduce el tratar de ser más espirituales que Dios. El nunca quiso que el hombre fuera una criatura espiritual. Es por ello que utiliza cosas materiales como el pan y el vino para infundir en nosotros la nueva vida. Puede que pensemos que esto es demasiado material y falto de espiritualidad. Dios no. El inventó la comida. Le gusta la materia. El la inventó.

Y hay aquí otra cosa que solía desconcertarme. ¿No es aterradoramente injusto que esta nueva vida se halle confinada solamente a quienes han oído de Cristo y son capaces de creer en El? Pero la verdad es que Dios no nos ha dicho lo que ha dispuesto para la otra gente. Sabemos que ningún hombre puede ser salvo excepto por medio de Cristo; no sabemos si sólo los que saben de El puedan ser salvos por medio de El. Pero mientras tanto, si te preocupan los que se hallan fuera, lo más irracional que puedes hacer es permanecer fuera tú mismo. Los cristianos son el cuerpo de Cristo, el organismo por medio del cual El actúa. Cada adición a ese cuerpo lo capacita para hacer más. Si deseas ayudar a quienes se hallan fuera, debes añadir tu pequeña célula al cuerpo de Cristo, pues sólo El puede ayudarlos. El cercenar los dedos de un hombre sería la forma más extraña de ayudarle a que trabajara más.

Y existe otra posible objeción. ¿Por qué Dios desembarca en este mundo ocupado por el enemigo, y disfrazado inicia una especie de sociedad secreta para socavar la obra del diablo? ¿Por qué no desembarca con poder y lo invade? ¿Es que no es lo suficientemente fuerte? Bueno, los cristianos creen que El va a desembarcar con poder, pero no sabemos

cuándo lo va a hacer. Mas podemos explicarnos su demora. Desea darnos la oportunidad de que en una forma voluntaria nos unamos a El. No creo que ni tú ni yo tengamos muy buena opinión del francés que esperó hasta que las fuerzas aliadas entraran en Alemania para anunciar que estaba del lado nuestro. Dios invadirá. Pero me pregunto si los que piden a Dios que interfiera abierta y directamente en nuestro mundo se dan plena cuenta de lo que va a suceder cuando lo haga. Cuando esto tenga lugar, habrá llegado el fin del mundo. Cuando el autor se presenta en el escenario, el drama ha terminado. Claro que Dios va a invadir, pero ¿de qué servirá que digas que estás de parte suya entonces, cuando veas que el mundo natural se desvanece como un sueño, y que otra cosa aparece de repente: algo que jamás podrías concebir, algo que será muy bello para algunos de nosotros, pero muy terrible para los demás y en lo cual no se nos dejará escoger? Dios se presentará abiertamente; y será algo tan sobrecogedor, que producirá amor irresistible o irresistible terror en todas las criaturas. Será entonces demasiado tarde para escoger de qué lado estaremos. Está de más decir que preferimos permanecer tendidos en el suelo cuando es imposible levantarse. Esa no será la hora de escoger: será la ocasión en que veremos cuál es el lado que en realidad hemos escogido, ya sea que nos hayamos dado cuenta antes o no. Hoy, este día, este momento, es nuestra oportunidad de escoger el lado correcto. Dios está esperando para darnos esta oportunidad. Pero esta oportunidad no durará por siempre. Hemos de aprovecharla o hemos de perderla de una vez por todas.

LIBRO III

La conducta cristiana

1. Las tres partes de la moralidad

Se dice de un estudiante a quien se le preguntó cómo creía que era Dios. Su respuesta fue que, hasta donde él podía pensar, Dios era "como esas personas que siempre están fisgoneando a ver si estamos disfrutando de algo para de inmediato impedirlo". Temo que esta sea la clase de idea que la palabra moralidad suscita en las mentes de mucha gente: que es algo que interfiere, algo que nos impide disfrutar de lo que nos agrada. En realidad, las reglas morales son instrucciones que se dan para operar la maquinaria humana. Toda regla moral fue establecida para prevenir un rompimiento, una tirantez, una fricción, en el funcionamiento de tal maquinaria. Es por ello que a primera vista parecen ser una constante interferencia en nuestras inclinaciones naturales. Cuando se nos está enseñando el uso de una máquina cualquiera, el instructor siempre nos está diciendo: "No, eso no se hace de esa manera", porque, claro está, hay muchas cosas que parecen ser la manera natural de operar una máquina, pero que en realidad no la hacen operar bien.

Algunos prefieren hablar de "ideales" morales más bien que de reglas morales y de "idealismo" moral más bien que de obediencia moral. Por supuesto que la perfección moral es un "ideal" moral en el sentido de que no podemos alcanzarla. En tal sentido, para nosotros los humanos, toda clase de perfección es un ideal; no podemos lograr ser choferes perfectos, ni tenistas perfectos ni dibujar a la perfección

líneas rectas. Pero existe otro sentido en el cual es muy despistador el llamar ideal a la perfección moral. Cuando alguien dice que una cierta mujer, una casa, un barco o un jardín es "su ideal", no quiere decir, a menos que se trate de un tonto, que todos los demás deben tener el mismo ideal. En tales asuntos tenemos el derecho de tener gustos diferentes y, por supuesto, ideales diferentes. Pero es peligroso describir a un hombre que trata con todo su vigor de mantener la ley moral como un "hombre de elevados ideales", porque esto podría conducirnos a pensar que la perfección moral es un gusto personal de él y que los demás de nosotros no tenemos que compartirlos. Sería una equivocación desastrosa. La conducta perfecta podría ser tan inalcanzable como poner cambios perfectos cuando se guía un automotor; pero es un ideal necesario prescrito para todos los hombres a causa de la naturaleza misma de la máquina humana, tal como el poner cambios perfectos es un ideal para quien guía un automotor, debido a la naturaleza misma de los carros. Y sería aún más peligroso tenerse uno mismo como una persona de "elevados ideales" porque esté tratando de no mentir en lo absoluto (en vez de permitirse unas cuantas mentiras) o de nunca cometer adulterio (en vez de cometerlo de vez en cuando) o de no ser un camorrista (en lugar de serlo moderadamente). Esto podría llevarnos a la presunción y a creer que somos personas que merecemos ser felicitadas por nuestro "idealismo". En realidad sería como esperar ser felicitados porque todas las veces que sumamos tratamos de hacerlo bien. Ciertamente que la perfección aritmética es un "ideal"; con toda probabilidad que en algunos cálculos que hagamos cometeremos equivocaciones. Pero no hay nada de extraordinario en tratar de que cada fase de nuestras sumas sea correcta. Sería una idiotez no intentarlo, pues cada una de las equivocaciones que cometamos nos va a traer dificultades a la larga. En la misma forma, cada caída o fracaso moral va a traer dificultades, probablemente para terceras personas y con toda seguridad para nosotros mismos. Hablar de reglas y obediencia en lugar de "ideales" e "idealismo" nos ayuda a tener presentes estas verdades.

Ahora avancemos un paso más. Existen dos formas en las cuales la máquina humana funciona mal. Una es cuando los individuos humanos se apartan unos de otros, o cuando chocan unos con otros y se causan daño por medio del engaño o la camorra. La otra es cuando las cosas van mal en lo íntimo del individuo; cuando las diferentes partes que lo componen, sus diferentes facultades y deseos y todo lo demás, o bien se apartan unas de otras o bien se interfieren entre sí. Podemos captar mejor esta idea si pensamos en nosotros mismos como una flota de barcos que navegan en formación. Sólo tendrá exito el viaje si, en primer lugar, los buques no chocan entre sí y no se meten uno en la ruta del otro; y en segundo lugar, si cada uno de los buques está bien acondicionado para la navegación y tiene sus motores en buen estado. Por cierto que ninguna de las dos cosas se puede obtener aparte de la otra. Si los barcos se mantienen chocando unos con otros, sus condiciones de navegación no durarán mucho. Por otra parte, si su timón se encuentra dañado no será capaz de evitar los choques. O si lo prefieres, piensa en la humanidad como una banda musical que está tratando de tocar algo. Para tener buenos resultados se necesitan dos cosas. El instrumento de cada uno de los músicos debe estar afinado y también cada uno debe entrar a tocar en el momento preciso para combinar con todos los demás.

Pero hay algo que todavía no hemos tomado en cuenta. No hemos preguntado a dónde quiere llegar la flota, ni qué partitura musical es que la que la banda quiere tocar. Los instrumentos pueden estar todos a tono y entrar en el momento apropiado, pero aun así la ejecución no será un éxito si la banda ha sido contratada para un baile y la música que ejecuta es la Danza de los Muertos. Y por bien que navegue la flota de barcos, el viaje sería un fracaso si lo que se tuvo en mente fue llegar a Nueva York y llega a Calcuta.

La moralidad, entonces, parece que tiene que ver con estas

tres cosas. Primero, con el juego limpio y la armonía entre los individuos. Segundo, con lo que podría ser llamado ordenar o armonizar las cosas en lo íntimo de cada individuo. Tercero, con el propósito general de la vida humana considerada como un todo: para qué fue creado el hombre; el derrotero que toda la flota ha de seguir; la partitura que el director de la banda desea tocar.

Puede ser que te hayas dado cuenta de que la gente de nuestros días casi siempre está pensando en cuanto a la primera de estas cosas, y se olvida de las otras dos. Cuando en los periódicos se dice que estamos tratando de vigorizar las normas morales cristianas, generalmente con ello se quiere dar a entender que estamos luchando porque haya bondad y juego limpio en las naciones, entre las clases sociales y entre los individuos; o sea, que piensan sólo en la primera cosa. Cuando un hombre dice de algo que quiere hacer que "no es malo, porque no está perjudicando a nadie", está sólo pensando en la primera cosa. Piensa que no importa cómo se halle el buque por dentro con tal de que no choque con el buque vecino. Cuando empezamos a hablar de la moralidad, es muy natural que empecemos con la primera de estas cosas: con las relaciones sociales. Esto, porque los resultados de una mala moralidad en tal esfera son obvios y todos los días hacen presión sobre nosotros: la guerra, la pobreza, la avaricia, las mentiras y el trabajo descuidado y mal hecho. Mientras nos mantengamos en la primera cosa, es poco el desacuerdo que hay en cuanto a la moralidad. Casi toda la gente en todas las épocas en teoría han estado de acuerdo en que los seres humanos deben ser honrados y bondadosos y que deben ayudarse entre sí. Pero aunque sea lo natural que empecemos por esto, si nuestro pensar en cuanto a la moralidad se detiene allí, equivaldría a no haber pensado del todo en ella. A menos que lleguemos a la segunda cosa, el ordenamiento de lo íntimo de cada ser humano, sólo nos estaremos engañando a nosotros mismos.

¿De qué vale decirle a los buques cómo timonear para evitar choques, si están tan echados a perder que no funcionan? ¿De qué vale escribir reglas para la conducta social, si sabemos que en la práctica nuestra avaricia, nuestra cobardía, nuestro mal carácter, nuestra presunción egoísta irán a impedir que cumplamos tales reglas? Ni por un momento con esto quiero decir que no deberíamos pensar, y pensar muy vigorosamente, en cuanto al mejoramiento de nuestro sistema social y económico. Lo que quiero decir es que todo nuestro pensar será pura pamplina, a menos que nos demos cuenta de que nada, aparte del valor y la abnegación de los individuos, va a lograr nunca que un sistema funcione apropiadamente. Es muy fácil remover las clases particulares de corrupción y bravuconería que encontramos en nuestro sistema actual; pero mientras los hombres permanezcan siendo estafadores o valentones, hallarán alguna nueva forma de continuar sus actividades bajo cualquier otro nuevo sistema. No se puede hacer que los hombres sean buenos por ley; y sin hombres buenos no puede existir una sociedad buena. Es por eso que debemos pensar en la segunda cosa: la moralidad en el interior del individuo.

Pero tampoco creo que podamos detenernos aquí. Estamos llegando al punto a partir del cual las diferentes creencias en cuanto al universo llevan a conductas diferentes. A primera vista parece que lo más sensato es detenerse antes de llegar hasta allí, y utilizar sólo aquellas partes de la moralidad sobre las cuales todas las personas sensatas están de acuerdo. ¿Pero podemos hacer tal cosa? Recordemos que la religión tiene que ver con una serie de hechos, ya sean verdaderos o falsos. Si son verdaderos, de ellos provendrá una serie de conclusiones en cuanto a la buena navegación de la flota humana; si son falsos, una muy distinta serie de conclusiones será su resultado. Por ejemplo, regresemos al hombre que dice que una cosa no puede ser mala a menos que cause perjuicio a otro ser humano. Ese hombre entiende muy bien que no se debe causar daño a los otros barcos de la flota, pero honradamente cree que el gobierno de su propio barco sólo a él

incumbe. ¿Pero no hay una gran diferencia entre si se trata de un barco de su propiedad o tiene otro dueño? ¿No existe una gran diferencia entre si, por decirlo así, yo soy el propietario de mi mente y de mi cuerpo, o si respondo por ellos ante el verdadero propietario? Si alguien me creó para sus propios propósitos, tengo gran número de responsabilidades, las cuales, por otra parte, no las tendría si sencillamente yo fuera mi propio amo.

De nuevo: el cristianismo afirma que todo ser humano individual ha de vivir para siempre, y esto o debe ser verdad o debe ser falso. Existen muchísimas cosas que no vale la pena que nos molestemos por ellas si sólo vamos a vivir unos setenta años, pero que sí valdría la pena que nos preocupáramos muy seriamente por ellas si es que vamos a vivir para siempre. Quizás mi mal carácter o mis celos vayan empeorándose en forma gradual, tan gradual que por setenta años no me he dado cuenta de ello. Pero se volverían un infierno absoluto con el correr de un millón de años; si el cristianismo está en lo cierto, el infierno, en efecto, será el término técnico absolutamente correcto para tal situación. Y la inmortalidad establece otra diferencia, la cual, a propósito, tiene una conexión con la diferencia que existe entre totalitarismo y democracia. Si, por término medio, los individuos viven sólo unos sesenta años, el estado, la nación o la civilización, que pueden durar hasta mil años, son más importantes que el individuo. Pero si el cristianismo dice la verdad, el individuo no sólo es más importante, sino incomparablemente más importante, porque es eterno, y la vida de un estado o de una civilización, comparada con la del individuo, es sólo un momento.

Parece, entonces, que si hemos de hablar de moralidad, hemos de considerar los tres departamentos: las relaciones entre hombre y hombre; las cosas que hay en el interior de cada hombre; las relaciones entre el hombre y el poder que lo creó. Todos podemos cooperar en el primero. Los desacuerdos empiezan con el segundo y se convierten en muy serios

con el tercero. Es al tratar de este tercero donde se presentan las mayores diferencias entre la moralidad cristiana y la que no es cristiana. En el resto del presente libro voy a asumir el punto de vista cristiano y a mirar todo el cuadro como si el cristianismo estuviera en lo cierto.

2. Las "virtudes cardinales"

La sección anterior se compuso originalmente para una corta charla radiofónica.

Si sólo se le permite a uno hablar diez minutos, casi todo lo demás se ha de sacrificar en aras de la brevedad. Una de las principales razones por las que divido la moralidad en tres partes (con la ilustración que di de los barcos que navegan en convoy) es que ésta parece ser la forma más breve de cubrir todo el tema. Aquí quiero dar una idea de otra forma en que han dividido el tema los antiguos escritores, y que hubiera sido demasiado larga para utilizarla en mi charla, pero que es muy buena.

De acuerdo con este bosquejo más extenso, existen siete "virtudes". A cuatro de ellas se las conoce como "virtudes cardinales", y a las otras tres se las llama "virtudes teologales". Las "cardinales" son aquellas que todas las personas civilizadas reconocen; las teologales, por regla general, sólo los cristianos las conocen. De las teologales hablaremos un poco más tarde; ahora nos ocuparemos de las cuatro virtudes cardinales. Este término "cardinales" nada tiene que ver con los "cardenales" de la iglesia católica romana. Proviene de la palabra latina que significa "gozne de una puerta". Las virtudes cardinales son llamadas así porque sirven de "ejes" o "pivotes". Ellas son: LA PRUDENCIA, LA TEMPERANCIA, LA JUSTICIA Y LA FORTALEZA.

Prudencia quiere decir sentido común práctico, tomarse el

trabajo, de pensar en lo que se está haciendo y lo que muy probablemente resultará de ello. Hoy día la mayoría de la gente casi no piensa que la prudencia es una de las "virtudes". Es más, porque Cristo dijo que sólo podíamos entrar a su mundo si nos volvíamos como los niños, muchos son los cristianos que tienen la idea de que, con tal que seamos "buenos", no importa que seamos tontos. Pero esto es un mal entendimiento del asunto. En primer lugar, la mayoría de los niños despliegan completa prudencia cuando están haciendo cosas que les agrada hacer y en las cuales se hallan interesados, y piensan de tales cosas en una forma muy sensata. En segundo lugar, tal como San Pablo lo señala, Cristo nunca quiso decir que debíamos continuar siendo niños en *la inteligencia;* por el contrario, El nos dice que no sólo debemos ser "*sencillos [inofensivos] como palomas*", *sino también* "prudentes [avisados] como serpientes". El desea un corazón de niño con una cabeza de adulto. Quiere que seamos sencillos, sin dobleces, afectuosos y dispuestos a aprender, tal como lo son los niños buenos; pero también desea que tengamos hasta el último ápice de inteligencia bien alerta en su trabajo y en óptima condición para la batalla. El hecho de que uno esté dando dinero para un propósito caritativo no significa que no tenga necesidad de investigar si es un fraude o no. Y el hecho de que en quien estamos pensando es Dios mismo (por ejemplo, cuando oramos) no quiere decir que debemos contentarnos con las mismas ideas infantiles que teníamos a la edad de cinco años. Por supuesto que es muy cierto que Dios no nos ama menos. Ni nos utiliza menos, si hemos nacido con un cerebro muy de segunda clase. Hay lugar para gente con muy poco sentido, pero Dios desea que cada uno use lo que tiene. La consigna no es la de: "Sé buena, dulce muchachita, y deja que quien pueda sea sagaz", sino: "Sé buena, dulce muchachita, y no te olvides que esto significa que debes ser tan sagaz como puedas". Dios no tiene más predilección por los tontos intelectuales que por otra clase de tontos. Si estás pensando en llegar a ser cristiano, te advertimos que te estás embarcando en algo que va a tomar todo lo que eres, con cerebro y todo. Pero, por fortuna, también es a la inversa. Quienquiera que sinceramente esté tratando de ser cristiano, pronto hallará que su inteligencia se agudiza. Una de las principales razones de que no se necesita de una educación especial para ser cristiano es que el cristianismo es en sí mismo una educación. Es por ello que un hombre sin letras como Bunyan pudo escribir un libro que dejó pasmado a todo el mundo.

Desafortunadamente la temperancia es una de aquellas palabras a las cuales se les ha cambiado su significado. Generalmente se usa ahora para dar a entender abstinencia completa de bebidas alcohólicas. Pero en los días en que a esta segunda virtud cardinal se le dio el nombre de "temperancia", no significaba nada de eso. La temperancia no se refería en manera especial a la bebida, sino a todos los placeres; y no significaba el abstenerse de ellos, sino el disfrutarlos hasta una cierta medida y no más. Es una equivocación el pensar que los cristianos tienen que ser abstemios completos; el mahometanismo, y no el cristianismo, es una religión abstemia. Por supuesto que bien podría ser el deber de un cristiano en particular, o de cualquier otro cristiano, en una ocasión particular, el abstenerse de bebidas fuertes, ya sea porque es uno de esos individuos que no puede tomar bebidas espiritosas sin hacerlo en gran cantidad, o porque desea dar el dinero a los pobres, o porque se halla en compañía de gente inclinadas a la bebida y su ejemplo las incitaría a hacerlo. Pero el argumento en sí es que él, por una buena razón, se abstiene de algo que no condena y que se alegra que otros disfruten. Una de las señales de un cierto tipo de malvados es que no puede dejar una cierta cosa sin que quiera que todos los demás la dejen. Esta no es la forma cristiana. Un cristiano, por un número de razones, puede creer conveniente hacer de lado ciertas cosas: el matrimonio, la carne, la cerveza o el cine; pero en el momento que empiece a decir

que esas cosas en sí son malas, o a mirar con desdén a quien las usa, ese cristiano anda mal.

Son muchas las equivocaciones que se han cometido por la restricción moderna de la palabra temperancia al asunto de la bebida. Esto ayuda a que la gente olvide que pueden ser intemperantes en muchas otras cosas. El que convierte su deporte favorito en el centro de su vida, o la mujer que dedica todos sos pensamientos a los vestidos, al juego o al perro, está siendo tan "intemperante" como aquel que se dedica a beber todas las tardes. Por supuesto que esto no se echa de ver tan fácil; quien se dedica con obsesión a un deporte no cae en medio del camino como lo hace el borracho. Pero las apariencias no engañan a Dios.

Justicia es mucho más que eso que se desarrolla en los tribunales. Es el antiguo nombre de todo lo que llamamos "juego limpio"; incluye honradez, reciprocidad, confianza, cumplimiento de promesas, y todo eso. Y la fortaleza incluye dos clases de valor: la que se enfrenta al peligro y la que se sostiene en la hora del dolor. "Agallas" es quizás un buen equivalente en nuestro idioma español. Es claro que te habrás dado cuenta de que no se puede practicar ninguna de las otras virtudes sin tener en cuenta a esta última.

Hay otro punto más en cuanto a las virtudes que debe considerarse. Existe una diferencia entre ejecutar una acción justa o temperante y ser un hombre justo o temperante. Quien no sea un buen jugador de tenis puede de vez en cuando lograr un buen raquetazo. Cuando se dice buen jugador se piensa en un individuo cuyos ojos, músculos y nervios han sido entrenados para lograr innumerables buenos raquetazos, y se puede contar con eso. Tiene un cierto tono o calidad que se echa a ver aun cuando no esté jugando, tal como la mente del matemático tiene un cierto hábito y una cierta apariencia que se le nota aun en momentos que no está ocupado con las matemáticas. En la misma manera el que persevera en llevar a cabo acciones justas llega a poseer al fin una cierta calidad de carácter. Y es a esta calidad más bien que a las acciones particulares a lo que nos referimos cuando hablamos de "virtud".

Esta distinción es importante por la siguiente razón: si pensamos sólo en acciones particulares, esto nos puede llevar a que abriguemos tres ideas erróneas.

(1) Podemos llegar a pensar que si lo que hacemos es bueno, no importa cómo lo hacemos: voluntaria o involuntariamente, con desagrado o alegría, por miedo a la opinión pública o de por sí. Pero la verdad es que las acciones buenas hechas con un mal propósito no ayudan a forjar la calidad interna o carácter que se llama "virtud", y es la calidad o carácter lo que realmente importa. (Si el mal jugador de tenis logra un vigorozo raquetazo, no porque vea que esto es lo que se requiere, sino porque ha perdido la paciencia, puede ser que su raquetazo, por mero azar, le ayude a ganar el juego en que está empeñado; pero no le ayudará a convertirse en un jugador confiable.)

(2) Puede ser que pensemos que lo que Dios desea es simplemente obediencia a una colección de reglas cuando en realidad lo que desea es gente de cierto calibre.

(3) Tal vez pensemos que las "virtudes" sólo son necesarias en esta vida presente; que en el otro mundo podremos dejar de ser justos porque nada habrá allí que suscite contiendas, y dejar de ser valientes puesto que ya no habrá peligros. Si bien es verdad que probablemente no habrá ocasión para actos de justicia o de valor en el mundo del más allá, sí habrá ocasión para ser personas del calibre a que podemos llegar sólo como resultado de ejercitar tales actos aquí. No es que Dios rehúse admitirnos en su reino eterno si no poseemos ciertas cualidades de carácter; es que si no tenemos esas cualidades ni siquiera en incipiencia no habrá condiciones externas que puedan hacer un "cielo" para nosotros, que pueda hacernos felices con la clase de felicidad profunda, fuerte e inconmovible que Dios ha preparado para nosotros.

3. La moralidad social

La primera cosa que debe dejarse aclarada en cuanto a la moralidad cristiana entre hombre y mujer es que en este ámbito Cristo no vino a predicar ninguna especie de nueva moralidad. La Regla de Oro del Nuevo Testamento (procede como quisieras que procedieran contigo) es un resumen de lo que todos, en el fondo, siempre han sabido que es recto. En realidad los grandes maestros de moral nunca han introducido nuevas moralidades; son los charlatanes y los chiflados los que han hecho tal cosa. Como dijo el doctor Johnson, "la gente necesita que se le recuerde más a menudo que necesita que se le instruya". La tarea de todo maestro de moral es estar siempre trayéndonos de vuelta los antiguos y sencillos principios que tan ansiosos estamos de no ver, a la manera que una y otra vez se trae al caballo al seto que rehusó saltar, o al niño que repetidas veces se le pone ante la lección que no quiso aprender.

Lo segundo que ha de aclararse es que el cristianismo no tiene, y no alega que lo tiene, un programa político detallado para aplicar el "procede como quisieras que procedieran contigo" a una sociedad particular en un momento dado. No podría tenerlo. Está destinado para todos los hombres y para todos los tiempos, y el programa particular que conviene para un lugar o un tiempo dados no es el apropiado para otros. Y, de todas maneras, no es así como el cristianismo opera. Cuando nos dice que alimentemos al hambriento, no nos da lecciones de culinaria. Cuando nos dice que leamos las Escrituras, no entra a darnos lecciones de hebreo y de griego, y ni aun siquiera de gramática española. No intentó nunca reemplazar ni sobreponerse a las artes y a las ciencias humanas; es más bien un director que destina a todos a los trabajos que se

deben hacer, y una fuente de energía que suministra una vida nueva a los que se ponen a su disposición.

La gente dice: "La iglesia debería guiarnos". Y esto es verdad si se toma en el sentido apropiado, pero falso si se toma en otro sentido. Por iglesia se debe entender todo el cuerpo de cristianos practicantes. Y cuando se dice que "la iglesia debería guiarnos" querrán decir que algunos cristianos, los que tienen los talentos apropiados, deberían ser economistas y estadistas, y que todos los economistas y estadistas deberían ser cristianos, y que todos sus esfuerzos en la política y en la economía deberían ser dirigidos a poner en ejecución lo de "procede como quisieras que procedieran contigo". Si tal aconteciera, y si los demás estuviéramos dispuestos a aceptarlo, hallaríamos la solución cristiana a nuestros problemas sociales en una forma muy rápida. Mas es claro que cuando piden que la iglesia dirija, la mayoría se refiere a que los clérigos presenten un programa político. Esto es insensato. Los clérigos son personas especiales dentro de la iglesia que han sido instruidas para que se ocupen de lo que tiene que ver con nosotros como criaturas que vamos a vivir para siempre; y sería pedirles que se ocupen en un trabajo muy distinto de aquél para el cual han recibido entrenamiento. La tarea es de nosotros los laicos. Por ejemplo, la aplicación de los principios cristianos a los sindicatos de trabajadores o a la educación corresponde a los sindicalistas cristianos y a los maestros cristianos, así como la literatura cristiana debe surgir de novelistas y dramaturgos cristianos; no de una bancada de obispos que se reúnan para tratar de escribir comedias y novelas en el tiempo que les quede libre.

De igual manera el Nuevo Testamento, sin entrar en detalles, nos da una idea bien clara de lo que sería una sociedad enteramente cristiana. Tal vez nos da más de lo que podemos asimilar. Nos dice que en ella no debe haber parásitos; si alguien no trabaja, que tampoco coma. Todos han de trabajar con sus propias manos y, lo que es más, la obra de cada uno

ha de producir algo que sea bueno. No habrá manufactura de lujos extravagantes, ni tampoco insensatas campañas de propaganda para inducirnos a comprar tales mercancías. Y no habrá eso de "darse tonos" ni lugar para "los aires de superioridad". En este sentido una sociedad cristiana sería lo que quizás llamaríamos izquierdista. Por otra parte, siempre insiste en la obediencia; obediencia (y señales visibles de respeto) para los magistrados que se hubieran escogido apropiadamente; de los hijos para con los padres y (lo que creo que vaya a llegar a ser muy impopular) de las esposas para con los esposos. En tercer lugar, ha de ser una sociedad alegre, llena de cánticos y de regocijo, y donde se considere mal que uno esté preocupado o ansioso. La cortesía es una de las virtudes cristianas; el Nuevo Testamento aborrece a los que califica como "entremetidos".

Si existiera una sociedad así y la visitáramos, creo que saldríamos de allí con una impresión curiosa. Saldríamos con la impresión de que su vida económica es muy socialista y, en tal sentido, "avanzada", pero que su vida familiar y su código de buen comportamiento son algo anticuados, tal vez muy ceremoniosos y aristocráticos. Nos gustaría alguna que otra cosa de allí, pero me temo que a muy pocos les gustaría todas en conjunto. Y esto es justamente lo que sería de esperarse si el cristianismo es el plan total para la máquina humana. Todos, en diferentes formas, nos hemos apartado de ese plan total y cada uno de nosotros quisiera que su propia modificación del plan original fuera el plan mismo. Hallamos esto muchas veces en cuanto a todo lo que es cristiano de verdad: a todos nos gusta algunas partes y deseamos tomarlas y dejar lo demás. Por eso es que no avanzamos; y por eso es que distintas personas que luchan por cosas muy opuestas entre sí pueden decir que están luchando a favor del cristianismo.

Veamos otro punto. Hay un consejo que nos dejaron los antiguos paganos y los judíos del Antiguo Testamento y los grandes maestros cristianos de la Edad Media, y que el moderno sistema económico ha desobedecido por completo. Todas esas gentes nos han dicho que no prestemos dinero a interés; y esta práctica comercial de dinero a interés, la cual conocemos como inversión, es la base de nuestro sistema económico. De esto no se desprende necesariamente que estamos equivocados. Hay algunos que dicen que cuando Moisés y Aristóteles y los cristianos se pusieron de acuerdo en prohibir el interés en los préstamos (o la "usura", como lo llamaron), no podían prever el desarrollo de las grandes compañías financiadas por inversionistas, y que sólo pensaban en el prestamista privado, y que, por lo tanto, no hay por qué preocuparse de lo que dijeron. Este es un asunto sobre el que no puedo determinar. No soy economista y sencillamente no sé si el sistema de inversión es o no responsable del estado de cosas en el cual nos encontramos. Es aquí donde necesitamos al economista cristiano. Pero no sería honrado de nuestra parte que no dijéramos que tres grandes civilizaciones estuvieron de acuerdo (o así lo parece a primera vista) en condenar el sistema en el cual basamos nuestra vida.

Un punto más y terminamos. En el pasaje del Nuevo Testamento en que se dice que cada quien debe trabajar, se explica por qué: "Para que tenga qué compartir con el que padece necesidad". La caridad, el dar a los pobres, es una parte esencial de la moralidad cristiana; en la sobrecogedora parábola de las ovejas y los cabritos parece que éste es el criterio que allí se establece para el juicio. Algunos dicen que la caridad debe ser necesaria y que en lugar de dar a los pobres debemos forjar una sociedad en la cual no haya pobres que socorrer. Puede ser que estén en lo cierto al decir que debemos producir tal clase de sociedad; pero si alguien piensa que, como consecuencia, debemos mientras tanto dejar de dar, entonces se ha apartado de la moralidad cristiana. No creo que se pueda establecer cuánto es lo que debamos dar. Temo que la única regla segura es dar o compartir algo más de lo que nos sobre. En otras palabras, si lo que gastamos en comodidades, lujos, diversiones, etc., es el promedio común entre

los que tienen las mismas entradas que nosotros, con toda probabilidad estamos dando muy poco. Si lo que gastamos en obras de caridad no nos afecta del todo, diríamos que estamos dando muy poco. Debe haber cosas que quisiéramos hacer porque lo que destinamos a gastos de caridad nos lo impide. Estoy hablando aquí de "obras de caridad" comunes y ordinarias. Los casos particulares de necesidades entre nuestros parientes, amigos, vecinos o empleados, que Dios hace que notemos, puede que demanden mucho más, aun al extremo de destrozar o poner en peligro nuestra misma posición. Para muchos de nosotros el gran obstáculo para la caridad no está en la vida de lujos que llevemos ni en el deseo de acumular dinero, sino en nuestro temor: temor a la inseguridad. Esto debiera a menudo tenerse como una tentación. Algunas veces nuestro orgullo nos impide también practicar la caridad; nos vemos tentados a gastar más de lo que deberíamos en formas ostentosas de generosidad (en propinas, hospitalidad) y menos de lo que deberíamos en aquellos que realmente están necesitando de nuestra ayuda.

Y ahora, antes de terminar, voy a aventurarme a hacer una suposición en cuanto a cómo lo dicho hasta aquí ha afectado a quienes lo han leído. Supongo que entre ellos habrá algunos izquierdistas que estén enojados porque no he dicho más de lo que he dicho; y algunas personas del bando contrario se habrán enojado porque piensan que me he extralimitado. Si es así, estamos frente a frente al verdadero obstáculo en nuestro esbozo de una sociedad cristiana. La mayoría de nosotros no ahondamos en el tema en busca de lo que el cristianismo dice; ahondamos en él con la esperanza de encontrar apoyo en el cristianismo para los puntos de vista de nuestro propio partido. Estamos buscando un aliado donde se nos ofrece un Amo o un Juez. Yo soy exactamente así. Hay partes en esta sección que hubiera querido descartar. Y es por ello que nada lograrán estas "charlas" a menos que diga un poco más. No va a llegarse al establecimiento de una sociedad cristiana sino hasta cuando realmente la deseemos; y no vamos a desearla realmente sino hasta cuando lleguemos a ser plenamente cristianos. Podemos mantenernos repitiendo hasta el cansancio lo de "procede como quisieras que procedieran contigo"; pero esto no lo lograremos en verdad sino cuando amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos; y no podemos aprender a amar a nuestro prójimo sino cuando aprendamos a amar a Dios; y no podemos aprender a amar a Dios sino cuando aprendamos a obedecerlo. Así que, como lo había advertido, estamos entrando a algo más profundo: de asuntos sociales estamos pasando a asuntos religiosos. Porque el rodeo más largo es el camino más corto.

4. La moralidad y el sicoanálisis

Ya hemos dicho que no llegaremos a una sociedad cristiana a menos que la mayoría de nosotros lleguemos a ser cristianos individualmente. Con ello, por supuesto, no se quiere dar a entender que debemos postergar el hacer algo por la sociedad hasta una fecha imaginaria en el lejano futuro. Lo que queremos decir es que debemos empezar en seguida ambas cosas: (1) ver cómo el principio de "procede como quisieras que procedieran contigo" puede ser aplicado en detalle a la sociedad moderna; y (2) llegar a ser la clase de personas que en realidad lo aplicarían si supieran cómo. Deseo empezar considerando cuál es el concepto cristiano del hombre de bien: la definición cristiana de la máquina humana.

Antes de entrar en detalles hay dos puntos más generales que quisiéramos destacar. Primero: puesto que la moral cristiana dice ser una técnica para lograr que la máquina humana funcione bien, creo que sería bueno saber cómo es que se halla relacionada con otra técnica que dice ser lo mismo: el sicoanálisis.

Ahora bien, quisiera que hiciéramos una distinción bien clara entre dos cosas: entre las actuales teorías médicas y las técnicas sicoanalistas, y el punto de vista filosófico general del mundo que Freud y otros más han querido añadir a esto. La segunda cosa, la filosofía de Freud, contradice directamente al cristianismo, así como también al gran sicólogo Jung. Y algo más: cuando Freud habla de cómo curar a los neuróticos, está hablando como especialista que es en este campo; pero cuando toca el tema de la filosofía general, habla como un aficionado. Es por ello muy sensato que lo escuchemos con respeto en un caso pero no en el otro. Eso es lo que hago, máxime porque he hallado que cuando Freud se sale de su tema y entra en temas sobre los cuales algo sé (idiomas, digamos), noto que es muy ignorante. Sin embargo el siconalálisis en sí, aparte de las adiciones filosóficas que Freud y otros le han hecho, no se halla en contradicción en lo más mínimo con el cristianismo. Sus técnicas coinciden en parte algunas veces con la moralidad cristiana, y no sería del todo malo que todo ministro cristiano las conociera un poco. Pero no marchan por los mismos rumbos siempre, porque las dos técnicas están empeñadas en dos cosas distintas.

Cuando alguien hace una elección moral, en ello hay envueltas dos cosas. Una es el acto de la elección; la otra consiste en los varios sentimientos, impulsos, etc., que su composición sicológica le presenta y que son la materia prima de su elección. Esta materia prima puede ser de dos clases: o bien puede ser lo que llamaríamos lo normal, que puede consistir en toda clase de sentimientos que son comunes a todos los hombres, o bien puede consistir en sentimientos muy antinaturales, debido esto a que algo ha marchado mal en el subconsciente del individuo. El temor a lo que en realidad es peligroso podría ser un ejemplo de la primera clase de sentimientos; mas un temor irracional hacia los gatos y las arañas podría ser un ejemplo de la segunda clase. El deseo que un hombre siente por una mujer podría incluirse en la primera clase; pero el pervertido deseo de un hombre por otro hombre puede encajar en la segunda. En lo que el sicoanálisis está empeñado es en la remoción de sentimientos anormales, o sea en suministrar al hombre mejor materia prima para sus elecciones. La moralidad tiene que ver con el acto de elección.

Digámoslo en otra forma. Imaginemos a tres hombres que van a la guerra. Uno posee el ordinario temor natural que todo hombre siente ante el peligro, y lo domina con el esfuerzo moral y se convierte en un valiente. Supongamos que los otros dos hombres, como resultado de cosas que existen en sus subconscientes, tienen temores exagerados e irracionales contra los cuales ningún esfuerzo moral puede hacer nada. Supongamos que viene un sicoanalista y los cura, o sea que los hace regresar a la posición en la cual se encuentra el primer hombre de nuestro ejemplo. Es aquí justamente donde termina el problema sicológico y donde empieza el problema moral. Puesto que ya estos dos hombres están curados, pueden tomar direcciones muy diferentes. El primero puede decir: "Gracias al cielo que me he liberado de todas esas tonterías. Ahora al menos puedo hacer lo que siempre había deseado hacer: cumplir mi deber con la causa de la libertad". Pero puede ser que el otro diga: "Bien, me alegro de que ahora me sienta con cierta calma bajo el fuego, pero claro está que esto no altera el hecho de que estoy determinado por completo a cuidar al Número Uno, y dejar cada vez que pueda que el trabajo peligroso recaiga sobre este otro tipo. Parte de lo bueno de sentirme con menos miedo es que puedo ahora cuidarme mejor y disimularlo más". Aquí la diferencia es puramente moral y ningún sicoanalista puede hacer nada en cuanto a ella. Por mucho que sea el mejoramiento de la materia prima del hombre, todavía hay algo más: la elección real y voluntaria que el hombre hace de emplear la materia prima a favor de sí mismo o a favor de los demás. Y esta libre elección es la única cosa en la cual está interesada la moralidad.

La materia prima sicológica deficiente no es un pecado sino una enfermedad. No necesita arrepentimiento sino curación. Y a propósito, esto tiene muchísima importancia. Los seres humanos se juzgan unos a otros por sus acciones externas. Dios los juzga por sus elecciones morales. Cuando el neurótico que siente un horror patológico hacia los gatos vence tal horror por alguna buena razón y agarra un gato, puede que ante los ojos de Dios esté mostrando más valor que un hombre saludable que obtiene medallas por su valor. Cuando alguien que desde su niñez ha sido pervertido y se le ha enseñado que la crueldad es lo que ha de hacerse, da pequeñas muestras de bondad o se abstiene de alguna crueldad que estuvo en sus manos cometer, y por ello, tal vez, se arriesga a sufrir las burlas de sus compañeros, puede ser que, ante los ojos de Dios, esté haciendo más que cualquiera de nosotros si exponemos la vida por un amigo.

Consideremos ahora el reverso de la medalla. Algunos de nosotros que al parecer somos buenas gentes podemos, en efecto, haber hecho tan poco buen uso de una buena herencia y una buena crianza que somos realmente peores que aquellos a quienes consideramos desalmados. ¿Podemos estar bien seguros de cómo habríamos procedido si nos hubiéramos visto afligidos con los problemas sicológicos, añadidos éstos a una mala crianza, y hubiéramos tenido el poder, digamos, de un Himmler? Es por ello que a los cristianos se les dice que no juzguen a los demás. Nosotros sólo vemos los resultados de lo que el hombre escoge hacer con la materia prima de que dispone. Pero Dios en ninguna manera lo juzga por lo que esa materia prima es, sino por lo que ha hecho con ella. La mayor parte de la estructura sicológica del hombre probablemente se deba a su cuerpo. Cuando su cuerpo muera, todo aquello se le desprenderá y el verdadero hombre central, el que escogió, el que obtuvo los mejores o los peores resultados de la materia prima, se verá desnudo. Toda suerte de cosas buenas que creíamos nuestras, pero que en realidad se debían a una buena digestión, se desprenderá de algunos de nosotros; toda clase de cosas malas que se debían a complejos o a mala salud, se desprenderán de otros. Entonces, por primera vez, veremos a cada quien como es en realidad. Habrá sorpresas.

Y esto nos lleva al segundo punto. A menudo la gente piensa que la moralidad cristiana es una especie de regateo en el cual Dios dice: "Si guardas un montón de reglas, te recompensaré; si no, haré lo contrario". No creemos que ésta sea la mejor manera de considerar el asunto. Más bien diríamos que cada vez que hacemos una elección estamos convirtiendo nuestra parte central, la parte que tiene la facultad de escoger, en algo un tanto diferente de lo que era antes. Y tomando nuestra vida como un todo, con todas nuestras innumerables elecciones, a lo largo de todos nuestros días la estamos convirtiendo en una criatura celestial o en un engendro infernal; o en una criatura que se halla en armonía con Dios y con todas las demás criaturas y con ella misma, o en un engendro que se halla en estado de guerra y de odio con Dios, con sus prójimos y consigo mismo. Ser una clase de criatura es el cielo; es gozo, paz, conocimiento y poder. Ser la otra es locura, horror, insensatez, rabia, impotencia y soledad eterna. Todos nosotros a cada momento estamos avanzando hacia uno u otro de estos estados.

Esto explica lo que siempre me dejaba sorprendido en cuanto a los escritores cristianos: a veces parecen muy estrictos y a veces demasiado libres y condescendientes. Hablan de simples pecados de pensamiento como si tuvieran inmensa importancia, y luego hablan de los más temibles asesinatos y traiciones como si de ellos sólo hubiera que arrepentirse y ser perdonados. Pero he llegado a ver que están en lo cierto. Lo que están siempre pensando es en la marca que la acción deja en esa pequeña parte del ser que uno no ve, pero que todos tendremos que soportar o gozar para siempre. Un hombre puede tener tal posición que su enfurecimiento puede ser causa del derramamiento de la sangre de miles de víctimas, mientras que otro por su posición sólo causa risa cuando se enfurece. Pero la pequeña marca en el alma puede

que sea muy semejante en uno y en otro. Ambos se han hecho algo a sí mismos que, al menos que se arrepientan, les será más difícil evitar la ira la próxima vez que se presente la tentación, y su furia será peor cuando caiga de nuevo. Cada uno de ellos, si es que seriamente se vuelve a Dios, puede hacer que lo torcido en su hombre central se enderece de nuevo; y cada uno a la larga será condenado si no lo hace. La grandeza o pequeñez del hecho, visto desde afuera, no es lo que importa de veras.

Y un último punto. Recordemos que, como dije, la senda recta no lleva solamente a la paz sino también al conocimiento. Cuando un hombre mejora, entiende mejor y más claramente el mal que todavía queda en él. Cuando empeora, menos entiende la maldad que hay en él. Un hombre moderadamente malo se da cuenta de que no es muy bueno; un hombre bien malo piensa que anda bien. Esto es, en realidad, sentido común. Entendemos el sueño al estar despiertos, no cuando nos hallamos dormidos. Vemos las equivocaciones aritméticas cuando nuestra mente funciona apropiadamente. Pero no nos damos cuenta de ellas mientras las estamos cometiendo. Podemos entender la naturaleza de la embriaguez al estar sobrios, pero no cuando estamos borrachos. La gente buena conoce tanto el bien como el mal; los malvados no hacen diferencia entre una y otra cosa.

5. La moralidad sexual

Hemos de considerar ahora la moralidad cristiana en cuanto al sexo, en cuanto a lo que los cristianos llaman la virtud de la castidad. La regla cristiana de la castidad no debe ser confundida con la regla social del "pudor" ni la decencia con el decoro. La regla social del decoro establece *cuánto* es lo que del cuerpo humano se puede mostrar y qué temas se pueden

tratar, y con qué palabras, según las costumbres de un círculo social dado. Mientras la regla de la castidad es la misma para todos los cristianos y para todas las épocas, la regla del decoro puede variar. Una muchacha de las islas del Pacífico que apenas si lleva ropa alguna y una dama victoriana vestida de pies a cabeza pueden ser igualmente "pudorosas", decorosas o decentes de acuerdo con las normas imperantes en sus sociedades; y ambas, por lo que tiene que ver con el vestido, pueden ser igualmente castas o igualmente impúdicas. Parte del lenguaje que empleaban las mujeres castas del tiempo de Shakespeare era el que en el siglo XIX sólo una mujer completamente pervertida emplearía. Cuando alguien rompe las reglas de lo que es apropiado en su propia época y lugar, si lo hace para excitar su propia concupiscencia o la de otros, está yendo contra la castidad. Pero si lo hace por ignorancia o por descuido, sólo se le puede acusar de malos modales. Cuando, como tan a menudo sucede, una persona rompe estas reglas sociales en forma desafiante para asombrar u ofender a otros, no necesariamente es falta de decencia sino falta de amor; porque es falta de amor derivar placer de lo que molesta a los demás. No creo que una norma demasiado estricta o remilgada en cuanto a lo que es lo apropiado socialmente sea prueba alguna de castidad ni que la ayude en algo; por lo tanto considero buena la gran lenidad y simplificación de la regla que ha tenido lugar en nuestros días. Sin embargo, tal como están las cosas, esto trae sus inconvenientes, porque gente de diferentes edades y de diferentes tipos no reconocen la misma norma, y apenas si sabemos el terreno que pisamos. Mientras dure esta confusión, creemos que las personas viejas o anticuadas deberían tener sumo cuidado de no suponer que la juventud o los "emancipados" son gentes corrompidas cuando, de acuerdo con las antiguas normas, están procediendo inapropiadamente. A su vez, los jóvenes no deberían decir que sus mayores son mojigatos o puritanos por el hecho de que no se adapten fácilmente a las normas nuevas. Un deseo real de creer todo lo bueno que podamos de

los demás y hasta donde podamos hacer que ellos se sientan bien resolverá muchos de los problemas.

La castidad es la más impopular de las virtudes cristianas. No hay cómo salir de ella. La antigua regla cristiana es: "Que cada quien se case y sea fiel a aquél con quien se ha desposado, o de lo contrario que haya abstinencia total". Esto es tan difícil y tan contrario a nuestros propios instintos, que obviamente o el cristianismo se halla equivocado o nuestro instinto sexual, tal como lo es ahora, se ha desviado. O la una o la otra cosa. Por supuesto que, siendo como somos cristianos, pensamos que es el instinto sexual el que se ha desviado.

Pero tenemos otras razones para pensar así. El propósito biológico del sexo es tener hijos, tal como el propósito biológico de la comida es reparar el cuerpo. Si comemos cada vez que nos sintamos inclinados a hacerlo y en la cantidad que se nos antoje, lo más cierto es que la mayoría de nosotros comerá demasiado, pero no extremadamente demasiado. Uno puede comerse la ración de dos, pero no la de diez personas. El apetito va un poco más allá de su propósito biológico, pero no hasta lo exagerado. Pero si un joven con buena salud da rienda suelta a su apetito sexual cuantas veces se le antoje, y si en cada acto de éstos el resultado es un bebé, en el espacio de unos diez años fácilmente habrá llegado a poblar una pequeña aldea. Este apetito habrá llegado a un ridículo y absurdo exceso en su función.

O veámoslo en otra forma. Se puede conseguir mucho público para un acto de *strip-tease* en que una muchacha se desnuda en el escenario. Ahora supongamos que vamos a un país donde podamos llenar un teatro solamente por llevar un plato cubierto al escenario y poco a poco irlo descubriendo hasta que, un poco antes de que las luces se apaguen, todos pueden ver que sólo contiene una costilla de cordero o un pedacito de jamón. ¿No pensaríamos por ello que en tal país algo anda mal con el apetito de comer? Y cualquiera que haya crecido en un mundo diferente, ¿no pensará que

igualmente hay algo raro y anormal en cuanto al estado del instinto sexual entre nosotros?

Un crítico dijo que si hallara un país en el cual tales actos de *strip-tease* con la comida fuera popular, llegaría a la conclusión de que el pueblo de tal país se hallaba consumido por el hambre. Por supuesto que lo que él quiere decir es que lo que hay implícito en estos actos de *strip-tease* no es corrupción sexual, sino inanición sexual. Estoy de acuerdo con él en que si, en alguna tierra extraña, hallo que actos similares con costillas de cordero fueran populares, una de las posibles explicaciones que se me ocurriría sería la del hambre. Pero el paso siguiente sería el de poner a prueba nuestra hipótesis para hallar si, en efecto, era mucha o poca la comida que se consumía en aquella comunidad. Si la evidencia muestra que era mucho lo que se comía, claro es que tendríamos que abandonar la hipótesis de la inanición y tratar de pensar en otra. En la misma forma, antes de aceptar la inanición sexual como la causa del *strip-tease*, tendríamos que buscar evidencia de que en efecto hay más abstinencia sexual en nuestros días que en épocas cuando el *strip-tease* era desconocido. Claro que no existe tal evidencia. Los contraconceptivos han hecho que la indulgencia sexual sea mucho menos costosa dentro del matrimonio y más segura fuera de éste que nunca antes, y la opinión pública es menos hostil a las uniones ilícitas y aun a la perversión que lo que lo ha sido desde los tiempos del paganismo. No es la hipótesis del "hambre" la única que podemos concebir. Todos saben que el apetito sexual, al igual que los demás apetitos, crece con la indulgencia. El que está pasando hambre puede pensar mucho en la comida, pero lo mismo hace el glotón. Al atiborrado de comida, tanto como al que tiene hambre, le gustan los estímulos.

Y hay aquí un tercer punto. Vemos que son pocos los que desean comer cosas que no sean comida o hacer cosas con la comida que no sea comerlas. En otras palabras, las perversiones en cuanto al apetito de la comida son raras. Pero las perversiones del instinto sexual son numerosas, difíciles de

curar y espantosas. Siento tener que entrar en todos esos detalles, pero es necesario. Es que a ti y a mí durante los últimos años nos han estado embutiendo todo el día buenas y sólidas mentiras en cuanto al sexo. Se nos ha dicho, hasta enfermarnos de oírlo, que el deseo sexual está al mismo nivel que cualquiera de nuestros deseos naturales y que si abandonamos la tonta y anticuada idea victoriana de reprimirlo, todo en el jardín será esplendoroso. Y esto no es verdad. En el momento mismo en que consideremos los hechos, libres de la propaganda, veremos que no es así.

Se nos dice que el sexo se ha convertido en un asco porque lo teníamos reprimido. Pero durante los últimos veinte años no ha sido reprimido. De él se charla todo el día. Y sin embargo continúa siendo un caos. Si su represión hubiera sido la causa de la dificultad, el ventilar el tema a la luz del día lo habría remediado. Pero no ha sido así. Creo que es todo lo contrario. Creo que la raza humana lo reprimió originalmente porque se había vuelto un asco. La gente moderna siempre está diciendo: "El sexo no es nada de lo cual debamos avergonzarnos". Con eso puede ser que quieran dar a entender dos cosas. Quizás quieran decir: "No hay nada de qué avergonzarse de que la raza humana se reproduzca de cierta forma, ni en el hecho de que esto dé placer". Si esto es lo que quieren decir, está bien. El cristianismo dice lo mismo. No es el hecho en sí, ni el placer que él produce, lo que constituye la dificultad. Los antiguos maestros cristianos decían que si el hombre no hubiera caído, el placer sexual, en lugar de ser menos de lo que ahora es, habría sido mayor. Sé que algunos cristianos mal informados han hablado como si el cristianismo pensara que el sexo, o el placer, o el cuerpo, fueran malos en sí. Pero estaban equivocados. El cristianismo es casi la única entre las grandes religiones que aprueba por entero lo que es el cuerpo: cree que la materia es buena, que Dios mismo tomó un cuerpo humano, que en el cielo recibiremos cierto tipo de cuerpo que va a ser una parte esencial de nuestra felicidad, nuestra belleza y nuestra energía. El cristianismo ha glorificado el matrimonio más que cualquiera otra religión; y casi todas las más sublimes poesías amorosas que hay en el mundo han sido producidas por cristianos. Si alguien dice que el sexo en sí es malo, el cristianismo lo contradice de inmediato. Claro está que cuando algunos dicen: "El sexo no es nada de lo cual debamos avergonzarnos", lo que quieren decir es: "El estado al cual el instinto sexual ha llegado no es nada de lo cual debamos avergonzarnos".

Si esto es lo que quieren decir, creo que están equivocados. Creo que tenemos que estar avergonzados. No hay nada vergonzoso en el placer que se disfruta al comer; sería causa de vergüenza si la mitad del mundo hiciera de la comida el principal interés de sus vidas y gastara su tiempo en contemplar pinturas de comida saboreándola con la boca hecha agua. No voy a decir que alguien de nosotros individualmente sea el culpable de la situación que ahora atravesamos. Nuestros antepasados nos han transmitido organismos que se hallan desequilibrados en este respecto; nos hallamos rodeados de propaganda que incita a la impudicia. Hay quienes desean que nuestro apetito sexual se mantenga al rojo vivo para de ello derivar ganancias pecuniarias. Por supuesto que un hombre con una obsesión es un individuo que ofrece poca resistencia a lo que se le quiera vender. Dios conoce la situación en que estamos; no nos juzgará como si no tuviéramos dificultades que vencer. Lo que importa es la sinceridad y la perseverancia de nuestra determinación de vencerlas.

Antes de ser curados debemos de tener el deseo de ser curados. Quienes en realidad deseen recibir ayuda la recibirán; pero para mucha gente moderna aun este deseo es cosa difícil. Es fácil pensar que deseamos algo cuando en realidad no lo deseamos. Hace ya tiempo que un famoso cristiano me dijo que cuando era joven oraba constantemente que pudiera tener castidad; pero que años más tarde se dio cuenta de que cuando sus labios decían: "Señor, hazme casto", su corazón secretamente añadía: "Pero, por favor, no todavía". Esto también sucede con oraciones que se hacen por otras virtu-

des; pero existen tres razones por las cuales ahora es especialmente difícil para nosotros desear, y menos lograr, la castidad completa.

En primer lugar nuestras naturalezas desequilibradas, los demonios que nos tientan, y toda la propaganda contemporánea a favor de la concupiscencia, se combinan para hacernos sentir que los deseos a los cuales estamos oponiendo resistencia son tan "naturales", tan "saludables" y tan razonables, que es casi una actitud perversa y anormal el resistirlos. Cartel tras cartel, película tras película, novela tras novela, asocian la idea del ejercicio sexual a voluntad con las ideas de salud, normalidad, juventud, franqueza y buen humor. Y esta asociación es una mentira. Como todas las grandes mentiras, se basa en una verdad: la verdad que ya hemos reconocido de que el sexo en sí mismo, fuera de los excesos y las obsesiones que han crecido a su alrededor, es "normal", "saludable" y todo lo demás. La mentira consiste en la sugestión de que cualquier acto sexual que nos veamos inclinados a practicar en el momento es también saludable y normal. Esto, bajo cualquier punto de vista concebible, y bien aparte del cristianismo, debe ser una insensatez. El someternos a todos nuestros deseos obviamente nos lleva a la impotencia, a la enfermedad, a los celos, a las mentiras, al encubrimiento y a todo cuanto es contrario a la salud, al buen humor y a la franqueza. Porque para que haya felicidad, aun en este mundo, es necesario que haya muchísima restricción. Decir que todo deseo, cuando es vigoroso, es saludable y razonable, no tiene sentido. Todo hombre cuerdo y civilizado debe tener una serie de principios por los cuales escoge rechazar algunos de sus deseos y dar satisfacción a otros. Algunos lo hacen basándose en principios cristianos; otros, en principios higiénicos; otros en principios sociales. El conflicto real no está entre el cristianismo y "la naturaleza", sino entre el principio cristiano y otros principios en control de "la naturaleza". Porque la "naturaleza", en el sentido de deseo natural, de todas maneras tiene que ser controlada, a menos que nos propongamos arruinar nuestras vidas. Los principios cristianos son, lo reconocemos, más estrictos que los demás; pero hay que tener en cuenta que recibimos ayuda para obedecerlos, lo que no sucede al querer obedecer los otros.

En segundo lugar, son muchas las personas que se abstienen de tratar seriamente de guardar la castidad cristiana porque piensan, antes de intentarlo, que es imposible. Pero cuando una cosa se ha de intentar, nunca hemos de pensar en su posibilidad o imposibilidad. Frente a una pregunta opcional en un examen, uno considera si puede o no contestarla. Frente a una pregunta que es obligatoria se debe hacer con ella lo mejor que se pueda. Se pueden obtener algunos puntos con una respuesta imperfecta; pero no obtendremos ninguno si no la contestamos. Y esto no sucede solamente en los exámenes; también en la guerra, en trepar montañas, en aprender a patinar, o a nadar, o a montar en bicicleta, y aun al abrocharse uno un cuello duro con dedos helados, la gente con frecuencia hace lo que parecía imposible antes de hacerlo. Es maravilloso lo que se puede hacer cuando existe la obligación de hacerlo.

Podemos estar seguros, ciertamente, de que la castidad perfecta, al igual que la caridad perfecta, no se puede obtener por los meros esfuerzos humanos. Se ha de buscar la ayuda de Dios. Y aun cuando se busca tal ayuda, por largo tiempo puede parecer que no se obtiene, o que se nos da menos de la que estamos necesitando. No importa. Después de cada fracaso demándese el perdón, levántese e inténtese de nuevo. Muy a menudo con lo que Dios primero nos ayuda no es con la virtud misma, sino con el poder de intentarlo siempre otra vez. Porque por importante que pueda ser la castidad, o el valor, o la responsabilidad, o cualquiera otra virtud, este proceso nos entrena en los hábitos del alma, que son todavía mucho más importantes. Cura nuestras ilusiones en cuanto a nosotros mismos y nos enseña a depender de Dios. Aprendemos, por una parte, que no podemos confiar en nosotros mismos ni aun en nuestros mejores momentos y,

por la otra, que no hay necesidad de que nos desesperemos en los peores, porque nuestros fracasos nos son perdonados. Lo que sí es fatal es sentirse contento con algo menos que la perfección.

En tercer lugar, hay quienes a menudo entienden mal lo que la psicología enseña en cuanto a "las represiones". Ella nos enseña que el sexo "reprimido" es peligroso. Pero "reprimido" aquí es un término técnico; no significa "suprimido" en el sentido de "negado" o "resistido". Un deseo o un pensamiento reprimido es el que ha sido arrojado al subconsciente, generalmente a edad muy temprana, y que puede llegar a la mente sólo en una forma disfrazada e irreconocible. La sexualidad reprimida no le parece sexualidad al paciente. Cuando un adolecente o un adulto se halla empeñado en resistir un deseo consciente, no está tratando con una represión ni corre el más mínimo peligro de crear una represión. Por el contrario, los que seriamente están intentando ser castos están más conscientes y pronto saben más en cuanto a su propia sexualidad que cualesquiera otros. Llegan a conocer sus deseos como Wellington conocía a Napoleón, o como Sherlock Holmes conocía a Moriarty; como un atrapador de ratas conoce a las ratas o como un plomero conoce la tubería que está rota. La virtud, aun el intento de virtud, trae luz; el exceso produce nieblas.

Finalmente, aunque ya he tenido que hablar con alguna extensión en cuanto al sexo, quiero dejar lo más claro posible que el centro de la moralidad cristiana no radica aquí. Si alguien piensa que los cristianos consideran la impudicia el vicio supremo, está muy equivocado. Los pecados de la carne son malos; pero son los menos malos entre todos los pecados. Los peores placeres son puramente espirituales: el placer de hacer que otro cargue con la culpa; el de dominar, mangonear y echar a perder los deportes; el placer de la difamación; los placeres del poder y del odio. Porque existen dos cosas dentro de nosotros que compiten con el tipo de individuo que podemos tratar de llegar a ser. Son el "yo" animal y el "yo" diabólico. El "yo" diabólico es el peor de los dos. Es por ello que un santurrón presumido que asiste a la iglesia puede que esté más cerca del infierno que una prostituta. Pero, claro está, que lo mejor es no ser ni lo uno ni lo otro.

6. El matrimonio cristiano

El capítulo que acabamos de terminar fue principalmente negativo. En él discutimos lo que hay de equivocado con el impulso sexual en los humanos, y fue poco lo que dijimos en cuanto a lo positivo de él; en otras palabras, en cuanto al matrimonio cristiano. Hay dos razones por las cuales no estoy muy inclinado a hablar del matrimonio. La primera es que las doctrinas cristianas sobre el tema son extremadamente impopulares. La segunda es que nunca me he casado y, por lo tanto, lo que puedo decir de esto es de segunda mano. Pero a pesar de todo, creo casi imposible dejar fuera el tema al hablar de la moral cristiana.

La idea cristiana del matrimonio se halla basada en las palabras de Cristo de que un hombre y su esposa han de ser considerados como un solo organismo (porque así es como se diría "una carne" en términos modernos). Y los cristianos creen que cuando Cristo dijo esto no estaba expresando un sentimiento, sino declarando una verdad, como cuando se dice que una cerradura y su llave son un solo mecanismo, o que el violín y el arco son un solo instrumento musical. El inventor de la máquina humana nos está diciendo que sus dos mitades, el macho y la hembra, fueron hechos para combinarse en pares, no solamente en el nivel sexual, sino totalmente. La monstruosidad del ejercicio sexual fuera del matrimonio consiste en que los que lo ejecutan están tratando de aislar una clase de unión, la sexual, de todas las demás clases de uniones que se crearon para que marcharan al unísono e hi-

cieran así la unión total. La actitud cristiana no implica que haya nada de malo en el placer sexual, al igual que no lo hay en cuanto al placer de comer. Lo que implica es que no se debe aislar tal placer como una entidad en sí misma, tal como tampoco se debe tratar de obtener el placer del gusto sin tragar ni digerir, masticando las cosas y luego arrojándolas.

En consecuencia, el cristianismo enseña que el matrimonio es de por vida. Claro que hay diferencias aquí entre las diferentes iglesias; algunas no permiten el divorcio de ninguna manera; otras lo hacen a regañadientes en circunstancias especiales. Es muy lamentable que los cristianos no estén de acuerdo en cuanto a esto; pero para un laico del común lo importante es que en cuanto al matrimonio todas las iglesias están mucho más de acuerdo entre sí que todo el mundo de afuera. Quiero decir que para todas ellas el divorcio es algo así como cortar un cuerpo vivo, como una especie de operación quirúrgica. Algunas piensan que la operación es tan violenta que no es posible llevarla a cabo; otras lo permiten como un remedio desesperado en casos extremos. Todas están de acuerdo en que se asemeja más al cercenamiento de las piernas que a la disolución de una compañía o aun a la deserción de un regimiento. Ninguna está de acuerdo con el punto de vista moderno de que en el divorcio se trata de un simple reajuste de socios y que debe hacerse cuando los cónyuges sientan que ya no existe amor entre ellos, o cuando cualquiera de ellos se enamore de otra persona.

Antes de entrar a considerar este punto de vista moderno en su relación con la castidad, no nos olvidemos de considerarlo en su relación con otra de las virtudes: la justicia. La justicia, como dije antes, incluye cumplir las promesas. Todos los que han sido casados en una iglesia han hecho una promesa pública y solemne de permanecer hasta la muerte junto a él o a ella. El deber de cumplir tal promesa no tiene ninguna relación especial con la moralidad sexual; se halla al nivel de cualquiera otra promesa. Si, tal como la gente moderna siempre dice, el impulso sexual es como cualquier otro impulso, debe ser tratado como todos los demás impulsos; y como la satisfacción de los demás impulsos se halla regulada por nuestras promesas, este lo debe estar también. Si, como lo creo yo, éste no es como los otros impulsos, sino que se inflama mórbidamente, deberíamos cuidarnos bien de que no nos lleve a la indecencia.

A esto alguien tal vez replicaría que considera la promesa hecha en una iglesia como una simple formalidad, y que no tuvo nunca la intención de cumplirla. ¿A quién, entonces, estaba tratando de engañar cuando la hizo? ¿A Dios? Eso es insensatez crasa. ¿A sí mismo? No es menos insensato. ¿A la novia o, para el caso, al novio o a los suegros? Eso es traición. Con mayor frecuencia, creo yo, la pareja (o uno de los dos) espera engañar al público. Esperan la respetabilidad que va unida al matrimonio sin intención de pagar el precio; y en otras palabras, que son impostores, tramposos. Si no les importa su condición de tramposos, de mi parte nada tengo que agregar; ¿quién va a demandar el más elevado y más difícil deber de la castidad de gente que ni siquiera desean ser sinceros? Si en un momento de sensatez quieren ahora ser sinceras, la promesa que ya han hecho les obliga. Y esto, como veremos, tiene que ver con la justicia, no con la castidad. Si no se cree en la permanencia del matrimonio, es mejor cohabitar fuera de él que hacer votos que no se tiene la intención de cumplir. Es verdad que ante los ojos cristianos quienes cohabitan fuera del matrimonio se hacen culpables de fornicación; pero no es necesario añadir una falta a la otra. La falta de castidad no se mejora añadiéndole perjurio.

La idea de que "estar enamorados" es la única razón que existe para permanecer casados en relalidad descarta del todo al matrimonio como contrato o promesa. Si el amor lo es todo, la promesa no añade nada; y si no añade nada, no se debe hacer. Lo curioso es que los que se aman, cuando en realidad permanecen enamorados, saben más de esto que los que hablan de amor. Tal como Chesterton lo señaló, aquellos

que están enamorados tienen una inclinación natural a unirse por medio de promesas. Las canciones de amor en todo el mundo están llenas de votos de constancia eterna. La ley cristiana no está imponiendo a la pasión del amor nada que le sea extraño a la naturaleza de tal pasión; está demandando que los amantes tomen en serio lo que su pasión misma les impele a hacer.

Y es claro que la promesa que se hace cuando se está enamorado porque se está enamorado, de mantenerse fiel al ser amado por toda la vida, obliga aun en el caso que desaparezca el amor. Una promesa debe hacerse en cuanto a cosas que se pueden hacer, en cuanto a acciones; nadie puede prometer que seguirá sintiendo de la misma manera. Sería como prometer nunca sentir un dolor de cabeza o nunca tener hambre. ¿Pero de qué sirve, preguntará alguno, el que dos personas permanezcan unidas si ya no se aman? Hay algunas razones de orden social muy sensatas: la de proveer un hogar para los hijos y proteger a la mujer, quien probablemente haya perjudicado o sacrificado su propia carrera al casarse, de ser puesta a un lado si el hombre se cansa de ella. Pero existe otra razón de la cual estamos muy seguros, pero que es un poco difícil explicar.

Es difícil, porque son muchos los que no pueden ver que si bien B es mejor que C, A también puede ser mejor que B. Les gusta pensar en términos de lo bueno y lo malo, no en términos de lo bueno, lo mejor, lo excelente y lo malo, lo peor y lo pésimo. Quieren saber si pensamos que el patriotismo es bueno; si se les replica que, por supuesto, es mucho mejor que el egoísmo individual, pero que es inferior a la caridad universal y que debería ceder el puesto a ésta cuando las dos cosas se hallan en conflicto, piensan que se están dando evasivas. Preguntan qué pensamos en cuanto a los duelos. Si se les reponde que es mucho mejor perdonar a un hombre que tener con él un duelo, pero que aun el duelo puede ser mejor que una enemistad de por vida que se expresa en esfuerzos secretos de perjudicar al enemigo en todas las

formas posibles, se quejarán de que no se les está dando una respuesta directa. Esperamos que nadie cometa la misma equivocación en cuanto a lo que en seguida vamos a exponer.

Lo que llamamos "estar enamorado" es un estado glorioso y, en varias formas, bueno para nosotros. Nos ayuda a ser generosos y valerosos; abre nuestros ojos no sólo a la belleza del ser amado sino a toda belleza y pone en segundo lugar, especialmente al principio, nuestra mera sexualidad animal. En tal sentido el amor es el gran conquistador de la concupiscencia. Nadie que se encuentre en el pleno uso de sus sentidos negará que estar enamorado es mucho mejor que la sensualidad común o el frío egoísmo. Pero, tal como antes dije, "lo más peligroso que podemos hacer es tomar cualquiera de los impulsos de nuestra naturaleza y tenerlo como lo que estamos obligados a seguir a toda costa". Estar enamorado es una buena cosa, pero no es la mejor cosa. Hay muchas cosas que están por debajo de este sentimiento, pero también hay otras que están por encima. No se puede hacer de él la base de toda una vida. Es un sentimiento noble, pero es un sentimiento al fin: De ningún sentimiento se puede esperar que permanezca con toda su intensidad, y ni siquiera que sobreviva. El conocimiento puede perdurar, los principios pueden perdurar y los hábitos pueden perdurar; pero los sentimientos vienen y se van. Y en efecto, dígase lo que se diga, el estado que llamamos "estar enamorado" por lo general no perdura. Si la manera usual de terminar los antiguos cuentos de hadas con lo de "vivieron felices para siempre" se toma como que quiere decir que "durante los cincuenta años siguientes siguieron sintiendo exactamente como sintieron la víspera de su matrimonio", se está diciendo una cosa que con toda probabilidad no pudo ser verdad y que habría sido en gran manera indeseable si lo hubiera sido. ¿Quién puede soportar una vida de tanta emoción siquiera por cinco años? ¿Qué sería de nuestro trabajo, de nuestro apetito, de nuestro sueño, de nuestras amistades? Pero, claro, dejar de estar "enamorado" no tiene que significar que desaparece el amor. El

amor en este segundo sentido, amor que es diferente a "estar enamorado", no es meramente un sentimiento. Es una unidad profunda, sostenida por la voluntad y deliberadamente fortalecida por el hábito; y en los matrimonios cristianos es una unidad que es reforzada por la gracia que ambos esposos piden, y reciben, de Dios. Pueden sentir este amor aun en momentos cuando casi se detestan el uno al otro, tal como uno se sigue amando a sí mismo aun en momentos en que uno casi se detesta a sí mismo. Se puede retener este amor recíproco aun en casos en que fácilmente, si uno se descuida, se "enamora" de una tercera persona. El "enamoramiento" los movió primero a prometerse fidelidad; este amor más tranquilo los capacita a mantener su promesa. Es en base de este amor que funciona el motor del matrimonio: el enamoramiento fue la explosión que lo puso en marcha.

Si en esto no estás de acuerdo conmigo, es natural que digas: "Este escritor nada sabe de esto, pues no es casado". Es muy posible que estés en lo cierto. Pero antes de decirlo, asegúrate de que me estás juzgando según lo que en realidad sabes por experiencia y por lo que has observado en la vida de tus amigos, y no según ideas que hayas sacado de novelas y películas. Esto no es tan fácil de hacer como la gente piensa. Nuestra experiencia es coloreada por libros, comedias y películas, y se necesita paciencia y habilidad para aislar las cosas que de veras hemos aprendido de la vida.

La gente saca de los libros la idea de que si uno se casa con la persona apropiada, puede esperar seguir "enamorado" para siempre. Y cuando resulta que no es así, piensan que ello es prueba de que han cometido una equivocación y que tienen el derecho a un cambio; pero no caen en cuenta de que cuando cambien, el atractivo del nuevo "amor" va a correr la misma suerte que corrió el del primero. En este departamento de la vida, tal como ocurre en todos los demás, las emociones vienen al principio, pero no perduran. La emoción que un joven siente cuando se le ocurre la idea de ser piloto ya no es la misma cuando se une a las fuerzas aéreas y aprende a volar. La emoción que se siente cuando por primera vez se ve un lugar agradable muere cuando nos vamos a vivir allí. ¿Quiere decir esto que lo mejor es no aprender a volar ni vivir en un lugar hermoso? De ninguna manera. En ambos casos, si se persevera, la desaparición de la primera emoción quedará compensada por cierto interés más tranquilo y permanente. Es más (y difícilmente he de hallar palabras para expresar la importancia que creo que tiene), las personas que se hallan dispuestas a soportar la pérdida de la primera emoción y a sentar cabeza en un interés más sobrio son las que han de encontrar nuevas emociones en forma muy diferente. Quien ha aprendido a volar y se ha convertido en un buen piloto de repente descubre la música; el que ha escogido un lugar hermoso para vivir, descubrirá su interés en la jardinería.

Creo que esto es una pequeña parte de lo que Cristo quiso decir cuando dijo que no se empieza a vivir de veras hasta que se ha muerto. Sencillamente no es bueno tratar de retener una emoción; es lo peor que puede hacerse. Permitamos que la emoción desaparezca, que muera, y a través de ese período de muerte lleguemos a esa felicidad e interés más tranquilos que siguen y estaremos viviendo en un mundo de nuevas emociones. Pero si nos decidimos a hacer de las emociones la dieta regular y tratamos de prolongarlas en forma artificial, se irán debilitando cada vez más, y cada vez serán menos y seremos viejos aburridos y desilusionados por el resto de la vida. Porque son pocos los que entienden esto es que vemos a tantos hombres y mujeres de mediana edad lamentándose de su juventud perdida, precisamente en la edad en que deberían ver surgir nuevos horizontes y abrirse nuevas puertas a su alrededor. Es mucho más agradable aprender a nadar que vivir tratando eterna e inútilmente de recobrar los sentimientos que experimentamos la primera vez que nos pusimos a chapotear siendo niños.

Otra idea que proviene de las novelas y las piezas teatrales es la de que "enamorarse" es algo irresistible; algo que le cae

a uno, como la varicela. Y porque creen esto, algunas personas casadas "arrojan la toalla" y se entregan cuando se sienten atraídas hacia alguien a quien acaban de conocer. Pero me inclino a pensar que estas pasiones irresistibles son mucho más raras en la vida real que en los libros, por lo menos cuando ya uno es grande. Cuando conocemos a una persona bella, inteligente y simpática, claro que en cierto sentido tenemos que admirar y nos tienen que gustar sus buenas cualidades. ¿Pero no está en gran manera en nuestras manos el que eso se convierta o no en lo que llamamos "enamoramiento"? Sin duda que si nuestras mentes se hallan llenas de novelas y de dramas y de canciones sentimentales, y nuestros cuerpos se hallan llenos de alcohol, haremos que cualquier sentimiento se convierta en esa otra clase de amor, de la misma manera que si en nuestro camino hay una hendidura, ésta se llena del agua de la lluvia, o si usamos gafas azules todo lo veremos de color azul. Pero eso será culpa nuestra.

Antes de dejar este tema del divorcio, quisiera aclarar dos cosas que muy a menudo se confunden. Una de ellas es el concepto cristiano en cuanto al matrimonio; el otro es un asunto muy diferente: hasta dónde los cristianos, si son votantes o miembros de cuerpos legislativos, deben tratar de forzar sus puntos de vista sobre el matrimonio sobre el resto de la comunidad para insertarlos en las leyes del divorcio. Son muchos los que parece que piensan que si son cristianos, deben tratar de hacer que el divorcio sea difícil para todos. Yo no opino así. Yo sé que me enojaría si los mahometanos trataran de impedir que el resto de nosotros bebiéramos vino. Mi opinión es que las iglesias deberían reconocer en forma franca que la mayoría de la gente no son cristianas en el verdadero sentido de la palabra y que, por lo tanto, no se debe esperar que lleven vidas cristianas. Debe haber dos clases distintas de matrimonio: uno gobernado por el estado con reglas que obliguen a todos los ciudadanos, y otro gobernado por la iglesia con reglas que se apliquen a su propia feligresía. Esta distinción debe ser bien marcada, de tal

suerte que todos sepan quiénes están casados en el sentido cristiano y quiénes no.

Y hasta aquí lo de la doctrina cristiana en cuanto a la indisolubilidad del matrimonio. Hay otra cosa, todavía más impopular, que se debe tratar. Las esposas cristianas prometen obedecer a sus maridos. En el matrimonio cristiano, del hombre se dice que es "la cabeza". Obviamente se suscitan aquí dos interrogantes: (1) ¿Por qué tiene que haber una cabeza y no igualdad? (2) ¿Por qué debe ser el hombre la cabeza?

(1) La necesidad de que haya una cabeza surge de la idea de que el matrimonio es permanente. Es claro que mientras haya armonía entre el marido y la mujer no saldrá a colación el tema en cuanto a esto; y podemos esperar que esto sea lo normal en un matrimonio cristiano. Pero cuando se presenta un desacuerdo real, ¿qué sucede? Claro que hablar sobre el asunto; pero estoy asumiendo que ya lo han hecho y que ni aun así han logrado ponerse de acuerdo. ¿Qué hacer entonces? No pueden decidir el asunto por mayoría de votos, puesto que en una asamblea de dos personas no puede existir mayoría. De seguro que sólo una u otra de estas dos cosas puede suceder: o bien deben separarse y tomar cada cual su propio camino, o una de ellas debe prevalecer con su voto. Si el matrimonio es permanente, una u otra de las partes, al final de cuentas, debe tener el poder de decidir en cuanto a la política familiar. No se puede tener una asociación permanente sin una constitución.

(2) Si ha de haber una cabeza, ¿por qué el hombre? Bien, para empezar, ¿alguien desea de veras que lo sea la mujer? Como dije, no soy casado, pero hasta donde puede ver, aun la mujer que desea ser la cabeza de su propia casa, generalmente no ve con buenos ojos que el mismo estado de cosas prevalezca en la casa de al lado. Muy probablemente tal mujer dirá: "¡Pobre señor X! ¡No me imagino por qué permite que esa mujer impositiva lo domine!" No creo que ella misma se sienta muy halagada cuando alguien menciona

el hecho de que ella es "la que manda". Debe haber algo que no es natural en cuanto a que las esposas gobiernen a sus maridos, porque ellas mismas casi se avergüenzan y desprecian a los maridos que se dejan gobernar. Pero también existe otra razón, y aquí hablo con toda franqueza como soltero que soy, porque es una razón que se puede ver mejor desde afuera que desde adentro. Las relaciones de la familia con el mundo exterior, lo que podíamos llamar su política "internacional", debe depender, al final de cuentas, del hombre, porque él debe ser, y por lo general lo es, mucho más justo con los de afuera. Una mujer primordialmente lucha por sus propios hijos y su marido en contra de todo el mundo. Es casi lógico, y en cierto sentido correcto, que para ella todo lo de ellos debe prevalecer sobre lo de los demás. Ella es la depositaria especial de los intereses de su familia. La función del marido es la de ver que esta preferencia natural de la esposa no sea la que prevalezca siempre. El tiene la última palabra para proteger a otra gente del intenso "patriotismo familiar" de la esposa. Si alguien duda esto, permítaseme formular una sencilla pregunta. Si su perro ha mordido al niño del vecino, o si su hijo ha herido al perro del vecino, ¿quién es el que más pronto debe enfrentarse al asunto, el señor o la señora de la casa? Y si eres una mujer casada, permíteme preguntarte: Por mucho que admires a tu marido, ¿no dirías que su debilidad principal es la de no defender sus derechos y los tuyos en contra de los vecinos en la forma vigorosa en que tú lo quisieras? ¿No es él, ante tus ojos, un apaciguador a toda costa?

7. El perdón

Dije en el capítulo anterior que la castidad era la más impopular entre las virtudes cristianas. Pero no estoy muy seguro

de que estaba en lo cierto. Creo que la virtud de la cual voy a hablar hoy es aún más impopular: la regla cristiana de "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Porque en la moral cristiana "tu prójimo" incluye a "tu enemigo", y por lo tanto nos topamos con el terrible deber de perdonar a nuestros enemigos.

Todo el mundo dice que el perdón es maravilloso hasta que tiene algo que perdonar, como nosotros durante la guerra. En ese momento mencionar el tema era saludado con gritos de ira. No es que la gente crea que esta virtud es muy elevada y difícil; es que la consideran odiosa y despreciable. Dicen: "Esa manera de hablar me enferma". Y al menos la mitad de ustedes me preguntarían: "¿Cómo te sentirías tú en cuanto a perdonar a la Gestapo si fueras polaco o judío?"

La misma pregunta me la he formulado muchas veces. Al igual que cuando el cristianismo me dice que no he de negar mi religión ni para salvarme de la muerte por tortura, no sé qué haría si el caso se me presentara. No estoy tratando en este libro de decir lo que yo, en lo personal, podría hacer; y poquísimo es lo que podría hacer. Estoy diciendo lo que el cristianismo es. Yo no lo inventé. Y allí, en su mismo centro, encuentro lo de "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". No hay ni la más mínima sugestión de que podremos ser perdonados con otras condiciones. Se deja perfectamente claro que si no perdonamos tampoco seremos perdonados. En cuanto a esto, no hay dos caminos. ¿Qué vamos a hacer?

De todas maneras va a ser difícil; pero pienso que existen dos cosas que podemos hacer para que sea más fácil. Cuando nos iniciamos en las matemáticas no empezamos por el cálculo; hemos de empezar con operaciones sencillas de suma. De la misma manera, si en realidad deseamos (y todo depende de si lo deseamos en realidad) aprender a perdonar, tal vez lo mejor sería que empezáramos con algo más fácil que la Gestapo. Se puede empezar perdonando al marido o a la esposa, a los padres o a los hijos, o a quien ha dicho algo

malo de nosotros o nos ha causado algún mal la semana pasada. Tal vez esto nos mantenga ocupados por el momento. Y en segundo lugar, debemos tratar de entender qué es lo que significa exactamente amar al prójimo como a nosotros mismos. Bien, ¿cómo nos amamos a nosotros mismos?

Y ahora que me pongo a pensar en esto, no tengo exactamente un sentimiento de cariño y de afecto hacia mi propia persona, y ni siquiera siempre me agrada la sociedad en que vivo. Así que, al parecer, lo de "amarás a tu prójimo" no significa "tenle cariño" ni "siente simpatía por él". Ya debemos haber visto esto antes, porque claro está, no podemos sentir cariño hacia una persona por el simple hecho de tratar de sentirlo. ¿Tenemos un buen concepto de nosotros mismos? ¿Creemos que somos buenas personas? Temo que algunas veces sí (y estos son, sin duda alguna, nuestros peores momentos) pero no es por ello por lo que nos amamos a nosotros mismos. Todo lo contrario: nuestro amor propio nos hace pensar que somos muy buenos; pero pensar bien de nosotros mismos no es lo que nos hace amarnos. Así que amar a nuestros enemigos al parecer no significa que pensemos bien de ellos. Y esto es un alivio enorme, porque son muchos los que se imaginan que perdonar a los enemigos quiere decir que nos formemos la idea de que, después de todo, no son tan malos, cuando es bien claro que sí lo son. Avancemos un paso más. En los momentos de mayor lucidez no sólo pensamos que no somos buenas personas, sino que sabemos hasta dónde llega nuestra maldad. Con horror y repugnancia podemos contemplar algunas de las cosas que hemos hecho. Así que, al parecer, se nos permite sentir repugnancia y odio por algunas de las cosas que hacen nuestros enemigos. Y ahora que lo recuerdo, los maestros cristianos me decían hace muchísimos años que debía odiar las acciones del hombre malo, pero no odiar al hombre malo; o, como ellos lo expresarían, odiar al pecado sin odiar al pecador.

Por mucho tiempo pensé que tal cosa era una distinción tonta y enteramente falsa; ¿cómo podría odiar las acciones de un hombre sin al mismo tiempo odiar al hombre? Pero años después se me ocurrió que existía un hombre con quien había estado haciendo eso toda la vida: yo mismo. Por mucho que pueda aborrecer mi cobardía, mi presunción y mi avaricia, sigo amándome a mí mismo. Nunca me he tropezado con la menor dificultad para hacerlo. Es más, odiaba los hechos porque amaba a la persona. Como me amaba a mí mismo, me entristecía que yo fuera el hombre que hacía tales cosas. Por consiguiente, el cristianismo no desea que siquiera en lo más mínimo reduzcamos el odio que sentimos hacia la crueldad y la traición. Hemos de odiarlas. No hay que arrepentirse ni de una sola de las palabras que hemos dicho en contra de ellas. Pero el cristianismo quiere que las odiemos en el mismo sentido en que odiamos lo malo que hay en nosotros: entristeciéndonos por la persona que las ha llevado a cabo y esperando que si es posible, en alguna manera, en algún tiempo y en algún lugar, la persona sea curada y vuelva a ser humana.

La verdadera prueba es ésta. Supongamos que en el periódico leemos un relato de atrocidades monstruosas. Pero supongamos que luego se presenta algo que sugiere que el relato no se ajusta del todo a la verdad, o que no había sido tan malo como se dijo. ¿Es nuestra primera reacción decir: "Gracias a Dios que no fueron tan malos", o nos produce un sentimiento de frustración, y aun la determinación de apegarnos al primer relato por el mero placer de pensar lo peor de nuestros enemigos? Si es lo segundo, temo que sea el primer paso en un proceso que, de concluirse, nos convertiría en demonios. Sería comenzar a desear que lo negro llegue a ser más negro. Si le damos cabida a ese deseo, más tarde desearemos que lo gris se convierta en negro y que al fin lo blanco también se vuelva negro. Y por último, insistiremos en verlo todo –incluyendo a Dios, a nuestros amigos y a nosotros mismos– como perversos, y no podremos evitarlo. Estaremos fijos por siempre en un universo de odio puro.

Y ahora un paso más. ¿Amar al enemigo significa no

castigarlo? No, porque al amarnos a nosotros mismos no quiere decir que no debemos someternos al castigo y aun a la muerte. Si uno ha cometido un asesinato, lo rectamente cristiano es entregarse a la policía y esperar el castigo de la ley. Por tanto, en mi opinión es perfectamente correcto que un juez cristiano sentencie a muerte a un hombre, y que un soldado cristiano mate a un enemigo. Siempre he pensado así, aun antes de ser cristiano, y mucho antes de la guerra; y sigo pensando de la misma manera ahora que se ha logrado la paz. No viene al caso citar el "no matarás". Hay dos palabras griegas: la ordinaria que significa *matar*, y la segunda con el significado de *asesinar*. Y cuando Cristo cita el mandamiento en los tres relatos de Mateo, Marcos y Lucas, emplea la palabra *asesinar*. Me han dicho que en hebreo se hace esta misma distinción. No todo el que mata comete asesinato, como tampoco toda relación sexual es adulterio. Cuando los soldados fueron a Juan el Bautista y le preguntaron qué debían hacer, ni remotamente les sugirió que salieran del ejército; ni tampoco lo hizo Cristo cuando conoció al sargento mayor romano, al centurión como lo llamaban entonces. La idea del caballero, la del cristiano en armas para la defensa de una buena causa, es una de las grandes ideas cristianas. La guerra es espantosa, y puedo respetar a un pacifista sincero, aunque pienso que se halla equivocado. Lo que no entiendo es esa clase de semipacifismo que se encuentra a cada paso y que da a la gente la idea de que si uno se ve obligado a combatir, debe hacerlo con un rostro que denote vergüenza de entrar en combate. Es este sentimiento el que priva a gran número de magníficos jóvenes cristianos de algo a que tienen derecho, de algo que es el acompañante natural del valor: cierto orgullo y entusiasmo.

A menudo he pensado qué habría sucedido si, cuando serví en la Primera Guerra Mundial, un joven alemán y yo nos hubiéramos causado la muerte simultáneamente y nos hubiéramos reunido un momento después de la muerte. No creo que hubiéramos sentido resentimiento alguno y ni siquiera

vergüenza. Pienso que nos habríamos echado a reír.

Me imagino que alguien dirá: "Pues bien, si se permite el condenar los hechos del enemigo, y castigarlo, y darle muerte, ¿cuál es la diferencia entre la moralidad cristiana y el punto de vista ordinario?" Muchísima. Recordemos que los cristianos pensamos que el hombre vive para siempre. Por lo tanto, lo que realmente importa son las pequeñas marcas o distorsionamientos en la parte íntima y central del alma que van a convertirla, a la larga, en una criatura celestial o infernal. Si se hace necesario podemos matar, pero no podemos odiar y solazarnos en el odio. Podemos castigar si es necesario, pero no regocijarnos. En otras palabras, lo que haya en nuestro interior, como el resentimiento o el deseo de humillar a alguien, debe morir. No quiero decir que cualquiera puede decidir en este momento que jamás volverá a tener estos sentimientos. Nadie puede. Quiero decir que cada vez que estos sentimientos levanten la cabeza, día tras día, año tras año, toda la vida, hemos de golpearlos en la cabeza. Es una tarea difícil, pero intentarlo no es imposible. Aun cuando demos muerte y castiguemos, hemos de tratar de sentir hacia el enemigo lo mismo que sentimos hacia nosotros mismos: desear que no sea tan perverso; esperar que, en este mundo o en el otro, pueda ser curado; o sea, desearle el bien. Esto es lo que en la Biblia es amar al enemigo: desear su bien, pero no sentir simpatía hacia él ni decir que es una buena persona cuando no lo es.

Reconozco que esto significa amar a gente que nada tienen de amables. Pero, ¿tenemos acaso cualidades que nos hagan merecedores de ser amados? Nos amamos, simplemente porque somos nosotros mismos. Dios quiere que amemos a todas las personas en la misma forma y por la misma razón. El nos ha dado un ejemplo bien claro con nuestro propio caso para mostrarnos cómo es la cosa. Hemos de aplicar entonces la regla a todos los demás. Tal vez la tarea se facilite si recordamos que así es como El nos ama: no por las cualidades buenas y atractivas que pensamos que tenemos, sino

porque somos unos de esos seres llamados personas. Porque la realidad es que nada que sea digno de amar hay en nosotros, criaturas que encontramos en el odio tal placer, que renunciar a odiar es como renunciar a la cerveza y al tabaco. . .

8. El gran pecado

Ahora llegamos a la parte de la moral cristiana que difiere en forma aguda de todas las otras morales. Existe un vicio del cual nadie en el mundo se halla libre; uno que todo el mundo critica cuando lo ve en los demás; uno del cual casi nadie, excepto los cristianos, se cree culpable. He oído a varias personas que reconocen que tienen mal temperamento, o que no pueden dejar de pensar en las mujeres o en la bebida, y hasta que son cobardes. Pero creo que no he oído a nadie que no sea cristiano, acusarse de este vicio. Y pocas veces me he encontrado con alguien que, no siendo cristiano, muestre la más mínima misericordia cuando ve este vicio en los demás. No hay una falta que convierta a una persona en impopular, ni una falta de la cual estemos más inconscientes en nosotros mismos. Y mientras más la tenemos en nosotros, más nos disgusta verla en otros.

El vicio de que hablamos es el orgullo o amor propio; y la virtud que se le opone en la moral cristiana se conoce como humildad. Haz de recordar que cuando me hallaba hablando de la moralidad sexual, te advertí que no es ella el centro de la moral cristiana. Bien, ahora sí hemos llegado al centro de ella. De acuerdo con lo que enseñan los maestros cristianos, el vicio esencial, la maldad extrema, es el orgullo. La falta de castidad, la ira, la avaricia, la embriaguez y todo lo demás, son en comparación "picaduras de mosquito". Fue por orgullo que el diablo se convirtió en diablo; el orgullo lleva a

todos los demás vicios; es el completo estado de anti-Dios en la mente.

¿Suena esto a exageración? Si así es, piénsalo bien. Hace un momento señalaba que mientras más orgullo tenga uno más le molesta verlo en los demás. En efecto, si deseas hallar cuánto es tu orgullo, la forma más fácil de averiguarlo es preguntarte: "¿Cuánto es lo que me disgusta que los demás me desdeñen, que no nos tomen en cuenta, nos hagan remar para su propio beneficio, se crean superiores a nosotros, o del todo nos descarten?" El caso es que el orgullo de cada quien está en competencia con el orgullo ajeno. Es porque deseábamos ser los más ruidosos en la fiesta que nos sentimos tan incómodos cuando otros son los que hacen el ruido. Casi nunca se ponen de acuerdo dos que se ocupan del mismo negocio. Lo que queremos dejar claramente establecido es que el orgullo es esencialmente competencia. Lo es por su misma naturaleza, al paso que los demás vicios lo son sólo por accidente, por decirlo así. El orgulloso no se complace de tener algo sino de tener más que el otro. Decimos que hay quienes se sienten orgullosos de ser ricos, de ser inteligentes o de tener una buena figura, pero no es así. Están orgullosos de ser más ricos, más inteligentes o de mejor figura que los demás. Si cada quien llegara a ser igualmente rico, inteligente o de buena figura, no habría nada de qué estar orgulloso. Es la comparación la que nos hace orgullosos: el placer de estar por encima de los demás. Una vez que desaparece el elemento de competencia, el orgullo también desaparece. Por eso es que dije que el orgullo es esencialmente competencia y en una forma que los demás vicios no lo son. El impulso sexual puede que lleve a dos hombres a entrar en competencia si los dos desean a la misma muchacha; pero esto es sólo por accidente; bien podrían de igual manera haber deseado a dos diferentes muchachas. Pero puede ser que un orgulloso nos arrebate la novia, no porque la desee, sino para probar que es más hombre que nosotros. La avaricia puede hacer que los hombres entren en competencia si no hay suficiente para

todos; pero el orgulloso, aunque llegue a tener posiblemente más de lo que desee, tratará de poseer aun más para afirmar su poder. Casi todos los males del mundo que la gente califica de codicia y egoísmo, son más bien resultados del orgullo.

Consideremos la posesión de dinero. Ciertamente que es la codicia la que hace que un hombre desee dinero para conseguir una casa mejor, unas vacaciones mejores o cosas mejores para comer y beber. Pero esto sólo hasta cierto punto. ¿Qué es lo que hace que uno que está ganando al año 50,000 dólares esté ansioso de ganar 100,000? No es la ambición de placeres. Con 50,000 un hombre tiene para adquirir todos los lujos que un hombre puede disfrutar. Es el orgullo (el deseo de ser más rico que otro rico) y, aún más, el anhelo de poder. Porque, claro está, el poder es algo que el orgullo realmente disfruta; no hay nada que haga que un hombre se sienta superior a los demás como el poder mover a los demás como soldados de juguete. ¿Qué es lo que hace que una muchacha hermosa vaya esparciendo sufrimiento por dondequiera que va en su afán de coleccionar admiradores? Ciertamente que no es su instinto sexual; a menudo tal clase de muchachas es sexualmente frígida. Es el orgullo. ¿Qué es lo que hace que un líder político o una nación avancen más y más, demandando más y más? De nuevo hay que atribuir esto al orgullo. El orgullo es competencia por propia naturaleza. Esta es la razón para que avance más y más. Si soy un hombre orgulloso, mientras haya en el mundo otro más poderoso, más rico o más inteligente que yo, ese es mi rival y mi enemigo.

Los cristianos están en lo cierto: el orgullo ha sido la causa principal de sufrimiento en todas las naciones y en todas las familias desde que el mundo es mundo. Otros vicios puede ser que unan a la gente; uno puede hallar buen compañerismo y bromas y cordialidad entre los borrachos y los lujuriosos. Pero el orgullo siempre significa enemistad, porque *es* enemistad. Y no sólo enemistad entre hombre y hombre, sino también enemistad con Dios.

En Dios hallamos a alguien que en todos sentidos es inconmensurablemente superior a nosotros. A menos que reconozcamos que Dios es así y que, por lo tanto, reconozcamos que no somos nada en comparación con El, no conocemos a Dios. Mientras seamos orgullosos no podemos conocer a Dios. El orgulloso siempre se cree por encima de los demás; y, claro, mientras estemos mirando hacia abajo no podemos ver lo que hay por encima de nosotros.

Esto suscita una interrogante terrible. ¿Cómo es que hay personas orgullosas en extremo que pueden decir que creen en Dios y parecen religiosas? Me temo que eso quiere decir que están dando adoración a un Dios imaginario. En teoría reconocen que no son nada ante la presencia de ese Dios fantasma; pero lo que realmente sucede es que siempre se están imaginando que Dios las aprueba y las considera mejores que las personas ordinarias. En otras palabras, que invierten centavos de humildad imaginaria ante El y cosechan pesos de orgullo ante sus semejantes. Supongo que fue de ellos de quienes Cristo estaba hablando cuando dijo que hablarían en su nombre y en su nombre echarían fuera demonios, pero que al fin del mundo les diría que nunca los conoció. Y cualquiera de nosotros en un momento dado puede caer en esta trampa mortal. Afortunadamente, tenemos una prueba. Cuantas veces nuestra vida religiosa nos está haciendo sentir que somos buenos –y sobre todo que somos mejores que algunos otros– creo que podemos estar seguros de estar siendo manejados por el diablo, no por Dios. La prueba real de estar en la presencia de Dios es la de que o se olvide uno de uno mismo, o se vea como un objeto pequeño y sucio. Lo mejor es que nos olvidemos del todo de nosotros mismos.

Es terrible que el peor de todos los vicios se pueda deslizar hasta el mismo centro de nuestra vida religiosa. Pero podemos ver por qué. Los otros vicios, que lo son en grado menor, son el resultado de la obra que el diablo realiza en nosotros por medio de nuestra naturaleza animal. Pero en ninguna manera el orgullo proviene de nuestra naturaleza animal. Nos viene directamente del infierno. Es puramente espiritual; por

consiguiente es más sutil y mortal. Por esta misma razón el orgullo puede ser a menudo usado para reprimir los vicios más sencillos. Con alguna frecuencia los maestros apelan al orgullo del muchacho, o, tal como lo llaman, al amor propio, para hacer que se comporte decentemente. Más de un hombre se ha sobrepuesto a la cobardía, a la concupiscencia o al mal carácter al acostumbrarse a pensar que están perjudicando su dignidad, o sea por orgullo. El diablo se ríe de esto. Se alegra al ver que nos convertimos en gente casta, valiente y con dominio sobre ciertos instintos desviados si, al mismo tiempo, está instalando en nosotros la dictadura del orgullo, tal como estaría contento de ver que nos curamos de los sabañones si a cambio de esto se le permite que nos traiga el cáncer. Porque el orgullo es cáncer espiritual; devora la posibilidad misma del amor, del contentamiento y aun del sentido común.

Antes de dejar este tema hemos de ponernos en guardia en contra de algunos posibles malentendidos:

(1) El placer de ser alabado no es orgullo. El niño que recibe una palmada en la espalda por hacer bien una tarea escolar, la mujer que por su belleza es alabada por su hombre y el alma redimida a quien Cristo dice "bien hecho" se sienten complacidos y con razón. Porque aquí el placer no está en lo que somos sino en el hecho de que hemos agradado a alguien que deseábamos agradar; y este deseo está bien orientado. La dificultad empieza cuando se pasa de pensar: "He agradado a quien debo agradar, ¡qué bien!", a pensar: "Qué buena persona soy cuando he logrado hacer esto". Mientras más nos deleitamos en nosotros mismos y menos lo hagamos en la alabanza, más deterioramos nuestra condición moral. Cuando nos deleitamos por entero en lo que somos y no nos interesa para nada la alabanza, ya hemos llegado al fondo. Es por ello que la vanidad, aunque es la clase de orgullo que más aflora a la superficie, es en realidad menos mala y más perdonable. El vanidoso quiere ser alabado, aplaudido y admirado y siempre lo anda buscando. Es una falta, pero algo infantil y, por extraño que suene, una falta humilde. Demuestra que no nos hallamos por completo satisfechos con nuestra propia admiración. Apreciamos lo suficiente a otras personas como para desear que ellas se fijen en nosotros. Continuamos siendo humanos. El orgullo negro y diabólico se presenta cuando es tanto el desprecio que sentimos por los demás que nada nos importa lo que puedan pensar de nosotros. Por supuesto que está bien, y a menudo es nuestro deber, que no nos preocupemos por lo que la gente piense de nosotros cuando esto tiene una razón válida, cuando nos preocupa infinitamente más lo que Dios piensa. Pero el orgulloso tiene una razón diferente para no preocuparse. Dice: "¿Por qué debo preocuparme por el aplauso de gentecillas tales como si su opinión tuviera algún valor? Y aun si lo tuviera, ¿soy yo esa clase de persona que enrojece de placer como una muchacha que asiste a su primer baile? No, yo soy una personalidad integrada y adulta. Todo lo que he hecho ha sido para satisfacer mis propios ideales (o mi conciencia artística o el honor de la familia) o, en unas palabras, porque soy un buen muchacho. Si a la gente le gusta esto, bien; no me preocupa". En esta forma el verdadero orgullo rampante puede actuar como un freno para la vanidad; porque, tal como dije hace un momento, al diablo le gusta "curar" una falta pequeña si en cambio puede instalar en nosotros otra mayor. Hemos de tratar de no ser vanidosos, pero para curarnos de esto no hemos de acudir al orgullo, porque sería peor el remedio que la enfermedad.

(2) Decimos que alguien está "orgulloso" de su hijo, de su padre, de su escuela, de su regimiento, y puede preguntarse entonces si en este sentido "el orgullo" es un pecado. Creo que todo depende de lo que queremos decir con "orgulloso de". Muy frecuentemente la expresión "estar orgulloso de" tiene el sentido de "tener una admiración cordial por esto o por aquello". Y claro que tal admiración está muy lejos de ser un pecado. Pero quizás puede ser que se quiera dar a entender que la persona en cuestión se da aires, basada en que su padre

es un hombre distinguido, o porque pertenece a un famoso regimiento. Claro está que sería una falta; pero aun siéndolo, sería mejor que el estar orgulloso de uno mismo. Amar y admirar algo que se halla fuera de nosotros mismos es un paso que se da para salir de la ruina espiritual extrema; aunque no estaremos bien mientras amemos y admiremos algo más de lo que amamos y estimamos a Dios.

(3) No hemos de pensar que Dios prohíbe el orgullo porque con él se ofende, ni que la humildad que El demanda se deba a su propia dignidad, como si Dios mismo fuera orgulloso. El no se preocupa en lo más mínimo por su dignidad. La cuestión es que El quiere que nosotros lo conozcamos: desea dársenos. Y tanto El como nosotros somos de tal naturaleza, que si en realidad deseamos entrar en alguna clase de relación con El, seremos humildes, deliciosamente humildes, y sentiremos el alivio infinito de habernos librado de una vez por todas de la insensatez tonta en cuanto a nuestra propia dignidad que nos convierte para toda la vida en seres desasosegados e infelices. Dios está tratando de hacernos humildes para que tal momento sea posible, de despojarnos del tonto y feo disfraz con el que nos hemos vestido y con el cual nos hemos pavoneado, como los pequeños idiotas que somos. Ojalá hubiera progresado un poco más con mi humildad, pues así estaría probablemente en mejores condiciones de decir más en cuanto al alivio y la tranquilidad que se experimenta al despojarse uno del disfraz, del falso yo, con todo su "Mírame", su "¿No soy yo una magnífica persona?", su afectación y sus poses. Estar a un paso de eso, así sea sólo por un momento, es como un trago de agua fría en un desierto.

(4) No nos imaginemos que si nos encontramos con un hombre humilde de veras será "humilde" según el concepto de hoy día; no será esa clase de persona pringosa y descuidada que siempre anda diciendo que es "un don nadie". Probablemente lo que pensemos de él es que parece ser un tipo alegre e inteligente, que demuestra interés en lo que le decimos. Si no nos agrada mucho es porque sentimos un poco de envidia de alguien que parece gozar de la vida tan fácilmente. El no se da a pensar en la humildad; no piensa de sí mismo para nada.

Si alguien desea adquirir la humildad, creo que puedo señalarle el primer paso. Este primer paso es darse cuenta que uno es orgulloso. Y es un paso enorme también. Al menos nada puede adelantarse hasta tanto no se haya dado. Si pensamos que no somos presuntuosos, es porque somos demasiado presuntuosos.

9. La caridad

En un capítulo anterior dijimos que existen cuatro virtudes "cardinales" y tres virtudes "teologales". Las tres teologales son: la fe, la esperanza y la caridad. De la caridad ya hemos hablado en parte en el capítulo siete; pero nos concentramos en ese aspecto de la caridad que conocemos como el perdón. Ahora deseamos añadir un poco más.

Primero, en cuanto al significado de la palabra. "Caridad" ahora significa simplemente lo que acostumbramos llamar "limosna", o sea socorrer a los pobres. Originalmente tenía un significado más amplio. (Está claro cómo obtuvo el sentido moderno. Si uno tiene "caridad", la cosa más obvia que hace es dar limosnas a los pobres; por lo tanto, se llegó a hablar de esto como si se tratara del todo de la caridad. En la misma forma, la "rima" es lo más obvio en la poesía, y es por ello que para la gente "poesía" quiere decir rima y nada más.) Caridad significa "amor, en el sentido cristiano". Pero el amor, en sentido cristiano, no es una emoción. No es un estado de los sentimientos sino de la voluntad; es ese estado de la voluntad que por naturaleza tenemos en cuanto a lo que tiene que ver con nosotros mismos, y que debemos aprender a tener en cuanto a lo que tiene que ver con los demás.

En el capítulo sobre el perdón señalábamos que nuestro amor para con nosotros mismos no significa que nos gustemos a nosotros mismos. Significa que deseamos nuestro propio bien. De la misma manera, el amor cristiano (o caridad) para con nuestros prójimos es algo muy diferente del agrado o el afecto. "Nos gusta" o "nos agrada" cierta gente, pero otras no. Es muy importante que entendamos que el "agrado" natural no es *ni* pecado *ni* virtud, así como tampoco es pecado ni virtud el que nos agrade o desagrade una cierta comida. Es simplemente un hecho. Pero claro está que lo que hagamos con esto o es pecaminoso o es virtuoso.

El agrado o afecto natural por una persona hace que nos sea más fácil ser "caritativo" con ella. Es por ello que naturalmente es un deber vigorizar nuestros afectos (hacer que la gente nos agrade hasta donde sea posible, tal como es nuestro deber vigorizar nuestro agrado hacia los ejercicios y las comidas saludables) no porque esto sea en *sí mismo* la virtud de la caridad, sino que nos ayuda en su ejercicio. Por otra parte, también se hace necesario que nos mantengamos muy alertas, no sea que nuestro agrado por una persona nos haga ser poco caritativos, y aun injustos, con ella. Aun puede haber casos donde nuestro agrado entre en conflicto con nuestra caridad hacia la persona que nos agrada. Por ejemplo, una madre cariñosa puede verse tentada por el afecto natural a "malcriar" a su hijo; esto es, complacer sus propios impulsos afectuosos a expensas de la futura felicidad verdadera del hijo.

Pero aun cuando normalmente los afectos naturales deban ser vigorizados, sería muy erróneo pensar que la forma de llegar a ser caritativo es sentarse a tratar de fabricar sentimientos de afecto. Algunas personas son "frías" por temperamento. Puede ser que esto sea desafortunado, pero no es más pecado que una mala digestión. Y no priva a nadie de la oportunidad, ni las excusa del deber, de aprender la caridad. La regla para todos nosotros es perfectamente sencilla. No desperdiciemos el tiempo con la preocupación de si "amamos" al prójimo o no; procedamos con él como si lo amáramos. Tan pronto como hagamos esto encontraremos uno de los grandes secretos. Cuando procedemos como si en verdad amáramos a alguien, al fin llegamos a amarlo. Si le producimos algún perjuicio a alguien que no nos agrada, veremos que llega a desagradarnos aún más. Si le hacemos algo que le sirva de beneficio, veremos que nos desagrada menos. Es verdad que hay una excepción. Si cambiamos nuestra actitud hacia alguien que nos desagrada, pero no para agradar a Dios y obedecer la ley de la caridad, sino para demostrarle cuán buenos perdonadores somos, y para hacer que él quede en deuda con nosotros, y luego sentarnos a esperar que nos manifieste su "gratitud", probablemente nos veamos defraudados. (La gente no es tonta; pronto notan si lo que hacemos es alarde o "proteccionismo"). Pero cuandoquiera que procedamos bien con otro ser, justamente porque es un ser, uno que fue, como nosotros, creado por Dios, y deseamos su propia felicidad como deseamos la nuestra, habremos aprendido a amar un poco más, o al menos a mostrar un poco menos nuestro desagrado.

En consecuencia, aunque la caridad cristiana suene como cosa muy fría a gente cuya cabeza se halla llena de sentimentalismo, y aunque es cosa muy distinta del afecto, sin embargo conduce al afecto. La diferencia entre un hombre cristiano y uno mundano no es que el mundano tenga sólo afectos o "predilecciones" y el cristiano sólo "caridad". El hombre mundano trata a ciertas personas con benignidad porque "le gustan"; el cristiano, que trata de ser bondadoso con todos, ve que cada vez hay más gente que le agrada, más y más puede tener afecto para todos, incluyendo a gentes que al principio ni siquiera se imaginaba que podrían gustarle.

Esta misma ley espiritual opera en forma terrible a la inversa. Tal vez al principio los alemanes trataron mal a los judíos a causa de que los odiaban; después llegaron a odiarlos más a causa de que los habían maltratado. Mientras más crueles seamos, más odiaremos; y mientras más odiemos más crueles seremos; y así este círculo vicioso continúa hasta el infinito.

Tanto el bien como el mal aumentan como el interés compuesto. Es por ello que las pequeñas decisiones que hacemos todos los días tienen tan infinita importancia. El más pequeño acto de bondad de hoy es la captura de un punto estratégico desde el cual, meses más tarde, podremos avanzar hacia victorias que nunca habíamos soñado. Una concesión, en apariencia trivial, que hoy hagamos a la concupiscencia o a la ira significa la pérdida de un puente, o de una línea férrea, o una cabeza de playa, desde las cuales el enemigo puede emprender un ataque que de otra suerte habría sido imposible.

Algunos escritores emplean la palabra caridad para describir no sólo el amor cristiano entre los seres humanos, sino también el amor de Dios para con el hombre y el amor del hombre para con Dios. En cuanto al segundo de estos dos, la gente a menudo se preocupa. Se les dice que han de amar a Dios, y en ellas mismas no pueden hallar tal sentimiento. ¿Qué es lo que deben hacer? La respuesta es la misma que antes dimos: Actúen como si lo amaran. No te sientes a tratar de manufacturar sentimientos. Pregúntate: "Si yo estuviera seguro de amar a Dios, ¿cómo procedería?" Cuando hayas encontrado la respuesta a tal pregunta, procede en consecuencia.

Como un todo, el amor de Dios para con nosotros es un tema más seguro de pensar que nuestro amor hacia El. Nadie puede tener siempre sentimientos devotos; y aun si los pudiéramos tener, los sentimientos no son lo que Dios tiene en cuenta principalmente. El amor cristiano, hacia Dios y hacia el hombre, es un asunto de la voluntad. Si estamos tratando de cumplir la voluntad de Dios, con ello estamos obedeciendo el mandamiento de "Amarás al Señor tu Dios". Si a El le place, nos dará los sentimientos del amor. Por nosotros mismos no podemos crearlos, y no podemos exigirlos por derecho propio. Pero lo que más hemos de recordar es que, aunque nuestros sentimientos van y vienen, el amor de Dios hacia nosotros no. No está cansado de nuestros pecados ni de nuestra indiferencia, y por lo tanto es inexorable en su determinación de que seremos curados de nuestros pecados, cualquiera que sea el costo de parte nuestra, y cualquiera que sea el costo de parte de Dios.

10. La esperanza

La esperanza es una de las virtudes teologales. Esto significa que un continuo mirar hacia el mundo eterno no es, como algunos piensan, una forma de escapismo o un hacerse castillos en el aire, sino una de las cosas que el cristiano debe hacer. Si leemos la historia, veremos que los cristianos que más hicieron por el mundo presente fueron precisamente los que más se ocuparon del mundo venidero. Los apóstoles mismos que pusieron los fundamentos para la conversión del Imperio Romano, los grandes hombres que edificaron la Edad Media y los evangélicos ingleses que abolieron la trata de esclavos dejaron su marca sobre la tierra, precisamente porque sus mentes se hallaban ocupadas por las cosas del cielo. Desde que los cristianos han dejado de pensar en el otro mundo han llegado a ser ineficaces en éste. Aspiren al cielo y obtendrán la tierra "por añadidura"; aspiren a la tierra y no tendrán ni lo uno ni lo otro. Parece una regla extraña; pero algo que se le asemeja lo podemos ver en acción en otras cosas. La salud es una gran bendición, pero desde el momento en que empezamos a hacer de ella nuestra preocupación principal y directa, empezaremos a desquiciarnos y a imaginarnos que algo anda mal con nuestra salud. Sólo tendremos la probabilidad de mantener la salud si pensamos en otras cosas más: la comida, los deportes, el trabajo, la diversión, el aire libre. De la misma manera, nunca lograremos salvar la civilización en tanto que ella sea nuestro objetivo principal. Hemos de aprender a desear algo aún más.

La mayoría de nosotros halla difícil desear "el cielo",

excepto en lo que se refiere a reunirnos de nuevo con nuestros amigos que han muerto. Una de las razones de esta dificultad es que no hemos sido educados para ello; toda nuestra educación tiende a fijar nuestras mentes en este mundo. Otra de las razones es que cuando nos viene el anhelo real por el cielo, no lo reconocemos. La mayoría de los humanos, si en realidad aprendieran a mirar dentro de sus propios corazones, sabrían que lo que anhelan, y lo anhelan muy agudamente, es algo que no puede obtenerse en este mundo. Existe en este mundo toda suerte de cosas que ofrecen cumplir nuestros anhelos, pero que nunca cumplen a cabalidad sus promesas. Los anhelos que surgen en nosotros cuando nos enamoramos, o al pensar en un país extranjero, o cuando por primera vez nos damos a estudiar una asignatura que nos emociona, son anhelos que ni el matrimonio, ni los viajes ni el estudio, pueden realmente satisfacer. No estamos hablando de lo que generalmente se llama matrimonios fracasados, o vacaciones con tropiezos, o carreras insatisfactorias. Hablamos de las más logradas de todas estas cosas. Había un algo que tratamos de asir, cuando empezamos a anhelar tales cosas, que luego la realidad se encargó de desvanecer. Creo que todos saben a qué me refiero. La esposa puede resultar una buena esposa; los hoteles y los panoramas pueden haber sido excelentes; la química puede ser un trabajo interesante; pero aun así, algo nos evade. Existen dos maneras equivocadas de enfrentarse a este hecho, y una que es la correcta.

(1) La manera del tonto. Este echa la culpa a las cosas mismas. Se pasa la vida pensando que si consigue a otra mujer, o escoge unas vacaciones más costosas o cualquiera otra cosa, sí va a alcanzar ese misterioso algo que todos perseguimos. La mayor parte de los ricos aburridos y descontentos que hay en este mundo pertenecen a este tipo. Se pasan la vida de mujer en mujer (por medio de los divorcios), de continente en continente, de afición en afición, siempre pensando que la última cosa que han logrado es, al fin, "aquello", para verse siempre desilusionados.

(2) La manera del "hombre sensato" desilusionado. Este pronto llega a la conclusión de que todo no era más que una ilusión. Dice: "Claro que eso era lo que sentía cuando era joven. Pero cuando se llega a la edad que yo tengo, se deja de correr en pos del extremo del arco iris". Entonces se asienta y aprende a no esperar mucho y a reprimir la parte de sí mismo que solía "suspirar por la luna". Claro que esto es mejor que lo primero, y trae mayor satisfacción, o al menos no hace del hombre un estorbo en la sociedad. Tiende a convertir al hombre en un fatuo (apto para considerarse superior a los que llama "adolescentes"), pero, como un todo, se desempeña razonablemente bien. Esta sería la mejor línea de conducta si el hombre no hubiera de vivir para siempre. Pero ¿qué si la felicidad infinita se halla allí, a nuestra espera? ¿Qué si uno puede llegar al extremo del arco iris? En tal caso sería una lástima encontrar demasiado tarde, un momento después de la muerte, que por un supuesto "sentido común" hemos suprimido en nosotros mismos la facultad de disfrutarlo.

(3) La manera cristiana. El cristianismo dice: "Las criaturas no nacen con deseos a menos que exista la manera de satisfacer tales deseos. El niño siente hambre, y existe una cosa que se llama comida. Un patito quiere nadar, y hay una cosa que se llama agua. Los hombres sienten deseos sexuales, y hay una cosa que se llama sexo. Si hallo en mí un deseo que ninguna experiencia en este mundo puede satisfacer, lo más probable es que yo estoy hecho para otro mundo. Si ninguno de mis placeres terrenales lo satisface, esto no prueba en manera alguna que el universo sea un fraude. Probablemente los deseos terrenales no se hicieron para darle completa satisfacción, sino para incitar, para sugerir lo que de veras lo satisface. Si ello es así, por una parte debo tener sumo cuidado de nunca despreciar o mostrarme desagradecido por estas bendiciones terrenales; y por la otra, nunca confundirlas con ese algo más del cual ellas son sólo una especie de copia, un eco, un espejismo. He de mantener vivo

en mí el anhelo de mi patria verdadera, que no hallaré sino hasta después de la muerte; nunca debo dejarlo cubrirse de nieve ni quedar a un lado. Debo convertir el principal objetivo de mi vida el marchar hacia esa patria y ayudar a otros a que hagan lo mismo.

No hay por qué preocuparse por quienes, a manera de chiste, tratan de hacer aparecer la esperanza cristiana del "cielo" como algo ridículo, diciendo que no quisieran "pasar la eternidad tocando un arpa". La respuesta que se les ha de dar es que si no pueden entender libros escritos para personas adultas, no deben hablar de ellos. Las imágenes que aparecen en las Sagradas Escrituras (arpas, coronas, oro, etc.) son, claro está, símbolos destinados a expresar lo inexpresable. Se mencionan instrumentos musicales porque para mucha gente (no para todo el mundo) en esta vida la música es lo que con mayor vigor sugiere el éxtasis y el infinito. Se mencionan coronas porque ellas sugieren el hecho de que los que están unidos con Dios por toda la eternidad participan del esplendor, el poder y el gozo divinos. Y se menciona el oro para sugerir lo eterno del Cielo, ya que el oro no se enmohece, y también lo precioso de él. Quienes toman estos símbolos en forma literal también podrían pensar que cuando Cristo nos dice que debemos ser como palomas, quiere decir que debemos poner huevos.

11. La fe

En este capítulo debo hablar de lo que los cristianos llaman fe. Hablando a *grosso modo*, parece que los cristianos emplean la palabra fe en dos sentidos o en dos niveles. Vamos a considerarlos uno por uno. En el primer sentido significa simplemente creencia, o sea aceptar o considerar como verdaderas las doctrinas del cristianismo. Esto es bien sencillo. Pero lo que

intriga a la gente, o al menos a mí me intrigaba, es el hecho de que en este sentido los cristianos tienen la fe como una virtud. Acostumbraba a preguntar cómo podía ser una virtud: ¿qué puede haber de moral o inmoral en creer o en dejar de creer en una serie de declaraciones? Obviamente, solía decir, un hombre cuerdo acepta o rechaza cualquiera declaración, no porque quiera o no quiera hacerlo, sino porque la evidencia le parece buena o mala. El que se equivoque en cuanto a lo bueno o lo malo de la evidencia no significa que ese hombre sea bueno o malo, sino que no es muy sagaz. Pensar que la evidencia es mala y a pesar de ello tratar de creerla sería estúpido.

Bien, pienso que todavía yo sostengo esta posición. Pero lo que entonces no veía, y muchos todavía no lo ven, era esto. Yo estaba asumiendo que si la mente humana acepta una vez una cosa como verdadera, automáticamente la sigue considerando verdadera, hasta que tiene una razón válida de reconsiderarlo. Lo que estaba era asumiendo que la mente humana procede siempre guiada por la razón, pero no es así. Por ejemplo, mi razón, por buenas evidencias, está por completo convencida de que los anestésicos no nos ahogan y que los cirujanos expertos no empiezan a operar sino hasta que estamos inconscientes. Pero esto no altera el hecho de que cuando se nos ha colocado sobre la mesa de operaciones y nos han puesto en el rostro esa horrible máscara, empieza a apoderarse de nosotros un pánico infantil. Nos damos a pensar que nos vamos a sofocar, y sentimos temor de que nos van a operar antes de que el anestésico obre por completo. En otras palabras, perdemos la fe en los anestésicos. No es la razón la que nos ha quitado la fe; por el contrario, nuestra fe se halla basada en la razón. Lo que ha hecho tal cosa es nuestra imaginación y nuestras emociones. La batalla es entre la fe y la razón por un lado y la emoción y la imaginación por el otro.

Cuando pensamos en ello vemos un gran número de casos en que así sucede. Un hombre sabe, con una evidencia per-

fectamente buena, que una bella muchacha que conoce es una mentirosa, que no puede guardar un secreto y que no se puede confiar en ella; pero cuando se encuentra con ella, su mente pierde la fe en lo que sabe y empieza a pensar que tal vez la cosa sea diferente esta vez y vuelve a proceder como un tonto y le dice todo lo que no debería decirle. Sus sentidos y emociones han destruido su fe en lo que realmente sabía que era verdad. O tomemos el caso de un muchacho que está aprendiendo a nadar. Su razón sabe perfectamente bien que un cuerpo humano carente de apoyo no necesariamente tiene que sumergirse en el agua: ha visto a docenas de personas que flotan y nadan. Pero el asunto es el de si él será capaz de seguir creyendo esto cuando el instructor lo suelte y lo deje sin apoyo en el agua, o si de repente dejará de creer y se llenará de miedo y se hundirá.

Y esto es lo que acontece justamente con respecto al cristianismo. No le pedimos a nadie que acepte el cristianismo si al razonar se da cuenta de que la evidencia está en contra del cristianismo. Ese no es el momento en el que entra la fe. Pero supongamos que la razón de un hombre le dice que la evidencia está a favor del cristianismo. Puedo decir lo que le va a pasar a ese hombre en las próximas semanas. Llegará un momento cuando reciba malas noticias, o se verá en dificultades, o estará viviendo en medio de gran número de personas que no creen, y enseguida surgirán todas sus emociones y llevarán a cabo una especie de bombardeo de sus creencias. O llegará un momento cuando deseará a una mujer, o querrá decir una mentira, o se sentirá complacido consigo mismo, o verá la oportunidad de ganar dinero en una forma que no es por completo justa. En momentos como estos le parecerá muy conveniente que el cristianismo no esté en la verdad. Y enseguida de nuevo sus inclinaciones y deseos lo bombardearán. No estoy hablando de momentos en que surgen nuevas razones en contra del cristianismo. Hablo de ocasiones en que el cristianismo se opone a la satisfacción de un capricho.

La fe, en el sentido en el cual estamos empleando aquí la

palabra, es el arte de aferrarse a lo que una vez aceptó nuestra razón, a pesar de nuestros estados de ánimo cambiantes. Porque los estados de ánimo cambiarán, cualquiera que sea la posición que la razón sostenga. Eso lo sé por experiencia. Ahora que soy cristiano tengo momentos en los cuales todo parece improbable; pero cuando militaba en el ateísmo tuve momentos en que el cristianismo me parecía terriblemente probable. De todas maneras la rebelión de nuestros estados de ánimo en contra de nuestro verdadero "yo" se producirá de todas maneras. Es por ello que la fe es una virtud tan necesaria: a menos que le digamos a nuestros estados de ánimo dónde deben marginarse, nunca podremos ser cristianos bien fundados y ni siquiera ateos bien fundados, sino criaturas vacilantes entre esto y aquello, con creencias dependiendo en el estado del tiempo y nuestra digestión. Por consiguiente se debe adquirir el hábito de la fe.

El primer paso es reconocer que nuestros estados de ánimo cambian. El paso siguiente es asegurarnos de que, si hemos aceptado el cristianismo, algunas de sus doctrinas principales estén en forma deliberada en nuestras mentes todos los días. Es por ello que la oración diaria, las lecturas de asuntos religiosos y el asistir a la iglesia son partes necesarias de la vida cristiana. Se nos ha de estar continuamente recordando las cosas en las cuales creemos. Ni esta creencia ni ninguna otra permanecen vivas en la mente en forma automática. Deben ser alimentadas. En efecto, si examinamos a cientos de personas que han perdido su fe en el cristianismo, ¿cuántas de ellas habrán llegado a esto después de haberlo razonado con argumentos sinceros? ¿No será que la mayoría simple y sencillamente se separan?

Y ahora hemos de considerar a la fe en el segundo y más elevado sentido. Esto es lo más difícil con lo que jamás me he enfrentado. Deseo abordar el tema regresando al tema de la humildad. Recordarás que dije que el primer paso hacia la humildad era reconocer que somos orgullosos. Ahora deseo añadir que el paso siguiente es hacer un intento serio de prac-

ticar las virtudes cristianas. Una semana no basta. Las cosas irán como una seda durante la primera semana. Probemos con seis semanas. Si al cabo de ese tiempo, hasta donde se puede ver, hemos fracasado por completo, o aun si hemos bajado a un punto más bajo que aquel en el cual empezamos, habremos descubierto algunas verdades en cuanto a nosotros mismos. Nadie se da cuenta de lo perverso que es hasta que intenta seriamente ser bueno. Existe la idea tonta de que las personas buenas no saben lo que es la tentación. Eso es una mentira. Sólo los que han tratado de resistir la tentación saben cuán fuerte es ella. Después de todo, combatiendo en la guerra fue que nos dimos cuenta de lo poderoso que era el ejército alemán, y no por entregarnos a él. Nos damos cuenta del vigor de un viento caminando en contra de él, no agachándonos. El hombre que cede a la tentación después de cinco minutos no sabe cómo hubiera sido después de una hora. Es por ello que, en un sentido, los malos es poco lo que saben de la maldad. Han mantenido sus vidas "protegidas" al ceder siempre a los impulsos del mal. Nunca sabremos la fortaleza del impulso malvado que haya dentro de nosotros hasta que tratemos de combatirlo; y Cristo, puesto que fue el único hombre que nunca cedió a la tentación, es también el único hombre que sabe por completo lo que significa la tentación. Es el único que puede ser completamente realista. Muy bien, entonces: lo más importante que aprendemos de un serio intento de practicar las virtudes cristianas es que fracasamos. Si existe la idea de que Dios ha puesto delante de nosotros una especie de examen, y que vamos a lograr buenas calificaciones porque las merecemos, debe ser descartada. Si la idea es que existe una especie de transacción en la que podemos cumplir la parte que nos obliga en un contrato, con lo que Dios se verá en deuda y tendrá, como asunto de mera justicia, que cumplir su compromiso, tal idea debe ser descartada.

Creo que, hasta que nos hacemos cristianos, todos los que tenemos una cierta vaga creencia en Dios tenemos en mente la idea de un examen o de una especie de transacción comercial. El primer resultado del cristianismo verdadero es que tal idea salta hecha pedazos. Cuando ven que esto sucede, algunos piensan que significa que el cristianismo es un fracaso y se dan por vencidos. Parece que se imaginan que Dios es un simplón. Por supuesto que Dios está enterado de esto. Uno de los propósitos del cristianismo fue hacer volar en pedazos esta idea. Dios ha estado a la espera del momento en el cual descubramos que la cosa no es ganar buenas calificaciones en un examen ni hacer que Dios se convierta en deudor nuestro.

Y viene entonces otro descubrimiento. Todas las facultades que poseemos: el poder de pensar o mover nuestras extremidades en un momento dado, son cosas que nos han sido dadas por Dios. Si dedicáramos cada momento de nuestra vida exclusivamente a su servicio, no podríamos darle nada que ya, en un sentido, no fuera suyo. Así que, cuando hablo de que alguien está haciendo algo por Dios o está dándole algo a Dios, les diré lo que en realidad está pasando. Es como un niñito que va con su padre, y le dice: "Papacito, dame dinero para comprarte el regalo de cumpleaños". Por supuesto que el padre se lo da y se complace con el regalo del niño. Esto es muy bueno y muy apropiado; pero sólo un idiota pensaría que el padre le debe al niño el dinero que le dio para el regalo. Cuando el hombre llega a estos dos descubrimientos es cuando realmente Dios empieza a actuar. Es después de esto cuando comienza la vida verdadera. El hombre ya ha despertado. Podemos hablar ahora de la fe en el segundo sentido.

12. La fe

Desearía empezar diciendo algo que me gustaría que todos comprendieran. Si este capítulo no significa nada para ti, si parece que trata de dar contestaciones a preguntas que nunca has formulado, descártalo enseguida. No te molestes leyéndo-

lo. Existen ciertas cosas en el cristianismo que pueden ser entendidas desde afuera, antes de ser uno cristiano. Pero existe gran número de otras que no pueden ser entendidas sino una vez que se haya marchado un cierto trecho a lo largo del camino cristiano. Estas son cosas puramente prácticas aunque no parece que lo fueran. Son direcciones que tienen que ver con ciertas encrucijadas y ciertas dificultades que se presentan en el camino, y nadie las entiende hasta que no llega a tales lugares. Cuando halles alguna declaración en los escritos cristianos que no entiendas, no te preocupes. Déjala a un lado. Día vendrá, tal vez años más tarde, cuando de repente verás lo que significa. Si la pudieras entender ahora, quizás no haría otra cosa que causarte daño.

Por supuesto que esto se aplica a mí tanto como a cualquier otro. Tal vez lo que trato de explicar en este capítulo sea algo que está muy por encima de mi propia capacidad. Tal vez piense que he acertado, cuando en realidad no ha sido así. Lo único que puedo es pedir que los cristianos con buenos conocimientos me observen muy de cerca y me digan en qué me he equivocado; y a otros les he de pedir que lo que digo lo tomen como un granito de sal, como algo que se les ofrece, porque puede serles de ayuda, y no porque esté seguro de estar en lo cierto.

Estoy tratando de hablar en cuanto a la fe en el segundo sentido, en el sentido más elevado del vocablo. Antes he dicho que la cuestión de la fe en este sentido surge una vez que el hombre ha tratado lo mejor que puede de poner en práctica las virtudes cristianas, y ha visto su intento fracasado, y que aun logrando cumplir con tales virtudes, sólo está devolviendo a Dios lo que ya era de Dios. En otras palabras, descubre qe se halla en bancarrota. Una vez más, lo que a Dios le interesa no son precisamente nuestras acciones. Lo que le interesa es que seamos criaturas de una cierta calidad, la clase de criaturas que El intentó que fuéramos: criaturas relacionadas con El en una cierta manera. Y no añado "relacionadas las unas con las otras en una cierta manera", porque

ello queda incluido: si estamos a bien con Dios, inevitablemente lo estaremos con nuestros prójimos, tal como lo están entre sí los radios de una rueda que convergen hacia su centro y se hallan en relación apropiada unos con otros. Mientras se esté pensando que Dios es un examinador que ha dado ciertas tareas para hacer, o la contraparte en una especie de contrato; mientras se piense en cláusulas y contracláusulas entre Dios y el hombre, uno no se halla todavía en buenas relaciones con Dios. No se puede entrar en una apropiada relación con El sino hasta que hayamos descubierto la realidad de nuestra bancarrota.

Cuando digo "descubrir", quiero decir descubrir de veras, no sólo repetir algo como papagayos. Por supuesto que un niño, si ha recibido una cierta clase de educación religiosa, pronto aprenderá a decir que nada podemos ofrecer a Dios que no sea de El, y que ni siquiera se lo ofrecemos sin retener algo. Mas estoy hablando de descubrir esto, de comprobar en la práctica que es cierto.

En este sentido, no podremos descubrir que hemos fracasado en el cumplimiento de las leyes de Dios, sino hasta cuando hayamos tratado de cumplirlas con nuestro máximo esfuerzo y hayamos visto nuestro fracaso. A menos de que así procedamos, digamos lo que digamos, siempre quedará agazapada en nuestras mentes la idea de que si ponemos mayor empeño la próxima vez lograremos ser completamente buenos. Así que, en este sentido, el camino de regreso hacia Dios es un camino de esfuerzo moral, de tratar de hacer las cosas con mayor empeño. Pero en otro sentido, no es nuestro esfuerzo lo que nos lleva a la meta. Todo nuestro esfuerzo nos lleva al momento vital cuando nos volvemos hacia Dios y le decimos: "Tú tienes que hacerlo; yo no puedo". Te ruego que no empieces a preguntarte: "¿He llegado a tal momento?" No te sientes a observar tu mente para ver si tal momento está para llegar. Esto pone al individuo en una pista muy equivocada. Cuando lo de mayor importancia sucede en nuestras vidas, en el momento en que sucede con mucha fre-

cuencia no lo sabemos. Un hombre no se está diciendo siempre a sí mismo: " ¡Caramba! Estoy creciendo". Es sólo cuando mira hacia atrás que se da cuenta de lo que ha pasado y lo reconoce como lo que la gente llama "crecer". Y esto lo podemos ver aun en cosas que pasan diariamente. Si uno se pone a observarse ansiosamente para ver si ve que va a dormir, lo más probable es que permanezca completamente despierto. De igual manera, de lo que estamos hablando ahora puede ser que no le suceda a cada uno como un relámpago repentino, tal como sí les sucedió a San Pablo y a Bunyan; puede haber ocurrido en una forma tan gradual que no se pueda señalar una hora particular o ni siquiera un año particular. Y lo que importa es la naturaleza del cambio en sí, no lo que sentimos cuando está teniendo lugar. Se trata del cambio de tener confianza en los esfuerzos propios a desistir y dejarlo en las manos de Dios.

Sé que esto de "dejarlo en las manos de Dios" puede ser mal entendido; pero por el momento así debe quedar. El sentido en que un cristiano lo deja todo en las manos de Dios es que pone toda su confianza en Cristo: confía en que en alguna manera Cristo le hará partícipe de la perfecta obediencia humana que El manifestó desde su nacimiento hasta su crucifixión, que Cristo hará que el hombre sea más semejante a El mismo y, en este sentido, transformará sus deficiencias en cosa buena. En el lenguaje cristiano, nos hará partícipe de "su condición de Hijo", y nos hará, como El, "hijos de Dios". En el libro IV intentaré analizar un poco más a fondo el sentido de estas palabras. Si así lo prefieres decir, Cristo ofrece algo de balde; y aun lo ofrece todo a cambio de nada. En un sentido, la vida cristiana en sí consiste en aceptar esta oferta admirable. Pero la dificultad está en llegar al punto de reconocer que todo lo que hemos hecho y todo lo que podemos hacer no tiene valor. Lo que nos habría gustado es que Dios hubiera tenido en cuenta nuestros buenos logros y no echara de ver nuestros fracasos. De nuevo, y en un sentido, podemos decir que ninguna tentación se vence nunca sino

hasta que dejamos de tratar de vencerla, hasta que "arrojamos la toalla". Pero aun así, no podemos "dejar de intentarlo" en la forma apropiada y por la razón apropiada sino hasta cuando hayamos hecho nuestro mejor esfuerzo. Y, todavía en otro sentido, ponerlo todo en las manos de Cristo no significa, por supuesto, que "dejemos de intentarlo". Confiar en El, claro está, significa tratar de hacer lo que El nos dice. No tendría sentido decir que confiamos en una persona si no tomamos en serio lo que nos aconseja. Entonces, si de veras nos hemos puesto en las manos de Cristo, lo lógico es que tratemos de obedecerlo. Pero intentarlo en una nueva forma, con menos preocupación. No hacer estas cosas para lograr ser salvos, sino porque El ya ha empezado a salvarnos. No esperar llegar al Cielo como recompensa por nuestras acciones, sino inevitablemente querer actuar en una cierta forma porque ya tenemos dentro de nosotros la primera ojeada del Cielo.

A menudo los cristianos se han dado a disputar en cuanto a si lo que lleva al hogar cristiano son las buenas obras o la fe en Cristo. En realidad, no tengo derecho a hablar de un asunto tan difícil, pero me parece que esto es lo mismo que preguntar cuál de las dos hojas de unas tijeras es la de mayor importancia. Un serio esfuerzo moral es lo único que nos trae hasta el punto donde "arrojamos la toalla". En tal punto, la fe en Cristo es la única cosa que nos salva de la desesperación; y de tal fe en El deben inevitablemente proceder las buenas obras. Existen dos parodias de la verdad que, en el pasado, un tipo de cristiano ha acusado a otros cristianos de creer. Tal vez nos ayuden a entender mejor lo que es la verdad. A unos se les ha acusado de decir: "las buenas obras son las que importan. La mejor obra es la caridad. La mejor caridad es la de dar dinero. A quien mejor podemos dar dinero es a la iglesia. Así que démosle una cantidad substancial y todo quedará arreglado". Por supuesto que la respuesta a tal insensatez sería que las buenas obras hechas por tal motivo, hechas con la idea de que el cielo puede ser comprado, no son

buenas obras, sino especulaciones comerciales. Otro sector de los cristianos fue acusado de decir: "La fe es todo lo que importa. Por consiguiente, si tienes fe, no importa lo que hagas. Peca, mi querido amigo; diviértete, que al fin encontrarás que esto no le importa para nada a Cristo". La respuesta a esta otra insensatez es que, si lo que llamamos "fe" en Cristo quiere decir no tomar en la más mínima cuenta lo que El dice, tal cosa no es fe en manera alguna. No es fe ni confianza en El, sino apenas una aceptación intelectual de alguna teoría en cuanto a El.

La Biblia en realidad parece que determina de una vez por todas este asunto cuando pone las dos cosas en una sola frase admirable. La primera parte de tal frase es: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor", lo que hace que parezca como si todo dependiera de nosotros y de nuestras buenas acciones; pero en la segunda parte dice: "Porque Dios es el que produce en vosotros", lo cual hace aparecer como si Dios lo hiciera todo y nosotros nada. Parece que es con esto con lo que tropezamos en el cristianismo. Nos deja admirados, pero no sorprendidos. Como ves, estamos tratando de entender, y de separar en dos compartimientos muy definidos, lo que hace Dios y lo que el hombre hace, cuando lo cierto es que Dios y el hombre trabajan unidos. Y, claro, empezamos a pensar que se trata de la obra de dos hombres, y se pudiera decir: "Este hombre hizo una parte y aquel otro hizo la otra parte". Pero esta manera de pensar se deshace. Dios no es así. El está tanto dentro de nosotros como fuera de nosotros, y aun si llegáramos a entender lo que cada uno hizo, no creo que el lenguaje humano lo podría expresar con toda propiedad. En el intento de expresarlo es en donde las iglesias han dicho cosas diferentes. Pero hallaremos que aun aquellos que insisten muy vigorosamente en la importancia de las buenas obras nos dicen que se necesita de la fe; y quienes insisten muy vigorosamente en la fe, nos dicen que hagamos buenas obras. De todas maneras, es hasta aquí donde podemos llegar.

Creo que todos los cristianos estarán de acuerdo conmigo si digo que, aun cuando el cristianismo a primera vista parece tener que ver sólo con moralidad, con deberes y reglas y culpa y virtud, sin embargo nos conduce, fuera de todo esto, a algo que se encuentra más allá.

Se puede tener una leve noción de un país donde no se habla de estas cosas, excepto quizás como una especie de chiste. Todos allí se hallan tan plenos de lo que llamaríamos bondad como un espejo se halla lleno de luz. Pero ellos no llaman a esto bondad. No lo llaman de ninguna forma. No piensan en ello. Se hallan demasiado ocupados mirando la fuente de donde proviene todo. Pero así hemos llegado al punto donde el camino bordea a lo que es nuestro mundo. No existe ojo humano que pueda ver más allá de tal punto; son muchos los que tienen ojos más aguzados que los míos.

LIBRO IV

Más allá de la personalidad: o los primeros pasos en la doctrina de la Trinidad

1. El hacer y el engendrar

Todos me han aconsejado que no diga lo que voy a decir en este último libro. Todos dicen: "El lector común no está interesado en la teología; háblales en cuanto a lo que es la sencilla religión práctica". Pero no he seguido su consejo. No pienso que el lector común sea tan falto de buen sentido. Teología significa "la ciencia de Dios", y creo que a cualquier hombre que desea pensar en Dios le gustaría tener las ideas más claras y precisas que en cuanto a El se tengan. No somos niños; ¿qué razón existe, entonces, para tratarnos como si lo fuéramos?

En cierta forma entiendo muy bien por qué ciertas personas le hacen ascos a la teología. Recuerdo que una vez cuando estaba dando una conferencia a personas alistadas en la fuerza aérea de la Gran Bretaña, un viejo y algo amargado oficial se levantó y dijo:

–No me interesa en lo más mínimo este asunto. Pero yo soy lo que podría llamarse un hombre religioso. Sé que existe un Dios. Lo he sentido cuando me he visto solitario en el desierto en medio de la noche: el tremendo misterio. Y por ello no creo en sus dogmitas y formulitas en cuanto a El. A todo aquel que se ha enfrentado a Dios de verdad todas estas cosas le parecen insignificantes, pedantes e irreales.

En un cierto sentido estoy de acuerdo con ese oficial. Pienso que en el desierto él tuvo una experiencia real con Dios. Y cuando pasó de la experiencia a los credos cristianos,

creo que estaba pasando de una cosa real a otra menos real. De igual manera, si alguien se halla contemplando el Atlántico desde la playa y luego pasa a mirar un mapa del Atlántico, también estará pasando de algo que es real a otra cosa que es menos real; está pasando de olas de verdad a un trozo de papel coloreado. Pero aquí llegamos al punto. Se sabe que el mapa es eso: un trozo de papel coloreado, pero hay dos cosas que se deben recordar en cuanto a él. En primer lugar, se basa en lo que cientos y miles de personas han hallado al navegar por el Atlántico. En ese sentido tiene tras sí multitud de experiencias que son tan reales como la que obtenemos al mirarlo desde la playa, con esta diferencia: que la experiencia nuestra es un solo vistazo a lo verdadero, al paso que el mapa fija en forma conjunta multitud de otras experiencias. En segundo lugar, si se desea ir a alguna parte, el mapa se hace indispensable. Mientras nos contentamos con pasear sobre la playa, contemplarlo tiene mayor atractivo que contemplar un mapa. Pero el mapa es más útil si se desea pasar de un continente a otro.

La teología se asemeja a un mapa. El mero pensar y aprender en cuanto a las doctrinas cristianas es menos real y menos emocionante, si es que no se pasa de ello, que la experiencia de mi amigo en el desierto. Las doctrinas no son Dios: son sólo una especie de mapa. Pero tal mapa se halla basado en la experiencia de personas que realmente estuvieron en contacto con Dios, experiencias comparadas con las cuales las emociones o sentimientos piadosos que podamos tener de nuestra parte son muy elementales y confusos. Y en segundo lugar, si se desea avanzar, es necesario utilizar el mapa. Lo que a aquel hombre le sucedió en el desierto puede que haya sido real, y ciertamente que fue emocionante, pero nada resultó de esto. A ninguna parte lleva. Nada hay que se pueda hacer con ello. En efecto, es por ello que una religión vaga, que se limite a sentir a Dios en la naturaleza y cosas por el estilo, es tan atractiva. Es todo sentimiento pero sin logros, como contemplar las olas desde la orilla del mar. Pero no se llega, digamos, al puerto de Newfounland con el mero estudio del mar que se haga en esta forma. Y no se llegará a la vida eterna buscando la presencia de Dios en las flores o en la música. Y tampoco se va a ninguna parte contemplando los mapas sin penetrar en el mar. Ni se estará muy seguro si se penetra en el mar sin un mapa.

En otras palabras, la teología es algo práctico, especialmente en nuestra época. En el pasado, cuando había menos educación y menos discusión, tal vez era posible arreglárselas con unas cuantas ideas sencillas en cuanto a Dios. Pero en nuestros días ese no es el caso. Todo el mundo lee, todo el mundo oye los debates. Por consiguiente, el que no se le ponga atención a la teología no quiere decir que no se tenga idea alguna en cuanto a Dios; quiere decir que se tiene un gran número de ideas equivocadas: ideas malas, mutiladas y obsoletas. Porque gran número de las ideas que en cuanto a Dios se hallan en voga en nuestra época son simplemente las que los verdaderos teólogos estudiaron hace ya siglos y las descartaron. Creer en la religión popular que, por ejemplo, impera en la Inglaterra de nuestros días es un retroceso: es como creer que la tierra es plana.

Porque pensándolo bien, ¿no es la idea popular en cuanto al cristianismo que Jesucristo fue un gran maestro humano, y que si tomamos sus enseñanzas y sus consejos podremos estar en condiciones de establecer un mejor orden social y evitar otra guerra? Y esto es muy cierto. Pero con ello se está expresando mucho menos de lo que es la verdad total del cristianismo y no tiene en manera alguna importancia práctica.

Es muy cierto que si siguiéramos el consejo de Cristo pronto nos veríamos viviendo en un mundo más feliz. Pero para esto no se necesita ir tan lejos como hasta Cristo. Si hiciéramos todo lo que Platón, Aristóteles, Confucio no han dicho, estaríamos mucho mejor de lo que estamos. ¿Entonces, qué? Nunca hemos seguido el consejo de los grandes maestros. ¿Por qué habríamos de empezar a hacerlo ahora? ¿Por qué es más probable que sigamos a Cristo que a otro?

¿Por qué es el mejor maestro de moral? Pero eso hace aún menos probable que lo sigamos. Si no podemos tomar las lecciones elementales, ¿qué probabilidad hay de que aprendamos las más avanzadas? Si el cristianismo no es más que unos cuantos buenos consejos más, el cristianismo carece de importancia. No ha habido falta de buenos consejos durante los últimos cuatro mil años. Y unos cuantos consejos más no van a cambiar el cuadro de nuestra situación actual.

Pero tan pronto como echamos una mirada a los escritos del cristianismo verdadero hallamos que hablan de cosas muy diferentes a lo que es la religión popular. Dicen que Cristo es el Hijo de Dios (signifique lo que signifique). Dicen que los que ponen su confianza en El también pueden llegar a ser hijos de Dios (signifique lo que signifique). Dicen que la muerte de Cristo nos salvó de nuestros pecados (signifique lo que signifique).

No es una queja valedera decir que estas declaraciones son difíciles. El cristianismo asegura que nos está hablando de otro mundo, de cosas que están más allá del mundo que podemos tocar, oír y ver. Se puede pensar que eso es falso; pero si fuera verdad, lo que nos dice tiene que ser difícil, o al menos tan difícil como lo es la física moderna, y por la misma razón.

El punto con el cual el cristianismo nos produce la mayor sorpresa es la declaración de que por unirnos a Cristo podemos "ser hechos hijos de Dios". Se pregunta: "¿Es que no somos ya hijos de Dios? ¿No es cierto que la paternidad de Dios es uno de los principales conceptos del cristianismo?" Bien, en un sentido, no hay duda alguna de que ya somos hijos de Dios, o sea, que Dios nos ha dado la existencia y que nos ama y que nos cuida, y en esta forma procede como un padre. Pero cuando la Biblia nos habla de "ser hechos" hijos de Dios, ciertamente su significado tiene que ser algo diferente al que hemos anotado. Y esto nos trae al centro mismo de la teología.

Uno de los credos nos dice que Cristo es el Hijo de Dios "unigénito, no creado"; y añade: "destinado desde antes de la fundación del mundo". Que quede bien en claro que esto nada tiene que ver con el hecho de que cuando Cristo nació como hombre sobre la tierra, tal hombre fue el hijo de una virgen. Ahora no estamos hablando en cuanto al Nacimiento Virginal de Jesucristo. Estamos hablando de algo que tuvo lugar antes de que empezara el tiempo. "Antes de los siglos" Cristo fue engendrado, no creado. ¿Qué significa esto?

Aunque no usemos mucho las palabras unigénito y engendrar, todo el mundo sabe lo que quieren decir. Engendrar es llegar a ser padre; crear es hacer. Y la diferencia es esta. Cuando engendramos, engendramos algo que tiene la misma naturaleza nuestra. Un hombre engendra seres humanos; un castor engendra castorcitos, y un ave empolla huevos que llegarán a ser pollitos. Pero cuando hacemos algo, hacemos algo diferente de nosotros: no tiene nuestra misma naturaleza. Un pájaro construye un nido, un castor levanta un dique y un hombre construye un transmisor o un receptor de ondas sonoras, o también puede hacer algo que se asemeje más a él: digamos, una estatua. Si es lo suficientemente hábil, puede hacer una estatua que en realidad sea muy semejante a un hombre; pero claro es que ésta no será un verdadero hombre; sólo tiene sus apariencias. No puede respirar ni pensar: no está viva.

Esto es lo primero que hay que clarificar. Lo que Dios engendra es Dios, así como lo que el hombre engendra es hombre. Lo que Dios crea no es Dios, así como lo que el hombre hace tampoco es hombre. Por eso los hombres no son hijos de Dios en el sentido que sí lo es Cristo. En cierta forma los hombres pueden parecerse a Dios, pero no son de la misma clase. Somos como estatuas o retratos de Dios.

Una estatua tiene configuración humana, pero carece de vida. En la misma forma, el hombre, en un sentido que más adelante explicaremos, tiene "la configuración" o semejanza con Dios, pero no tiene la clase de vida que Dios tiene. Todo lo que Dios ha hecho tiene alguna semejanza con El. El

espacio se le asemeja en su inmensidad: no que la grandeza del espacio sea de la misma clase de la grandeza de Dios, sino que es una especie de símbolo de ella, una traducción de ella a términos no espirituales. La materia se asemeja a Dios en que tiene energía; aunque por supuesto, de nuevo, la energía física es diferente a lo que es el poder de Dios. El mundo vegetal se le asemeja porque tiene vida, y El es "el Dios viviente". Pero la vida en el sentido biológico no es lo mismo que la vida que hay en Dios; es apenas un símbolo o una sombra de ella. Cuando llegamos a los animales, hallamos otras clases de semejanzas además de la vida biológica. La intensa actitivad y fertilidad de los insectos, por ejemplo, tiene un rastro de semejanza a las incesantes actividad y creatividad de Dios. En los mamíferos que ocupan los primeros puestos en la escala animal vemos los principios del instinto afectivo. No es el mismo tipo de amor que existe en Dios, pero se le asemeja, más bien en la forma en que un cuadro dibujado sobre un pedazo de papel no será nunca "igual" a un paisaje. Cuando llegamos al hombre, el más elevado entre los animales, tenemos la semejanza más completa a Dios de todo lo que conocemos. (Puede ser que en otros mundos existan criaturas que se asemejen más a Dios que el hombre, pero nada sabemos en cuanto a ellas). El hombre no sólo vive, sino que también ama y razona; la vida biológica alcanza en él su mayor nivel conocido.

Pero lo que el hombre en su estado natural no tiene es vida espiritual, la más elevada y diferente clase de vida que hay en Dios. Usamos la misma palabra al referirnos a ambas clases de vida; pero decir que ambas son lo mismo es como decir que "la grandeza" del espacio y "la grandeza" de Dios son la misma clase de grandeza. En realidad, la diferencia entre la vida biológica y la vida espiritual es tan importante, que les vamos a dar dos nombres distintos. La vida biológica, que nos viene por la naturaleza y que, como cualquiera otra cosa en la naturaleza, siempre tiende a deteriorarse de tal suerte que sólo se puede conservar por medio de incesantes subsidios de la naturaleza en la forma de aire, agua, alimentos, etc., es *la Bíos*. La vida espiritual que está en Dios desde toda la eternidad, y que hizo todo el universo natural, es *la Zoé*. *Bíos* tiene, con toda seguridad, una cierta sombra de semejanza con *Zoé*; pero sólo la clase de semejanza que existe entre una fotografía y un lugar, o entre una estatua y un hombre. El hombre que cambie de tener *Bíos* a tener Zoé, sufrirá un cambio tan grande como el de una estatua que se transforme de piedra labrada en hombre de verdad.

Y esto es precisamente la substancia del cristianismo. Este mundo es el taller de un gran escultor. Nosotros somos las estatuas y se corre el rumor por todo el taller de que algunos de nosotros vamos a llegar algún día a la vida.

2. El Dios tripersonal

En el último capítulo hablé en cuanto a la diferencia que existe entre engendrar y hacer. Un hombre engendra un hijo, pero sólo hace una estatua. Dios engendra a Cristo, pero sólo hace hombres. Con esto he ilustrado sólo un punto en cuanto a Dios, o sea que lo que Dios el padre engendra es Dios, algo de la misma clase que El mismo. En tal sentido es como un padre humano que engendra un hijo humano. Pero no enteramente como esto. Así que hemos de tratar de explicar el asunto un poco más.

Son muchas las personas que dicen: "Creo en Dios, pero no en un Dios personal". Sienten que el misterioso algo que se halla más allá de las otras cosas debe ser más que una persona. Y con esto los cristianos están muy de acuerdo. Pero los cristianos son los únicos que ofrecen alguna idea de lo que un ser que está más allá de la personalidad puede ser. Todos los demás, aunque dicen que Dios se halla más allá de la personalidad, realmente lo tienen como algo impersonal, o sea, como

algo que es menos que personal. Si estamos buscando algo superpersonal, algo que sea más que una persona, entonces no es asunto de escoger entre el concepto cristiano y otros conceptos. El concepto cristiano es el único en el mercado.

Aun así, ciertas personas piensan que después de esta vida, o tal vez después de varias vidas, las almas humanas serán "absorbidas" en Dios. Pero cuando tratan de explicarse, dan a entender que piensan que nuestro ser es absorbido por Dios como una cosa material es absorbida por otra. Dicen que es como una gota de agua que cae en el mar. Por supuesto que ahí acaba la gota. Si esto es lo que nos sucede, el ser absorbido es lo mismo que dejar de existir. Sólo los cristianos tienen una idea de cómo las almas humnas pueden ser introducidas en la vida de Dios y seguir siendo ellas mismas; en efecto, mucho más ellas mismas que lo que antes lo fueron.

Les dije que la teología es algo práctico. Todo el propósito por el cual nosotros existimos es para ser así injertados en la vida de Dios. Ideas erróneas en cuanto a lo que es la vida hacen que esto sea más difícil de entender. Y ahora por unos cuantos minutos les he de pedir que me sigan muy cuidadosamente.

Sabemos que en el espacio nos podemos mover en tres maneras: a la derecha y a la izquierda, hacia adelante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo. Cada dirección es o una de estas tres o un término medio entre ellas. Se las llama las tres dimensiones. Notemos esto: si estamos usando una sola dimensión, sólo podremos dibujar una línea recta. Si usamos dos de ellas podremos dibujar una figura, digamos un rectángulo. Y un rectángulo se compone de cuatro líneas rectas. Y ahora un paso más. Si tenemos tres dimensiones, entonces podemos construir lo que llamamos un cuerpo sólido, digamos, un cubo, una cosa como un dado o un terrón de azúcar. Y un cubo se compone de seis caras cuadradas.

¿Te das cuenta ya? Un mundo de una sola dimensión sería una línea recta. En un mundo bidimensional, todavía tendríamos líneas rectas, pero muchas líneas componen una figura. En un mundo tridimensional todavía tenemos figuras pero muchas figuras vienen a formar un cuerpo sólido. En otras palabras, al avanzar a niveles más complicados no se dejan las cosas que dejamos en los niveles más sencillos; todavía los tenemos, pero combinados en nuevas formas; en formas que no podríamos imaginarnos si sólo conociéramos los niveles más sencillos.

Lo que el cristiano dice en cuanto a Dios se ciñe justamente al mismo principio. El nivel humano es un nivel sencillo y un poco vacío. En el nivel humano una persona es un ser, y dos personas son dos seres separados, tal como en dos dimensiones (digamos en una hoja de papel) un cuadrado es una figura y dos cuadrados son dos figuras separadas. En el nivel divino todavía hallamos personalidades, pero allí las hallamos combinadas en nuevas formas que nosotros, que no vivimos en tal nivel no podemos imaginar. En la dimensión de Dios, por decirlo así, hallamos un ser que es tres personas al paso que permanece siendo un solo ser, tal como un cubo tiene seis cuadrados y permanece siendo un cubo. Por supuesto que no podemos concebir completamente un ser como éste, y lo mismo ocurriría si hubiéramos sido hechos para percibir sólo dos dimensiones en el espacio: nunca podríamos imaginarnos apropiadamente lo que es un cubo. Pero podríamos concebir una idea leve. Entonces, por primera vez en nuestras vidas, concebimos una idea positiva, así sea leve, de algo superpersonal, de algo que es más que una persona. Es algo que nunca podríamos habermos imaginado y que, sin embargo, una vez que se nos ha hablado de ello, uno siente como si podríamos haber sido capaces de imaginárnoslo, pues encaja con todas las cosas que ya conocemos.

Pero puede ser que alguien pregunte: "Si no podemos imaginarnos un ser tripersonal, ¿qué provecho se saca de hablar de El?" Bueno, ninguno. Pero lo que importa es ser arrastrado hacia esa vida tripersonal, y eso puede empezar en cualquier momento, esta misma noche, si así lo queremos.

Lo que quiero decir es esto. Un común y sencillo cristiano

se pone de rodillas para decir sus oraciones. Está tratando de entrar en contacto con Dios. Pero si él es cristiano sabe que lo que lo mueve a orar es también Dios: Dios que, por decirlo así, mora en su interior. Pero también sabe que todo su conocimiento real en cuanto a Dios le viene por medio de Cristo, el Hombre que era Dios. Sabe que Cristo está a su lado, ayudándole a orar, orando por él. Ves lo que está sucediendo. A Dios es a lo que le está orando, y Dios es la meta que está tratando de alcanzar. Dios es también lo que está dentro de él y lo empuja; es el poder motivador. Dios es también el camino o puente a lo largo del cual es empujado para alcanzar la meta. Así que toda la vida triple del ser tripersonal está manifestándose allí en esa pequeña alcoba donde un hombre sencillo está formulando sus oraciones. El hombre está siendo capturado en la clase de vida más elevada, la que llamamos *Zoé* o vida espiritual; está siendo llevado por Dios a penetrar en Dios, mientras sigue siendo él mismo.

Y es así como empezó la teología. La gente ya sabía de Dios en una forma vaga. Entonces viene un hombre que dice ser Dios; y sin embargo es una clase de hombre que no podemos descartar como a un lunático. Hace que la gente crea en El. Vuelve a encontrarse con ellas después de que lo mataron. Y luego, después de que tales personas formaron una pequeña sociedad o comunidad, hallaron que en cierta forma Dios también moraba en ellos, que los dirigía y que los capacitaba para llevar a cabo cosas que antes no habrían podido hacer. Y cuando trataron de explicárselo, hallaron que habían llegado a la definición cristiana del Dios tripersonal.

Esta definición no es algo que los hombres hayan elaborado; en un sentido, la teología es conocimiento experimental. Las religiones simplistas son las que han elaborado sus teologías. Cuando digo que la teología es ciencia experimental "en un sentido", lo que quiero decir es que ella es como las otras ciencias experimentales en algunas cosas, pero no en todas. Si es un geólogo que estudia las rocas, tiene que salir y encontrar rocas. Ellas no vienen a él, y si las busca, no pueden huir. La iniciativa se halla del todo de parte del geólogo. Las rocas no pueden ni ayudarle ni estorbarle. Pero supongamos que se trata de un zoólogo que desea tomar fotografías de animales salvajes en su propio ambiente. Esto ya es un poco diferente al estudio de las rocas. Los animales no llegarán hasta el zoólogo, pero sí pueden huir de él; y a menos que permanezca por completo inmóvil, esto harán. Hay en ellos unos pequeños rasgos de iniciativa incipiente.

Y ahora veamos esto en un nivel más elevado. Digamos que se desea llegar a conocer a una persona humana. Si ella no permite que se la conozca, nunca se la llegará a conocer. Se tiene que ganar su confianza. En este caso la iniciativa está dividida por partes iguales, ya que se necesitan dos personas para llegar a formar una amistad.

Cuando se trata de conocer a Dios, la iniciativa está de parte de El. Si El no se manifiesta por sí mismo, nada que hagamos nos capacitará para conocerlo. Y, en efecto, El se manifiesta a algunos hombres mucho más de lo que se manifiesta a otros; esto, no porque El tenga favoritos, sino porque le es imposible manifestarse a un hombre cuya mente y carácter se hallan del todo en condición inapropiada. Es como un rayo de sol que, aunque no tiene favoritos, no puede reflejarse en un espejo sucio como lo hace en uno limpio.

Se puede poner esto en otra forma al decir que, al paso que otras ciencias usan como instrumentos cosas externas, ajenas a la naturaleza del investigador científico (tales como los microscopios y los telescopios), el instrumento por el cual un hombre puede ver a Dios es el hombre mismo. Y si el "yo" íntimo del hombre no se mantiene limpio y brillante, la visión que tenga de Dios será borrosa; como cuando se ve la luna a través de un telescopio sucio.

Dios puede manifestarse tal como realmente es sólo a hombres verdaderos. Y esto no quiere decir simplemente hombres que individualmente sean buenos, sino hombres que se hallen unidos en un cuerpo, que se amen unos a otros, que se ayu-

den unos a otros, que manifiesten a Dios unos a otros. Porque esto es lo que Dios desea que sea la humanidad: como los jugadores de un equipo o los órganos de un cuerpo.

En consecuencia, el único instrumento adecuado realmente para aprender en cuanto a Dios es la comunidad cristiana como un todo, que unida lo espera. La fraternidad cristiana es, por decirlo así, el equipo técnico de esta ciencia; el equipo de laboratorio. Es por ello que toda esa gente que año con año salen con una patente de religión simplificada de su propia invención está perdiendo su tiempo. Les sucede como al hombre que, sin instrumento alguno fuera de unos binóculos viejos de campaña, quiera superar a los astrónomos que en realidad lo son. Puede que sea un tipo muy sagaz; que sea más sagaz aun que los verdaderos astrónomos; pero no se está dando a sí mismo oportunidad alguna. Años más tarde todos lo habrán olvidado, pero la ciencia verdadera continúa su derrotero.

Si el cristianismo fuera algo que nosotros mismos estuviéramos formando, por supuesto que podríamos hacerlo más fácil. Pero no es así. En cuanto a sencillez, no podemos competir con gente que está inventando religiones. ¿Cómo podríamos hacerlo? Estamos frente a hechos concretos. Claro está que cualquiera puede formular algo que sea sencillo si no tiene delante de sí hechos que le preocupen.

3. El tiempo y más allá del tiempo

Es una idea casi infantil la de que al leer un libro no se puedan saltar páginas. Todas las personas sensatas lo hacen con toda libertad cuando llegan a un capítulo que consideran que no les ayuda en nada. En el presente capítulo voy a hablar de algo que puede ser de ayuda para algunos lectores, pero que a otros les parecerá una complicación innecesaria.

A los que así piensen, les aconsejo que no se preocupen para nada de este capítulo y que pasen de inmediato al siguiente.

En el último capítulo he tocado el tema de la oración, y mientras se halla fresco en nuestras mentes, me gustaría enfrentarme con una dificultad que algunos hallan en cuanto al concepto total de la oración. Alguien me apuntó tal dificultad diciéndome: "Sí creo en Dios, pero lo que no me puedo tragar es la idea de que El esté atendiendo a varios cientos de millones de seres humanos que se están dirigiendo a El todos al mismo tiempo". Y he hallado que son muchos los que así lo sienten.

La primera cosa que se echa de ver es que lo que más perturba en el asunto es esto de *al mismo tiempo*. La mayoría de nosotros puede concebir que Dios pueda atender a cualquier número de solicitantes si ellos vienen uno por uno y que tenga tiempo ilimitado para proceder en esta forma. Lo que realmente perturba es que Dios pueda atender a tantas cosas a un mismo tiempo.

Claro que eso es lo que sucede con nosotros. La vida nos viene momento a momento. Un momento desaparece antes de que el otro llegue; y hay muy poco espacio en cada uno de estos momentos. Así es el tiempo. Y claro está que todos nosotros damos por sentado que estas series del tiempo, esta relación de pasado, presente y futuro, no es simplemente la forma en la cual nos viene la vida, sino la forma en la que existen todas las cosas. Tendemos a suponer que todo el universo, y Dios mismo, se están moviendo desde el pasado hacia el futuro tal como nosotros lo hacemos. Pero son muchos los sabios que no están de acuerdo con esto. Los teólogos fueron los primeros en pensar que algunas cosas se hallan completamente fuera del tiempo; luego los filósofos se apropiaron de la idea, y ahora algunos científicos están haciendo lo mismo.

Casi con toda certeza Dios no está en el tiempo. Su vida no consiste en momentos consecutivos. Si hay un millón de personas que se están dirigiendo a El en oración a las diez y

treinta de la noche, El no tiene necesidad de escucharlas en ese pequeñísimo instante que llamamos las diez y treinta. Las diez y treinta, y cualquier otro momento desde el principio del mundo, para Dios siempre es el presente. Si preferimos ponerlo así, El tiene toda la eternidad para escuchar la oración que en una fracción de segundos formule un piloto cuyo avión se estrella envuelto en llamas.

Sé bien que esto es difícil de ser entendido. Permítaseme dar un ejemplo de algo que no siendo lo mismo, se le parece un poco. Supongamos que estamos escribiendo una novela. Escribimos: "María dejó de hacer lo que estaba haciendo; al momento siguiente oyó que llamaban a la puerta". Para María, que vive en el tiempo imaginario de nuestro relato, no existe intervalo alguno entre el dejar de hacer lo que estaba haciendo y el oír los golpes en la puerta. Pero nosotros, que somos quienes hemos creado a María, no vivimos de ninguna manera en el tal tiempo imaginario. Entre escribir la primera parte de la frase y la segunda, bien pudimos haber gastado tres horas pensando fijamente en María. Bien podemos pensar en María como si ella fuera el único personaje en el libro, y pensar en ella todo el tiempo que deseemos; y el tiempo que pasamos haciendo tal cosa no aparece en forma alguna en el tiempo de María, el tiempo del relato.

Claro que ésta no es una ilustración perfecta, pero puede proporcionarnos un vislumbre de lo que creo que es la verdad. Dios no se ve acosado por la corriente del tiempo de este universo más de lo que cualquier autor se ve acosado por el tiempo imaginario que transcurre en su novela. El tiene atención infinita para concedérnosla a cada uno de nosotros. El no tiene que tratarnos "en masa". Cada uno de nosotros está tan solo con El como si fuéramos el único ser creado. Cuando Cristo murió, murió por ti en forma individual como si tú fueras el único hombre existente sobre la tierra.

Creo que mi ilustración falla en lo siguiente: en ella el autor se sale de una serie de tiempo, el de la novela, sólo para entrar en otra serie de tiempo, o sea el tiempo real. Pero creo

que Dios no vive de manera alguna en una serie de tiempo. Su vida no va pasando gota a gota como la nuestra. Para El, por decirlo así, todavía es 1920 y ya es 1980. Su vida es El mismo.

Si trazamos el tiempo como una línea recta en la cual hemos de viajar, podemos figurarnos a Dios como toda la página en la cual la línea se halla trazada. Venimos a las partes de la línea una por una; hemos de dejar atrás el punto A antes de llegar al punto B, y no se puede alcanzar el punto C antes de dejar atrás el punto B. Dios, desde arriba, desde los lados o de los alrededores, contiene toda la línea y la ve toda.

Vale la pena captar esta idea, porque ella remueve algunas de las aparentes dificultades en el cristianismo. Antes de llegar a ser cristiano una de mis principales objeciones era que el cristianismo enseña que el Dios eterno, que siempre ha existido y que mantiene el gobierno de todo el universo, una vez se hizo humano. Muy bien, entonces, decía: ¿Quién gobernaba el universo mientras Dios era niño y se hallaba durmiendo? ¿Cómo podía ser al mismo tiempo el Dios que conoce todas las cosas y el hombre que pregunta a sus discípulos: "¿Quién me ha tocado?" Se notará que la fuerza del argumento descansa en las palabras "*mientras* este Dios era niño", y "¿cómo podía ser *al mismo tiempo* el Dios?" En otras palabras, daba por sentado que la vida de Cristo como Dios se hallaba en el tiempo, y que su vida como el hombre Jesús en Palestina fue un corto período entresacado de aquel tiempo, tal como el período que pasé en el ejército fue un corto período entresacado de mi vida. Y es así, tal vez, como la mayoría de nosotros tiende a pensar en cuanto a esto. Nos imaginamos que Dios vivió un período en que su vida humana se hallaba todavía en el futuro; luego llegó un período en que se hallaba en el presente, para luego llegar a otro período en que podía ver todo esto como algo que tuvo lugar en el pasado. Pero probablemente tales ideas no concuerdan con la realidad de los hechos. No se puede acomodar la vida terrenal

de Cristo en Palestina en ninguna relación de tiempo con su vida como Dios más allá del tiempo y del espacio. Sugiero que es una verdad eterna en cuanto a Dios que la naturaleza humana, y la experiencia humana de debilidad, sueño e ignorancia, en alguna manera están incluidas en su naturaleza divina. Esta vida humana en Dios es, desde mi punto de vista, un período particular en la historia de nuestro mundo, desde el año del nacimiento de Cristo hasta su crucifixión. Por lo tanto, también nos imaginamos que es también un período en la historia de la propia existencia de Dios. Pero Dios no tiene historia. Es demasiado completo y demasiado real para tenerla. Porque, claro está, tener historia significa perder parte de nuestra realidad, porque ésta ya se ha deslizado en el pasado, y no tener aún otra parte, porque todavía se halla en el futuro. O sea que no tenemos más que una pequeña fracción del presente, la cual desaparece aun antes de que podamos hablar de ella. Dios no permita que pensemos en cuanto a El en esta forma. Quizás hasta quisiéramos no haber razonado en la forma en que lo hicimos.

Otra dificultad que se nos presenta si creemos que Dios se halla sometido al tiempo, es que quien cree en Dios cree muy ciertamente que El conoce todo lo que nosotros vamos a hacer en el día de mañana. Pero si El sabe lo que vamos a hacer, ¿cómo es que tenemos libertad de acción? Aquí, de nuevo, la dificultad se presenta porque pensamos que Dios, al igual que nosotros, avanza a lo largo de la línea del tiempo, y que la única diferencia es que El puede prever las cosas y nosotros no. Y si ello es cierto, si Dios previera nuestros actos, sería muy difícil entender cómo es posible tener libertad para no hacerlos. Pero supongamos que Dios esté por encima y por fuera del tiempo. En tal caso, lo que llamamos "el mañana" es visible para El en la misma forma que para nosotros lo es lo que llamamos "el hoy". Para Dios todos los días son "el ahora". El no recuerda nuestros hechos como si hubieran tenido lugar en el ayer; simplemente nos ve haciéndolos, porque aunque para nosotros el ayer es cosa del pasado, para Dios no lo es. El no "prevé" lo que vamos a hacer mañana; simplemente nos ve haciéndolo, porque aunque para nosotros el mañana no existe todavía, para Dios sí existe. Nunca suponemos que nuestras acciones en este momento sean menos libres porque Dios sepa lo que estamos haciendo. Dios conoce nuestras acciones del mañana en esta misma forma, porque El ya está en el mañana y simplemente nos está viendo. En un sentido, el no sabe lo que hacemos sino hasta que lo hayamos hecho; pero, a la vez, el momento en el cual llevamos a cabo nuestras acciones ya es "el ahora" para El.

Esta idea me ha ayudado sobremanera. Si contigo no pasa lo mismo, déjale de lado. Es "un concepto cristiano" en el sentido que cristianos de altura y de sabiduría lo han sostenido y que no hay nada en él que sea contrario al cristianismo. Pero no se halla ni en la Biblia ni en ninguno de los credos de las iglesias. Perfectamente se puede ser cristiano sin aceptarlo, o, por supuesto, sin pensar en él.

4. Una buena infección

He de empezar este capítulo pidiéndote que en tu mente te hagas un cuadro muy claro. Imagnínate dos libros en una mesa, uno encima del otro. Es obvio que el libro que está debajo le sirve de fundamento al que está encima. Es por causa del libro que está debajo que el de encima se halla, digamos, a cinco centímetros de la superficie de la mesa en lugar de estar en contacto directo con ella. Señalemos al que está debajo como el libro A y al de encima como libro B. La posición de A es causa de la posición de B. ¿Se entiende esto? Ahora imaginémonos —en realidad no puede suceder y se dice sólo en vía de ilustración— que ambos libros han estado en esa posición por siglos de siglos. En tal caso la

posición de B siempre ha sido el resultado de la posición de A; pero al mismo tiempo, la posición de A no habría podido existir antes de la posición de B. En otras palabras, el resultado no viene *antes* de la causa. Por supuesto, por lo general si es así: primero comemos los pepinos y después nos viene la indigestión. Pero no ocurre así con todas las causas y los resultados. En un momento veremos por qué pienso que esto es importante.

Páginas atrás dije que Dios es un Ser que contiene tres Personas al paso que permanece siendo un solo y único ser, tal como un cubo que tiene seis caras o lados cuadrados permanece siendo un cuerpo. Pero tan pronto como empezamos a tratar de explicar cómo es que estas tres Personas se hallan relacionadas, hemos de emplear palabras que dan la impresión de que una de las Personas existió antes que las otras. A la primera Persona la llamamos el Padre, y a la segunda, el Hijo. Decimos que la Primera engendró o produjo a la Segunda; y decimos *engendrar* y no *hacer*, porque lo que Dios produce tiene su misma naturaleza. En ese sentido la palabra Padre es la única apropiada. Pero desafortunadamente ella sugiere que el Padre existió primero, tal como un padre humano existe antes de que su hijo. Y esto no es así. En cuanto a Dios no hay antes ni hay después. Es por ello que he tratado de explicar en forma clara que puede haber una fuente, causa u origen de algo que no haya sido anterior a ese algo. El Hijo existe porque el Padre existe; pero nunca hubo un tiempo antes de que el Padre engendrara al Hijo.

Tal vez haya una mejor manera de concebir esto. Yo te pedí que te imaginaras aquellos dos libros, y probablemente lo hiciste. O sea, pusiste a funcionar la imaginación y como resultado te vino un cuadro mental. Muy obviamente el acto de imaginación fue la causa, y el resultado fue el cuadro mental. Pero esto no significa que primero nos imaginamos la cosa y como resultado vino la cosa misma. En el momento mismo en que nos lo imaginamos, el cuadro mental estaba allí. Tu voluntad mantenía el cuadro delante de tus ojos. Sin embargo, el acto de la voluntad y el cuadro empezaron exactamente al mismo momento y terminaron en el mismo momento. Si hubiera un Ser que siempre hubiera existido y siempre se hubiera imaginado una cosa, este acto siempre habría sido tan eterno como el acto.

En la misma forma hemos de pensar que el Hijo siempre, por decirlo así, está procediendo del Padre al igual que la luz de una lámpara, o el calor de un fuego, o los pensamientos de una mente. El es la expresión misma del Padre, o sea de lo que el Padre tiene para decir. Y nunca existió un tiempo cuando El no lo fuera. ¿Pero nos hemos dado cuenta de qué pasa con esto? Todos estos cuadros de la luz o el calor suenan como si estuviéramos hablando del Padre y del Hijo como de dos cosas y no de dos Personas. Así que, después de todo, el cuadro del Nuevo Testamento que nos presenta a un Padre y a un Hijo resulta mucho más preciso que cualquiera otra cosa con la cual quisiéramos substituirlo. Esto es lo que siempre pasa cuando nos apartamos de las palabras de la Biblia. Está bien que por un momento, para tratar de esclarecer un punto, nos apartemos de ellas, pero siempre hemos de regresar a ellas. Es natural que Dios sepa cómo describirse a sí mismo mucho mejor de lo que nosotros podamos describirlo. El sabe que el Padre y el Hijo se asemejan más a la relación entre la Primera y la Segunda Persona que cualquiera otra cosa que pudiéramos pensar. Lo más importante que hay que saber es que es una relación de amor. El Padre se deleita en su Hijo, y el Hijo respeta siempre al Padre.

Antes de continuar, téngase en cuenta la importancia práctica de esto. Hay personas de todas clases a quienes les agrada repetir la declaración cristiana de que "Dios es amor". Pero no se dan cuenta de que las palabras "Dios es amor" carecen de significado real a no ser que Dios contenga cuando menos dos Personas. Amor es algo que una persona siente hacia otra persona. Si Dios fuera una sola Persona, entonces antes de que el mundo existiera no era amor. Claro que esta gente cuando dice que Dios es amor lo que quieren decir es

algo diferente: que "el amor es Dios". Realmente quieren decir que nuestros sentimientos de amor, en dondequiera y comoquiera se produzcan, y cualesquiera sean sus resultados, deben ser tratados con gran respeto. Tal vez lo sean; pero esto es algo muy diferente de lo que los cristianos quieren decir con la declaración de que "Dios es amor". Creen ellos que la actividad viva y dinámica del amor siempre ha estado presente en Dios y ha creado todo lo demás.

Y esto, sea dicho de paso, constituye tal vez la diferencia más importante entre el cristianismo y las demás religiones: para el cristianismo Dios no es una cosa estática, ni siquiera una persona estática, sino una actividad pulsante y dinámica, una vida, y casi una especie de drama. Y casi, si esto no se juzga una irreverencia, una clase de danza. La unión entre el Padre y el Hijo es tan viva y concreta, que esta unión es en sí misma también una Persona. Sabemos que esto es casi inconcebible, pero mirémoslo en esta forma. Sabemos que cuando los seres humanos se reúnen en una familia o en un club o en un sindicato de trabajadores, se habla del "espíritu" de tal familia, o de tal club, o de tal sindicato. Hablan de su "espíritu porque los miembros individuales, cuando se juntan, en realidad desarrollan formas particulares de hablar y de comportarse que no tendrían si se mantuvieran aparte.* Es como si surgiera una especie de personalidad comunal. Claro que ella no es una persona de verdad: es más bien como una persona. Pero esta es justamente una de las diferencias entre Dios y nosotros. Lo que resulta de la unión viva del Padre y el Hijo es una Persona real, la Tercera de las personas que hay en Dios.

En lenguaje técnico a esta Persona se le llama el Espíritu Santo o "el espíritu" de Dios. No nos sorprendamos ni nos preocupemos porque hallemos que esto, o El, esté más vago y más borroso en nuestras mentes que las otras dos Personas. Creo que existe una razón por la cual esto debe ser así. En la vida cristiana por lo general no lo miramos; siempre está actuando por medio de nosotros. Si pensamos en cuanto al Padre, siempre es "algo que está allá afuera", enfrente de nosotros, y el Hijo es algo que está a nuestro lado, que nos ayuda a orar y que trata de que lleguemos a ser otros hijos. Luego, cuando pensamos en el Espíritu Santo o Tercera Persona, es como algo que está dentro de nosotros o detrás de nosotros. Puede que haya alguien para quien sea más fácil empezar con la Tercera Persona, a la inversa. Dios es amor, y ese amor trabaja a través de los hombres, especialmente a través de toda la comunidad de los cristianos. Pero este espíritu de amor es, desde toda la eternidad, un amor que existe entre el Padre y el Hijo.

*Claro que este comportamiento de grupo puede ser mejor o peor que el comportamiento individual.

¿Y cuál es la importancia de esto? Es de mayor importancia que cualquiera otra cosa en el mundo. Toda la danza, o drama o configuración de esta vida tripersonal ha de ejecutarse en cada uno de nosotros; o, poniéndolo a la inversa, cada uno de nosotros debe encajar en esta configuración, debe de tomar su lugar en esta danza. No hay otra forma de alcanzar la felicidad para la cual hemos sido hechos. Sabemos que tanto las buenas cosas como las malas se trasmiten por cierta clase de infección. Si queremos calentarnos hemos de estar cerca del fuego; si queremos mojarnos hemos de penetrar en el agua. Si deseamos gozo, poder, paz, vida eterna, hemos de acercarnos, o aun de penetrar, en aquello que posee tales cosas. No son ellas como una especie de premio que Dios, si así lo quiere, lo da a cualquiera. Son una gran fuente de energía y de belleza que surge en el centro mismo de la realidad. Si estamos cerca, seremos rociados; si no lo estamos, permaneceremos secos. Una vez que un hombre se une a Dios, ¿cómo no va a vivir para siempre? Si se halla separado de Dios, ¿qué otra cosa puede hacer sino secarse y morir?

¿Pero cómo es que uno se une a Dios? ¿Cómo podemos ser introducidos en la vida tripersonal?

Recordemos lo que se dijo en el capítulo II en cuanto al *engendrar* y *el hacer*. No hemos sido engendrados por Dios; solamente hemos sido creados. En nuestro estado natural no somos hijos de Dios; sólo estatuas, por decirlo así. No hemos conseguido *Zoé* o vida espiritual; sólo *Bíos* o vida biológica, la cual en realidad va a arruinarse y a morir. La oferta que el cristianismo hace es la siguiente: si permitimos que Dios actúe a su manera, podemos llegar a participar en la vida de Cristo. Si lo hacemos, participaremos de una vida que fue engendrada, no hecha, que siempre ha existido y que siempre existirá. Cristo es el Hijo de Dios. Si participamos de esta clase de vida también seremos hijos de Dios. Amaremos al Padre como Cristo lo ama, y el Espíritu Santo surgirá en nosotros. Cristo vino a este mundo y se hizo hombre para trasmitir a otros hombres la clase de vida que El tiene, mediante lo que llamo un "buen contagio". Todo cristiano está llamado a ser un pequeño Cristo. Este es sencillamente el propósito de llegar a ser cristianos.

5. Los obstinados soldados de juguete

El Hijo de Dios se hizo hombre para poner a los hombres en condiciones de llegar a ser hijos de Dios. No sabemos, o al menos yo no lo sé, cómo habría sido todo si la raza humana no se hubiera rebelado y unido al enemigo. Quizás todo hombre habría estado "en Cristo", habría participado de la vida del Hijo de Dios desde el momento mismo de su nacimiento. Tal vez el *Bíos* o vida natural habría entrado en la *Zoé*, la vida increada, de inmediato y como algo que se daría por sentado. Pero estas son suposiciones. Lo que nos interesa es lo que ahora estamos experimentando.

Y el presente estado de cosas es este: Las dos clases de vida son ahora no sólo diferentes (siempre lo hubieran sido), sino que opuestas. La vida natural de cada uno de nosotros es algo egocéntrica y desea ser consentida y admirada para tomar ventajas de otras vidas para explotar todo el universo. Y en especial desea que se la deje tranquila; que se la deje aparte de cualquiera cosa que sea mejor, más fuerte y más elevada; de cualquiera cosa que la haga sentir inferior. Tiene temor de la luz y del aire del mundo espiritual, tal como aquellos que se han acostumbrado a estar sucios tienen temor de darse un baño. Y en un sentido es justo que sea así. Sabe que si la vida espiritual toma posesión de él, su vida egoísta y su voluntad egoísta han de recibir muerte, y se halla dispuesto con uñas y dientes para evitar que suceda.

¿Acaso no pensamos alguna vez, cuando éramos niños, lo divertido que habría sido que nuestros juguetes hubieran cobrado vida real? Bien, supongamos que lo logramos. Imaginémonos que un soldado de plomo se convierte en un hombrecito con vida. Y supongamos que al soldadito de plomo no le gusta tal condición; que no está interesado en ser de carne; todo lo que ve en este proceso es que su plomo está siendo destruido. Piensa que le estamos dando muerte. Hará todo lo posible por impedirlo. No será convertido en hombre si está en sus manos el impedirlo.

No sé lo que habríamos hecho a un soldadito de esta clase. Pero lo que Dios hizo sí lo sé: la Segunda Persona en Dios, el Hijo, se hizo humano: nació en el mundo como un hombre verdadero, como un hombre de un peso específico, con cabellos de un color particular y con un idioma particular. El Ser Eterno, que lo sabe todo y que creó todo el universo, no sólo se hizo hombre, sino que antes de llegar a serlo fue niño, y antes de esto, un *feto* en el cuerpo de una mujer. Para que comprendamos bien el caso, pensemos cómo nos gustaría convertirnos en una babosa o un cangrejo.

El resultado de esto fue que tuvimos un hombre que en realidad fue lo que se intentó que todos los hombres fueran: un hombre cuya vida creada, derivada de su madre, permitió que completa y perfectamente la convirtieran en vida engen-

drada. La criatura humana natural en El fue totalmente absorbida en el Hijo divino. Por decirlo así, en una ocasión la humanidad llegó a su meta: penetró en la vida de Cristo. Y a causa de que la dificultad nuestra era que, en un sentido, nuestra vida natural tenía que "recibir muerte", El, Cristo, escogió una carrera terrenal que comprendía a diestra y siniestra la de todos sus deseos naturales: pobreza, no ser comprendido por los de su propia familia, ser traicionado por uno de sus amigos íntimos, recibir burlas y ser maltratado en manos de la policía y ser ejecutado por tortura. Y entonces, después de recibir así la muerte –en un sentido sometido a ella todos los días–, la criatura humana en El, a causa de que se hallaba unida al Hijo divino, volvió a la vida. Ahí está el detalle. Por primera vez vimos a un hombre cabal. Un soldado de plomo, de plomo verdadero, como el de los demás soldados, había cobrado una vida completa y espléndida.

Y aquí, claro está, llegamos al punto donde nuestra ilustración del soldado de plomo no tiene aplicación. En el caso de soldaditos de plomo o estatuas, el que uno de ellos reciba la vida obviamente no cambia la condición de los demás. Todos ellos son unidades separadas. Pero los seres humanos no lo son. Nos parece que sí lo son porque los vemos actuando por separado; esto, porque estamos hechos para ver sólo el momento presente. Si pudiéramos ver el pasado, todos nos parecería diferente. Porque hubo un tiempo cuando todo hombre era parte de su madre y (todavía antes) parte también de su padre; y cuando era parte de sus abuelos. Si pudiéramos ver a la humanidad esparcida en el tiempo, tal como Dios la ve, no nos parecería una sola y única cosa en desarrollo, a la manera de un árbol muy complicado. Cada individuo se vería conectado con los demás. Y no sólo esto. Los individuos no se hallan separados de Dios más de lo que están unos de los otros. Todo hombre, mujer y niño en la redondez del mundo sienten y respiran en este momento sólo porque Dios, por decirlo así, "los mantiene en la marcha".

Por consiguiente, cuando Cristo se hizo hombre no es en

realidad como si pudiéramos convertirnos en soldaditos de plomo. Es como si algo que siempre afectó a toda la humanidad empezara, en un punto dado, a afectar a toda la masa humana en una forma nueva. De tal punto en adelante el efecto se esparce a través de toda la humanidad. Establece una diferencia entre la gente que vivió antes de Cristo y la que ha vivido después de El. Establece una diferencia con gente que nunca ha oído hablar de El. Es como si en un vaso de agua se echara una gota de algo que le da un nuevo gusto y un nuevo color a todo el contenido del vaso. Es cierto que ninguna de estas ilustraciones deja esclarecido el asunto por completo. Al fin y al cabo Dios no se asemeja sino a sí mismo y lo que El hace no tiene semejanza con nada. No puede esperarse que sea de otro modo

¿Cuál es, entonces, la diferencia que se establece para la raza humana? Sólo ésta: que los detalles de llegar a ser un hijo de Dios, de ser convertido de una cosa creada en una cosa engendrada, o el pasar de la vida biológica temporal a la vida "espiritual" eterna, ya fueron ejecutados a nuestro favor. En principio, la humanidad ya se halla "a salvo". Como individuos tenemos que apropiarnos de tal salvación. La obra más dificultosa, la que no pudimos hacer en lo más mínimo, ya ha sido hecha a nuestro favor. No tenemos que tratar de ascender por nuestros propios esfuerzos a lo alto de la vida espiritual; esta vida ya ha descendido hasta la raza humana. Si permaneciéramos abiertos a aquel Hombre en quien tal vida estuvo presente en toda su plenitud, y quien a pesar de ser Dios también fue verdadero hombre, El haría esto en nosotros y a favor nuestro. Recordemos lo que dije en cuanto a una "saludable infección". Uno de nuestra propia raza tiene esta vida; si nos acercamos a El, con él nos contagiaremos.

Claro que esto se puede expresar en multitud de formas diversas. Podemos decir que Cristo murió por nuestros pecados. Podemos decir que el Padre nos ha perdonado porque Cristo ha hecho por nosotros lo que nosotros deberíamos haber hecho. Podemos decir que somos lavados en la sangre del

Cordero. Podemos decir que Cristo ha derrotado a la muerte. Todo esto es verdad. Si algo no te atrae mucho, descártalo y acepta la fórmula que más se acomode a tu forma de pensar y sentir. Y cualquiera que sea tu elección, no te pongas a discutir con otros que quizás tengan una fórmula diferente.

6. Dos notas

Para evitar malentendidos añado aquí dos notas o puntos que surgen del último capítulo.

(1) Un crítico sensato me escribió para preguntarme por qué, si Dios deseaba hijos en lugar de "soldaditos de plomo", no *engendró* muchos hijos desde el principio en lugar de *hacer* soldaditos de plomo para luego darles vida por medio de un proceso tan difícil y doloroso. Una parte de la respuesta a este interrogante es bien fácil; la otra parte quizás esté más allá de todo entendimiento humano. La parte fácil es la de que el proceso de convertir una criatura en un hijo no habría sido difícil o doloroso si la raza humana no se hubiera apartado de Dios hace milenios. Los humanos estaban en capacidad de hacer tal cosa porque El les dio libre albedrío; y se lo dio, porque un mundo de meros autómatas no habría estado nunca en capacidad de amar y, por lo tanto, nunca habría llegado a conocer la felicidad infinita. La parte difícil es esta. Todos los cristianos están de acuerdo en que, en su sentido pleno y original, sólo hay un único "Hijo de Dios". Pero si insistimos en preguntar: "¿Pero no pudo haber habido muchos'", ya estamos penetrando en aguas muy profundas. Las palabras "pudo haber habido", ¿tienen algún sentido cuando se aplican a Dios? Podemos decir que una cosa finita en particular "pudo haber sido" diferente de lo que es, porque podría haber sido diferente si otra cosa hubiera sido diferente, y esa otra cosa hubiera sido diferente si una tercera

cosa hubiera sido diferente, y así sucesivamente. Las letras que aparecen en esta página podrían haber sido rojas si el impresor hubiera usado tinta roja, y él habría usado tal tinta si así se le hubiera exigido, etc. Pero cuando ya se trata de Dios, esto es, de la roca fundamental, el Hecho irreductible sobre el cual todos los demás hechos se hallan fundados y del cual todos dependen, es insensatez preguntar si podría haber sido diferente. Lo que es, es; con esto se pone fin al asunto. Pero muy aparte de esto, encontramos una dificultad en cuanto a la idea misma de que el Padre engendrara muchos hijos desde toda la eternidad. Para ser muchos hubieran tenido que ser diferentes en algo entre sí. Dos monedas de centavo tienen la misma configuración. ¿Cómo es que son dos? Porque ocupan diferentes espacios y tienen diferentes átomos. En otras palabras, al pensar en ellos como objetos diferentes, tuvimos que echar mano al espacio y los átomos; y hasta tuvimos que echar mano de "la Naturaleza" o universo creado. Podemos entender la distinción que existe entre el Padre y el Hijo sin entrar a considerar el espacio y la materia, porque el uno engendra y el otro es engendrado. La relación del Padre al Hijo no es la misma que la relación del Hijo al Padre. Pero si hubiera varios hijos, todos estarán relacionados entre sí y con el Padre en la misma forma. ¿Cómo podrían diferir unos de otros? Claro que al principio no se cae en la cuenta de esta dificultad. Uno piensa que se puede formar la idea de varios "hijos"; pero cuando el asunto se considera más de cerca, hallamos que tal idea parece posible sólo porque vagamente los imaginamos como formas humanas más o menos juntas en cierta clase de espacio. En otras palabras, aun cuando pretendemos estar pensando en cosas que existen antes de que fuera hecho el universo, lo que realmente estamos haciendo es introducir el cuadro de un universo y ponerle algo *dentro*. Cuando dejamos de hacer esto y seguimos pensando en cuanto al Padre que engendra muchos hijos "antes de todos los siglos", nos encontramos con que en realidad en nada estamos pensando. La idea se desvanece

para quedar en meras palabras. ¿Fue la Naturaleza, o sea el espacio, el tiempo y la materia, creada precisamente para hacer posible la variedad? ¿Es posible que no exista ninguna otra forma de concebir muchos espíritus eternos que concebir primero muchas criaturas naturales en un universo, y luego espiritualizarlas? Pero claro que todo esto es mera especulación mental.

(2) La idea de que, en un sentido, toda la raza humana es una sola cosa, un enorme organismo, como un árbol, no debe ser confundida con la idea de que las diferencias individuales no importan o de que los individuos, como Pedro, Juan o Diego, son de cierta manera menos importantes que las cosas colectivas, como las clases, las razas y otras cosas por el estilo. Las dos ideas son opuestas. Las cosas que son partes de un solo organismo pueden ser muy diferentes unas de otras; y las que no lo son pueden ser muy semejantes. Seis moneditas de centavo son objetos separados pero muy semejantes; la nariz y los pulmones de un individuo son muy diferentes, pero viven sólo porque son partes del cuerpo de ese individuo y participan de su vida común. Para los cristianos los individuos humanos no son meros miembros de un grupo o artículos en una lista, sino órganos en un cuerpo, diferentes unos de otros, y cada uno contribuye con lo que los otros no pueden. Cuando esperamos que nuestros hijos, nuestros alumnos, o aun nuestros prójimos, sean exactamente como nosotros, recordemos que probablemente Dios nunca quiso que fuera así. Nosotros y ellos somos órganos diferentes, destinados a hacer cosas diferentes. Por otra parte, cuando nos vemos tentados a desentendernos de las dificultades de los demás porque tales cosas "nada tienen que ver con nosotros", recordemos que aunque ellos sean diferentes de nosotros, son parte del mismo organismo a que pertenecemos nosotros. Si nos olvidamos de que ellos son órganos diferentes de nosotros, si deseamos suprimir las diferencias y hacer que toda la gente sea igual, estamos pensando como piensan los totalitarios. Y un cristiano no debe ser ni totalitario ni individualista.

Me siento inclinado a decirles, y espero que ustedes sientan el mismo deseo de decírmelo, cuál de estos dos errores es el peor. Es que el diablo nos hace pensar así. El siempre envía al mundo errores en parejas, parejas de opuestos, y nos anima a que gastemos nuestro tiempo en pensar cuál de ellos es el peor. Claro que podemos ver el porqué de ello. Confía el diablo en que nuestro gran disgusto con uno de estos errores nos incline a abrazar el otro error. Pero no debemos dejarnos engañar. Hemos de mantener nuestros ojos fijos en la meta y avanzar hacia ella por en medio de los dos errores. Esto es todo lo que nos debe preocupar en cuanto a ellos.

7. Supongamos que...

¿Debemos empezar de nuevo trayendo a nuestras mentes dos cuadros, o mejor dos relatos? Uno de ellos es el que casi todos nosotros hemos leído: La bella y la bestia. La muchacha, como recordaremos, por alguna razón tenía que casarse con un monstruo. Y así lo hizo. Lo besó como si se tratara de un hombre. Y luego, para gran alivio de la muchacha, el monstruo se convirtió en hombre y todo salió bien. El otro es el relato en cuanto a alguien que tenía que ponerse una máscara; tal máscara le hacía aparecer mejor de lo que era. La tuvo que tener puesta por años, y cuando se la quitó, halló que su rostro había tomado los contornos de la máscara. Ahora era realmente buen mozo. Lo que había empezado como un disfraz se había convertido en una realidad. Pienso que ambos relatos, claro que en forma imaginaria, pueden ayudarnos a ilustrar lo que tratamos de decir en este capítulo. Hasta ahora he estado tratando de describir hechos: lo que Dios es y lo que Dios ha hecho. Ahora deseo hablar en cuanto

a la práctica: ¿qué es lo que debemos hacer después? ¿Qué diferencia se establece con toda esta teología? Podemos en esta misma noche empezar a hacer una diferencia. Si tu interés ha sido suficiente como para haberme leído hasta aquí, probablemente también estés interesado en fijarte en lo que son tus oraciones; y cualesquiera que ellas sean, probablemente incuirán el Padre Nuestro.

Sus primeras palabras son precisamente *Padre nuestro.* ¿Nos damos cuenta de lo que estas palabras significan? Bien francamente quieren decir que nos estamos poniendo en lugar de un hijo de Dios. Para decirlo con toda osadía, es como vestirnos de Cristo. Dicho de otra forma, estamos actuando como impostores. Porque, claro, en el momento en que nos damos cuenta de lo que significan las palabras, nos damos cuenta de que no somos hijos de Dios. No somos como el Hijo de Dios, cuya voluntad y cuyos intereses son los mismos que los del Padre. Somos un amasijo de temores, esperanzas, codicias, celos y vanidad, todo centrado en nuestro yo y todo bajo condenación de muerte. Así que, en una cierta forma, este disfraz de Cristo es un descaro indignante. Pero la cosa en realidad asombrosa es que El mismo nos ha ordenado que los hagamos así.

¿Por qué? ¿Qué de bueno hay en simular ser lo que no somos? Bien, aun en el nivel humano, como bien sabemos, existen dos clases de simulaciones. Hay una que es perversa: cuando la simulación quiere hacerse pasar por lo verdadero, tal como cuando alguien simula que nos va a ayudar en lugar de ayudarnos de veras. Pero hay una simulación que es buena: la que nos lleva a lo real. Cuando no nos sentimos particularmente amigables pero sabemos que debemos serlo, muy a menudo lo mejor que podemos hacer es revestirnos de maneras amigables y comportarnos como personas mejores de lo que en realidad somos. En unos cuantos minutos, tal como tal vez lo habremos notado, en realidad nos estaremos sintiendo más amigables de lo que somos. Con mucha frecuencia la única manera de hacer que una cualidad sea una realidad es empezar a comportarnos como si ya la tuviéramos. Es esta la razón por la cual son tan importantes los juegos de los niños. Ellos siempre están jugando a ser gente adulta: juegan a los soldados o a las tiendas. Pero al mismo tiempo están fortaleciéndose los músculos y aguzando sus intelectos, de tal suerte que el jugar a ser adultos les ayuda a crecer en serio.

Así, en el mismo momento en que nos damos cuenta de que estamos simulando ser como Cristo, es sobremanera probable que enseguida veamos alguna forma en la cual tal simulación puede ser menos simulación y más realidad. Veremos que en nuestras mentes hay cosas que no estarían allí de ser realmente hijos de Dios. Apartemos tales cosas. O podremos darnos cuenta de que, en lugar de estar ocupados con nuestras oraciones, lo que debemos es escribir una carta o ayudar a la esposa en los quehaceres de la casa. Pues hagámoslo.

Ya ves lo que está sucediendo. Cristo mismo, el Hijo de Dios que es hombre (tal como nosotros) y es Dios (tal como su Padre), se halla en realidad de parte tuya y en ese mismo momento está empezando a convertir simulación en realidad. Esto no es una simple manera bonita de decir que nuestra conciencia nos está diciendo lo que debemos hacer. Si simplemente interrogamos a nuestra conciencia obtendremos un resultado; si recordamos que nos estamos vistiendo de Cristo, obtendremos un resultado diferente. Hay infinidad de cosas que nuestra conciencia nunca nos dirá definitivamente que sean malas (especialmente cosas que llegan a la mente), pero *que se ve que no podemos continuar con ellas si estamos tratando* en forma seria de ser semejantes a Cristo. Porque ya no estamos pensando simplemente en cuanto a lo correcto y lo incorrecto; lo que estamos tratando es de "contagiarnos" con una Persona. Es más como pintar un retrato que como obedecer una serie de reglas. Y lo extraño es que si bien en cierto sentido es más difícil que guardar reglas, en otro sentido es mucho más fácil.

El verdadero Hijo de Dios se halla a nuestro lado. Está empezando a convertirnos en la misma clase de ser que El es.

Está empezando, por decirlo así, a "inyectarnos" su clase de vida y pensamiento: su *Zoé*; está empezando a convertirnos de soldaditos de plomo en hombres vivos. La parte nuestra que no se halla conforme con esta transformación es la parte de plomo que todavía hay en nosotros.

Algunos pensarán que esto no tiene semejanza alguna con su propia experiencia. Alguien dirá: "Nunca me he sentido ayudado por un Cristo invisible, pero a menudo he sido ayudado por otros seres humanos". Esto es como la mujer que durante la Primera Guerra Mundial decía que no le importaba si llegaba a haber escasez de pan, porque ella siempre comía tostadas. Si no hay pan no hay tostadas. Si no existe la ayuda de Cristo, tampoco habrá la ayuda de otros seres humanos. El trabaja en nosotros en multitud de formas, y no sólo por medio de lo que nosotros pensamos que sea nuestra "vida religiosa". Trabaja por medio de la Naturaleza, por medio de nuestros propios cuerpos, por medio de libros, y a veces por medio de experiencias que, de momento, nos parecen *anticristianas*. Cuando un joven que por rutina asiste a la iglesia se da cuenta de que no cree en el cristianismo y deja de asistir, si lo hace por ser sincero y no por afligir un poco a sus padres, es probable que el espíritu de Cristo esté más cerca de él que antes. Pero por encima de todo, El trabaja en nosotros por medio de cada uno de nosotros.

Los hombres son espejos o "portadores" de Cristo para otros hombres. Este "buen contagio" puede ser trasmitido por personas que no lo tienen. Personas que no eran cristianas me ayudaron a llegar al cristianismo. Pero por lo general son los que conocen a Cristo los que lo llevan a otros. Es por ello que la Iglesia, el cuerpo de cristianos que muestran a Cristo a los demás, es tan importante. Podemos decir que cuando dos cristianos están siguiendo a Cristo en forma unida no hay en ellos una porción doble de cristianismo, sino dieciséis veces más.

Pero no nos olvidemos que al principio es natural para un bebé tomar la leche materna sin conocer a su madre. De igual

manera es natural que veamos al hombre que nos ayuda sin que veamos a Cristo que está detrás de él. Pero no debemos permanecer siendo infantes. Debemos llegar a reconocer al verdadero Dador. Es una locura no hacerlo, pues sería poner nuestra confianza en seres humanos. Y tal confianza nos dejará defraudados. Los mejores cometen equivocaciones; todos mueren. Hemos de estar agradecidos a todos los que nos han ayudado; los hemos de honrar y los hemos de amar. Pero nunca hemos de poner toda nuestra fe en ningún ser humano, así se trate del mejor y más sabio del mundo. Hay multitud de cosas buenas que podemos hacer con la arena; pero no tratemos nunca de edificar una casa sobre ella.

Y ahora empezamos a ver qué es aquello de lo que el Nuevo Testamento nos está hablando siempre. Nos habla de cristianos "nacidos de nuevo"; nos habla de ellos como "vestidos de Cristo"; de Cristo "formado en nosotros", de llegar a "tener la mente de Cristo".

Saquémonos de la cabeza la idea de que estas son sólo formas simbólicas de decir que los cristianos deben leer lo que Cristo dijo y tratar de ponerlo en práctica, tal como alguien puede leer a Platón o a Marx y luego tratar de poner en práctica sus enseñanzas. Es mucho más que eso. Significa que una persona de verdad, Cristo, aquí y ahora, en esa misma alcoba donde estamos formulando nuestras oraciones, está haciendo cosas por nosotros. No es cuestión de un hombre bueno que murió hace dos mil años. Se trata de un Hombre que vive, de un Hombre tan hombre como nosotros y a la vez tan Dios como cuando creó el mundo, que realmente viene e interviene en nuestro propio ser; da muerte al viejo "yo" natural que hay en nosotros y lo reemplaza con la clase de personalidad que El es. Al principio, sólo por momentos; luego por períodos más prolongados. Al fin, si todo continúa bien, nos convierte permanentemente en algo distinto: en nuevos pequeños Cristos; en seres que, en miniatura, tienen la clase de vida que Dios mismo tiene; que participan de su poder, su gozo, su conocimiento y su eternidad. Y pronto

hacemos otros dos descubrimientos.

(1) Empezamos a notar, aparte de nuestros particulares hechos pecaminosos, nuestra pecaminosidad; empezamos a alarmarnos no solamente por lo que hacemos sino también por lo que somos. Esto puede sonar como algo difícil, así que trataré de esclarecerlo valiéndome de mí propia experiencia personal. Cuando me ponía a orar en las tardes y a tratar de reconocer los pecados del día, de diez veces nueve el más obvio era alguna clase de pecado en contra de la caridad: mal humor, hablar brusco, desaires, estallidos de cólera. Y la excusa que de inmediato surgía en mi mente era que la provocación había sido tan de repente y tan inesperada, que me había sorprendido fuera de guardia y no había tenido tiempo de serenarme. Puede ser que esto fuera una circunstancia atenuante en cuanto a estos hechos particulares; obviamente la cosa habría sido peor si se hubiera tratado de actos deliberados y premeditados. Por otra parte, ¿no es cierto que lo que un hombre hace cuando es sorprendido fuera de guardia es lo que revela lo que el hombre es en realidad? ¿No es la verdad la que surge si el hombre no tiene tiempo de disfrazarse? Si hay ratas en un desván, muy seguramente las veremos si repentinamente vamos allá. Pero no es lo repentino lo que crea las ratas; sólo impide que se escondan. De la misma manera lo repentino de la provocación no hace que seamos irascibles: sólo muestra lo irascibles que somos. Las ratas siempre se encuentran en el desván, pero si entramos en él gritando y haciendo toda clase de ruidos, se habrán puesto a cubierto antes de que encendamos la luz. Aparentemente las ratas del resentimiento y de la venganza siempre se hallan en el desván de nuestras almas. El desván se halla fuera del alcance de nuestra voluntad consciente. Hasta un cierto punto tenemos el control de nuestros actos, pero no tenemos control directo sobre nuestro temperamento. Y si, tal como se ha dicho antes, importa más lo que somos que lo que hacemos –si es cierto que lo que hacemos importa principalmente cómo evidencia de lo que somos–,

el cambio que más necesitamos tener es un cambio que no podemos obtener por esfuerzos directos y voluntarios. Esto también tiene aplicación a nuestras buenas acciones. ¿Cuántas de ellas son hechas con un motivo correcto? ¿Cuántas por miedo a la opinión pública o por deseo de exhibición? *¿Cuántas son las que nacen de cierta obstinación o sentido* de superioridad que, bajo diferentes circunstancias, nos habrían llevado de igual manera a cometer acciones malas? Pero no podemos, por un esfuerzo moral directo, hacernos de nuevas motivaciones. Desde nuestros primeros pasos en la vida cristiana nos damos cuenta de que todo lo que se necesita hacer en nuestras almas sólo puede ser hecho por Dios mismo. Y esto nos lleva a algo que ha sido muy despistador en mi propia manera de hablar.

(2) He estado hablando como si fuéramos nosotros los que lo hiciéramos todo. Y, por supuesto, es Dios quien lo hace todo. Nosotros, a lo sumo, permitimos que sea hecho en nosotros. El Dios tripersonal, por decirlo así, en efecto ve delante de El a un egoísta, codicioso, quejumbroso y rebelde animal humano. Pero dice: "Hagámonos de cuenta que no es una mera criatura sino nuestro Hijo. Se asemeja a Cristo en cuanto a que es Hombre, porque El se hizo Hombre. Hagámonos de cuenta que también se le asemeja en Espíritu. *Tratémoslo como si no fuera lo que es. Aparentemos esto* para que nuestro aparentar se convierta en realidad". Dios nos mira como si fuéramos pequeños cristos; Cristo está a nuestro lado para convertirnos en tales. Esta idea de una simulación divina suena extraña. ¿Pero es extraña realmente? ¿No es así como el que está más alto siempre levanta al que está en un nivel más bajo? Una madre enseña a hablar a su bebé hablándole como si entendiera mucho antes de que en realidad entienda. Tratamos a nuestros perros como si fueran "casi humanos"; es por ello que al fin son "casi humanos".

8. ¿Es difícil o fácil el cristianismo?

En el último capítulo estuvimos considerando la idea cristiana de "revestirnos de Cristo", o primero "vestirnos" como hijos de Dios para que al fin lleguemos a ser en realidad hijos. Lo que quiero dejar muy claro es que ésta no es una entre las muchas tareas que un cristiano debe llevar a cabo; no es una suerte de ejercicio especial para la clase elevada. Es el todo del cristianismo. El cristianismo no ofrece nada más. Y me gustaría señalar cuánto es lo que difiere de las ideas en voga en cuanto a "la moralidad" y en cuanto a "ser buenos".

La idea común que todos tenemos antes de llegar a ser cristianos es esta. Tomamos como punto de partida nuestro "yo" ordinario con sus varios deseos e intereses. Entonces reconocemos que algo más, llamésele "moralidad", "conducta decente" o "el bien de la sociedad", demanda algo de este "yo", demanda que interfiere con nuestros propios deseos. Lo que queremos decir con esto de "ser buenos" es satisfacer tales demandas. Algunas de las cosas que por lo general el "yo" desea se convierten en lo que podríamos llamar "lo malo"; claro, debemos renunciar a ellas. Otras cosas, que el "yo" no quisiera hacer, se convierten en lo que podríamos llamar "lo bueno"; claro, tenemos que hacerlas. Pero siempre estamos a la espera de que cuando todas las exigencias se hayan cumplido, el pobre "yo" natural tenga su oportunidad, disponga de algún tiempo, para disponer de su propia vida y hacer lo que le agrada. En efecto, nos asemejamos mucho al hombre honrado que paga sus impuestos. Los paga, sí, pero espera que le quede lo suficiente para vivir. Es que estamos tomando como punto de partida a nuestro "yo" natural.

Mientras pensemos en esta forma, lo más probable es que resulte una u otra de estas dos cosas: o desistimos de tratar de ser buenos, o llegamos a sentirnos muy desgraciados. Porque no nos equivoquemos: si en realidad estamos tratando de cumplir con todas las demandas que se imponen sobre nuestro "yo" natural, no quedará lo suficiente para que este "yo" natural se sustente. Mientras más obedezcamos a nuestra conciencia, más será lo que ella nos exigirá. Y nuestro "yo" natural, que por tal motivo está hambriento, acorralado y preocupado, se irá enojando más y más. Al fin, o dejaremos de tratar de ser buenos, o por el contrario vendremos a ser unas de esas personas que, como dicen, "viven para los demás", pero siempre descontentas y quejosas, siempre sorprendidas de que los demás no se den cuenta más de lo que hacen, y siempre asumiendo el papel de mártires. Y una vez que hemos llegado a este estado, nos convertiremos en un estorbo mucho mayor para aquellos con quienes tenemos que vivir que si hubiéramos permanecido siendo abiertamente egoístas.

La vida cristiana es diferente: más difícil y más fácil. Cristo dice: "Dámelo todo. No deseo parte de tu tiempo ni parte de tu dinero ni parte de tu trabajo. Te quiero a ti. No he venido a atormentar a tu 'yo' natural, sino a darle muerte. Las mediastintas no son buenas. No deseo cercenar una rama aquí y otra allá; lo que deseo es echar abajo todo el árbol. No deseo hacer un empaste en el diente ni recubrirlo, sino extraerlo. Entrégame todo tu 'yo' natural; todos los deseos que piensas que son inocentes así como los que consideras malos: todo lo que son. En su lugar te daré un nuevo 'yo'. En efecto, te daré mi ser. Mi propia voluntad será tuya".

Esto es más difícil y más fácil que lo que estamos tratando de hacer. Espero que todos nos hayamos dado cuenta de que Cristo mismo algunas veces describe la vida cristiana como muy difícil, y a veces como muy fácil. Dice: "Tomad mi cruz"; en otras palabras, es como que nos maten a golpes en un campo de concentración. Para luego decir: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Y quiere decir ambas cosas. Y se puede ver por qué ambas son verdad.

Los maestros nos dirán que el muchacho más perezoso de la clase es el que al fin del curso escolar trabaja con mayor empeño. Esto es, si a dos muchachos se les da una proposición geométrica para que la resuelvan, el que está preparado para las dificultades tratará de entenderla. El perezoso tratará de aprenderla de memoria, porque por el momento esto es lo que requiere menos esfuerzo. Pero seis meses más tarde, cuando se aproximan los exámenes, el perezoso se verá pasando horas y horas de desagradable trabajo en cosas que el otro muchacho entiende, y posiblemente goza, en unos cuantos minutos. La pereza significa a la larga mucho más trabajo. O veámoslo en esta forma: En una batalla, o en el ascenso de una montaña, a menudo hay cosas que hay que tener agallas para lograrlas; pero también, a la larga, es lo menos peligroso. Si no lo hacen por cobardía, horas más tarde se hallarán en peor peligro. La cobardía es de lo más peligrosa.

Y esto es lo que sucede aquí. Lo terrible, lo casi inconcebible, es entregarle a Cristo todo nuestro ser: todos nuestros deseos y precauciones. Pero esto es mucho más fácil de lo que en su lugar estamos tratando de hacer. Porque lo que estamos tratando de hacer es permanecer siendo lo que llamamos "nosotros mismos"; conservar la felicidad como nuestra meta mayor en la vida, y al mismo tiempo ser "buenos". Estamos tratando de que nuestra mente y nuestro corazón sigan su propio camino, centrados en el dinero o en el placer o en la ambición, y esperando, a pesar de ello, comportarnos honrada, casta y humildemente. Y esto es justamente lo que Cristo nos advierte que no podemos hacer. Como El lo dijo, no se cosechan higos de los espinos. Si no somos más que un campo cubierto de maleza, no podemos producir trigo. Córtesele la yerba para que no se vea tan alta, pero aun así no producirá trigo. Si lo que queremos es producir trigo hemos de ir más allá de la superficie. El campo se ha de arar y resembrar.

Es por ello que el verdadero problema de la vida cristiana se presenta donde la gente por lo general no lo espera. Viene en el momento mismo cuando nos despertamos por la mañana. Todos nuestros deseos y nuestras esperanzas para el día caen sobre nosotros como animales salvajes. Y el primer trabajo de cada mañana consiste simplemente en hacerlos retroceder; en poner atención a esa otra voz y tomar otro punto de vista y permitiendo que fluya otra vida más prolongada, más fuerte y más tranquila. Y esto es así todo el día: permanecer firmes en contra de todas nuestras confusiones y temores naturales; escapar del huracán.

Al principio sólo podemos hacer esto por momentos. Pero de tales ocasiones la nueva vida se esparcirá a través de nuestro sistema, porque le estaremos permitiendo que El actúe en la parte de nosotros donde debe actuar. Esta es la diferencia que existe entre la pintura, que apenas se pone en la superficie, y la tintura, que penetra todo el tejido. El nunca habló en forma gaseosa, vaga e idealística. Cuando dijo: "Sed perfectos", eso fue lo que quiso decir: que había que someterse al tratamiento completo. Esto es difícil; pero la suerte de mediastintas que siempre estamos buscando es aún más difícil, y en verdad imposible. Para un huevo puede que sea difícil convertirse en un pájaro; pero sería mucho más difícil aprender a volar siendo un huevo. Ahora somos como huevos. Pero no podemos permanecer siendo huevos decentes y ordinarios en forma indefinida. O salimos del cascarón o nos ponemos hueros.

Regresemos a lo que antes dije. Esto es el todo del cristianismo. No hay nada más. Es tan fácil confundirnos. Es fácil pensar que la Iglesia tiene un montón de objetivos diferentes: la educación, el construir edificios, las misiones, el celebrar cultos. Es tan fácil como pensar que el estado tiene un montón de objetivos diferentes: militares, políticos, económicos y muchísimas otras cosas más. Pero en cierta forma el asunto es más sencillo. El estado existe simplemente para proteger y promover la felicidad ordinaria de los seres humanos en esta vida. Para que los esposos puedan hablar

tranquilamente en sus hogares al amor de la lumbre; para que un grupo de amigos pueda departir y entretenerse en algún lugar público; para que uno pueda entregarse a la lectura o a cultivar su huerto sin que nadie lo perturbe: para eso es que existe el estado. Y a menos que ayuden a aumentar y prolongar y proteger tales momentos, todas las leyes, los parlamentos, los ejércitos, los tribunales, la policía, etc., sólo significarán una pérdida de tiempo. De la misma manera, la Iglesia existe con el único propósito de llevar a los hombres a Cristo, de hacerlos pequeños cristos. Si esto no es lo que está haciendo, todas las catedrales, el clero, las misiones, los sermones y aun la Biblia misma son una pérdida de tiempo. Con ningún otro propósito Dios se hizo hombre. Y aun es dudoso que todo el universo haya sido creado con algún otro propósito. En la Biblia se dice que todo el universo fue hecho por Cristo y que todas las cosas han de ser reunidas en El. Supongo que cualquiera de nosotros no puede entender cómo sucederá esto con todo el universo. No sabemos qué vive, si es que vive, en lugares que se hallan a millones de kilómetros de la Tierra. Y aun en la Tierra no sabemos cómo reunirse en Cristo pueda aplicarse a todas las cosas y no sólo a los hombres. Después de todo, esto era de esperarse. Se nos ha mostrado el plan sólo hasta donde tiene que ver con nosotros.

Algunas veces me gusta imaginarme que entiendo cómo esto puede aplicarse a las otras cosas. Creo entender cómo los animales más desarrollados en un sentido se acercan más al hombre cuando éste los ama y los hace más humanos de lo que de otra manera podrían serlo. Y aun entiendo cómo en cierto sentido las cosas inanimadas y las plantas se acercan al hombre cuando éste las estudia, las usa y las estima. Y si existen criaturas inteligentes en otros mundos, lo mismo harán con las cosas de sus mundos. Bien puede ser que cuando las criaturas inteligentes entren en Cristo, lleven consigo las demás cosas. Pero no sé; quizás sólo es una suposición mía.

Lo que se nos ha dicho es cómo los hombres pueden ser llevados a Cristo; cómo pueden llegar a ser parte de ese maravilloso presente que el joven Príncipe del universo desea ofrecer a su Padre, presente u ofrenda que es El mismo y por lo tanto nosotros en El. Para este único propósito fue que fuimos creados. Y en la Biblia hay indicaciones extrañas y emocionantes de que cuando seamos incorporados en Cristo, son muchas las otras cosas que en la Naturaleza empezarán a marchar mejor. La pesadilla habrá pasado y brillará la mañana

9. Contemos el costo

He visto a más de una persona algo perturbada por lo que dije en el capítulo anterior en cuanto a las palabras de nuestro Señor: "Sed perfectos". Algunos piensan que esto significa: "A menos que seáis perfectos, no os ayudaré". Pero como no podemos ser perfectos, si lo que El quiere decir es eso, nuestra posición es desesperada. Pero no pienso que esto fue lo que Cristo quiso decir. Creo que quiso decir: "La única ayuda que os daré es la ayuda para que lleguéis a ser perfectos. Puede ser que deseéis ser menos que esto; pero yo no os daré menos".

Permítaseme explicarme. De niño, a menudo sufría yo de dolores de muelas, y sabía que si iba a mi madre, ella me daría algo para amortiguar el dolor de manera que yo pudiera pasar bien la noche. Pero no acudía a mi madre sino hasta cuando el dolor se tornaba muy agudo. Y no lo hacía antes por esto. No tenía duda alguna de que me iba a dar una aspirina; pero sabía que me daría algo más: llevarme al dentista a la mañana siguiente. No podía conseguir de ella lo que quería sin obtener algo más que no era de mi agrado. Quería el alivio inmediato del dolor; pero no lo podía conseguir sin al mismo

tiempo tener que obtener un remedio permanente. Y yo conocía bien a los destistas: con toda clase de instrumentos empezarían a molestar los otros dientes que todavía no habían sentido dolor alguno. Era como darles un dedo para que se tomaran toda la mano.

Y si se me permite expresarlo así, nuestro Señor es como los dentistas: se le da un dedo y se toman toda la mano. Decenas de personas acuden a El para que las cure de algún pecado en particular del cual se sienten avergonzadas (como la masturbación o la cobardía física) o que obviamente está perjudicando su vida diaria (como la ira o el alcoholismo). De inmediato El curará tal pecado, pero no se detendrá allí. Puede ser que sólo eso le hayamos pedido; pero si vamos a El, nos dará el tratamiento completo.

Es por ello que El aconseja a las personas que antes de hacerse cristianas "consideren el costo". El nos dice: "Si me lo permites, te haré perfecto. Desde el momento en que te pones en mis manos, eso recibirás, y si lo deseas puedes apartarme de ti. Pero si me aceptas, voy a realizar un trabajo completo. Cualquiera que sea el sufrimiento que te cueste en tu vida terrenal; cualquiera purificación inconcebible que te cueste después de la muerte; cualquiera que sea el costo para mí mismo, no descansaré, ni te dejaré descansar, hasta que literalmente seas perfecto; hasta que mi Padre pueda decir sin reserva alguna que El se agrada en ti, tal como lo dijo de mí. Esto lo puedo hacer, y lo haré. Y no haré menos que esto".

Sin embargo, y éste es el otro igualmente importante lado del asunto, este Ayudador, que al final no se dará por satisfecho con nada menos que la perfección absoluta, también se deleita con el primer débil y tambaleante esfuerzo que hagamos para el cumplimiento del más sencillo deber. Como el gran escritor cristiano George Mac-Donald lo señaló, todo padre se deleita con el primer intento que el bebé hace por caminar; pero ningún padre estará satisfecho con nada menos que con un caminar firme, libre y varonil cuando su hijo ha

crecido. En la misma forma, dice este escritor, "Dios es fácil de agradar, pero difícil de satisfacer".

Lo práctico de lo dicho es que, por una parte, la exigencia que Dios hace de la perfección no tiene por qué desanimarnos en lo más mínimo en nuestros intentos de ser buenos, ni en nuestros actuales fracasos. Cada vez que caigamos El nos levantará de nuevo. Y El sabe perfectamente bien que nuestros propios esfuerzos nunca nos llevarán ni siquiera cerca de la perfección. Por otra parte, hemos de darnos cuenta desde el principio que la meta hacia la cual Cristo está empezando a guiarnos es la perfección absoluta; y que no existe poder alguno en todo el universo, excepto nosotros mismos, que pueda impedirle llevarnos a la meta. Para ello es que estamos en Cristo. Y es muy importante que comprendamos eso. Si no, con toda probabilidad empezaremos a retroceder y a resistir a Cristo en determinados puntos. Creo que muchos de nosotros, cuando Cristo nos ha capacitado para vencer uno o dos pecados que fueron estorbos obvios, nos hallamos inclinados a sentir, aunque no lo expresemos por medio de palabras, que ya somos lo suficientemente buenos. El ha hecho todo lo que nosotros queríamos que hiciera, y le estaríamos muy agradecidos si nos dejara ya en paz. Es como si dijéramos: "Yo nunca esperé ser un santo, sino simplemente una persona decente y común". Y cuando decimos esto nos imaginamos que estamos manifestando humildad.

Mas éste es el error fatal. Es claro que nunca deseamos, y nunca pedimos, ser la clase de criaturas que El va a hacer de nosotros. Pero el asunto no es lo que nosotros mismos intentábamos ser, sino lo que El intentaba que fuéramos cuando nos creó. El es el inventor; nosotros sólo la máquina. El es el pintor; nosotros sólo el cuadro. ¿Cómo sabremos lo que El intenta que nosotros seamos? Como vemos, El ya nos ha hecho muy diferentes de lo que antes éramos. Hace mucho, antes de haber nacido, cuando aún estábamos en el vientre materno, pasamos a través de varias etapas. Al principio éramos como vegetales, luego como peces; fue en una etapa

posterior que adquirimos semejanza de infantes humanos. Y si hubiéramos estado conscientes en aquellas primeras etapas, diría que nos habríamos sentido satisfechos con permanecer como vegetales o como peces; no habríamos deseado llegar a ser bebés. Pero durante todo este tiempo El conocía su plan para nosotros y estaba determinado a llevarlo a cabo. Algo así es lo que está sucediendo ahora en un nivel más elevado. Podemos estar contentos de permanecer siendo lo que llamamos "gente del común"; pero Cristo está determinado a ejecutar un plan muy diferente. Desistir de tal plan no es humildad; es pereza y es cobardía. Someternos a tal plan no es presunción ni megalomanía; es obediencia.

Y aquí hay otra manera de mostrar los dos lados de la verdad. Por una parte, no hemos de imaginarnos nunca que podemos confiar y apoyarnos en nuestros propios esfuerzos para que siquiera por veinticuatro horas procedamos como gente "decentes". Si no tenemos el apoyo de Cristo, ninguno de nosotros puede estar a salvo de pecados horribles. Por otra parte, ningún posible grado de santidad o de heroísmo que haya sido registrado jamás de los grandes santos se halla más allá de lo que El está determinado a producir al final en cada uno de nosotros. La tarea no se acabará en esta vida presente; pero El quiere hacernos avanzar lo más posible antes de que nos llegue la muerte.

Es por ello que no debe sorprendernos si pasamos por tiempos difíciles. Cuando un hombre se allega a Cristo y parece que en todo le está yendo bien, en el sentido de que algunos de sus malos hábitos se han corregido, con frecuencia piensa que lo natural sería que las cosas se presentaran sin mayores dificultades. Cuando se presentan dificultades (enfermedad, aprietos económicos, nuevas clases de tentaciones), se siente defraudado. Cree que estas cosas pudieron haber sido necesarias para despertarlo y hacerlo arrepentirse en sus días pasados de maldad; pero, ¿por qué ahora? Porque Dios lo está forzando, o elevando, a un nivel superior, poniéndole en condiciones donde tendrá que desplegar más valor o más paciencia o más amor de lo que él nunca llegó siquiera a soñar. Esto nos parece del todo innecesario; pero es porque no tenemos todavía la más mínima idea de la maravilla que Cristo intenta que lleguemos a ser.

Debemos echar mano de otra parábola de George MacDonald. Imaginémonos que somos una casa viviente. Dios llega a reconstruir tal casa. Al principio, tal vez, no se entienda lo que El está tratando de hacer. Está arreglando las cañerías y subsanando las goteras en los techos, y cosas de esta naturaleza. Sabemos que esto es necesario que se haga, y por lo tanto, no nos sorprende. Pero empieza a derribar la casa en una forma que nos ofende y que nos parece que carece de sentido. ¿Qué pretende El hacer? La explicación es que está construyendo una casa muy diferente de la que nos imaginamos: añadiéndole un ala aquí, poniéndole allá un piso más, levantando torres, haciendo patios. Pensábamos que nos iba a convertir en una cabañita decente, pero El está edificando un palacio. El mismo intenta venir a vivirlo.

El mandamiento de *sed perfectos* no es un idealismo. Ni es un mandato de que se haga lo imposible. Cristo nos va a convertir en criaturas que puedan obedecer este mandamiento. En la Biblia nos dice que seremos "dioses", y El va a cumplir sus palabras. Si se lo permitimos (porque podemos impedírselo si queremos), El hará del más débil y depravado de nosotros un dios o una diosa, una criatura deslumbrante, radiante e inmortal, que vibre con un gozo y una sabiduría y un amor que ahora no podemos imaginar; un brillante espejo sin mancha alguna que refleje a Dios a la perfección (aunque, claro está, a escala menor) en su poder sin límites, su gozo y su bondad. Este proceso será muy prolongado y a veces muy doloroso; pero para eso estamos. Para nada menos que eso. Cristo sabe lo que dice.

10. Gentes agradables u hombres nuevos

Cristo quiso decir precisamente lo que dijo. Quienes se ponen en sus manos llegarán a ser perfectos como El es perfecto; perfectos en el amor, la sabiduría, el gozo, la belleza, la inmortalidad. Este cambio no se operará por completo en esta vida, porque la muerte es una parte importante del tratamiento. No se sabe con certeza hasta dónde este cambio ha de operarse en un cristiano antes de que le sobrevenga la muerte.

Pienso que éste es el momento apropiado para dar consideración a una pregunta que a menudo se formula: Si el cristianismo está en lo cierto, ¿por qué todos los cristianos no son obviamente más agradables que los que no se llaman cristianos? Lo que hay detrás de tal pregunta es en parte muy razonable y en parte carece de razón. Si la conversión al cristianismo no mejora las acciones exteriores de un hombre, si continúa siendo egoísta, despreciativo, envidioso y ambicioso, bien podemos sospechar que su "conversión" fue en gran medida imaginaria. Después de una conversión, cada vez que se piensa que se ha dado un paso hacia adelante, esa es la prueba que se ha de aplicar. Los sentimientos buenos, los vislumbres nuevos, un mayor interés en "la religión" nada significan a menos que hayan mejorado nuestra conducta actual, tal como en la enfermedad el "sentirse mejor" no hace mayor bien si el termómetro muestra que la temperatura sigue subiendo. En tal sentido el mundo de fuera tiene razón al juzgar al cristianismo por sus resultados. Cristo nos dijo que juzgáramos por los resultados. A un árbol se le conoce por sus frutos, y al comerlo se conoce el pastel. Cuando nosotros los cristianos nos comportamos mal o no nos comportamos bien, estamos haciendo que el cristianismo carezca de

credibilidad para el mundo de afuera. Nuestras vidas descuidadas hacen que el mundo hable, y estamos dando base para que se hable en una forma tal que arroje dudas sobre la verdad del cristianismo mismo.

Pero hay otra forma de pedir resultados en la cual el mundo de afuera se muestra bien falto de lógica. Puede exigir no sólo que la vida de quien ha llegado a ser cristiano mejore, sino que también, para creer que el cristianismo tiene la verdad, se divida a todo el mundo en dos campos: el cristiano y el no cristiano, y que todas las personas que se hallen en el primer campo en todo tiempo sean más agradables que las que se hallen en el segundo campo. Esto es irrazonable por varios motivos.

(1) En primer lugar, la situación del mundo actual es mucho más complicada. El mundo no está compuesto por cristianos ciento por ciento, y no cristianos ciento por ciento. Hay personas, demasiadas por cierto, que poco a poco están dejando de ser cristianas pero que todavía llevan tal nombre. Entre ellas se cuentan miembros del clero. Y hay otras que lentamente están llegando a ser cristianas, aunque todavía no se les llame así. Hay quienes no aceptan por completo la doctrina cristiana en cuanto a Cristo, pero que se sienten tan fuertemente atraídos hacia El que ya son suyos en un sentido más profundo de lo que en realidad ellos mismos lo entienden. Hay los que en otras religiones están siendo llevados por la influencia secreta de Dios a concentrarse en aquellas partes de su religión que están de acuerdo con el cristianismo, y pertenecen a Cristo sin saberlo. Por ejemplo, un budista de buena voluntad puede ser conducido a concentrarse más en la enseñanza budista en cuanto a la misericordia y dejar en el trasfondo, aunque todavía diga que las cree, las enseñanzas budistas en cuanto a otras cosas. Puede ser que en esta posición hayan estado los paganos buenos de mucho antes del nacimiento de Cristo. Y hay muchos, claro está, que tienen una gran confusión mental y gran número de creencias incongruentes en una terrible mezcolanza. Por consiguiente, de

poco sirve el tratar de juzgar a cristianos y no cristianos en forma masiva. De algo sirve el comparar a gatos y perros, y aun a mujeres y hombres, en forma masiva, porque ya uno sabe definitivamente qué es qué y quién es quién. Tampoco un animal, de repente o lentamente, se convierte de gato en perro. Pero cuando estamos comparando a cristianos en general con no cristianos en general, usualmente no estamos pensando en personas que conocemos bien, sino en dos vagas ideas que hemos obtenido en novelas y periódicos. Si se va a comparar a un cristiano malo y a un ateo bueno, debemos pensar en dos especímenes que hayamos conocido realmente. A menos que vayamos al grano, no estamos haciendo más que desperdiciar el tiempo.

(2) Supongamos que vamos al grano y que no estábamos hablando ni de un cristiano imaginario ni de un ateo imaginario, sino de personas de verdad que viven en nuestro propio vecindario. Aun así hemos de ser sumamente cuidadosos al formular la pregunta: Si el cristianismo está en la verdad, de ello se sigue entonces: (a) que todo cristiano será más amable que la misma persona si no fuera cristiana; (b) que todo el que llega a ser cristiano será más amable que lo que antes era. En la misma forma, si la propaganda de cierta crema de dientes dice la verdad, (a) toda persona que la usa tendrá mejores dientes que la misma persona si no la hubiera usado; (b) si alguien empieza a usarla sus dientes mejorarán. Pero el hecho de que yo, que la uso (y que heredé mala dentadura de mis padres), no he llegado a tener la buena dentadura de un joven negro que nunca ha usado crema dental de ninguna clase, no prueba en sí que la propaganda sea mentirosa. La cristiana señorita X puede tener una lengua menos caritativa que la del señor Z. Esto de por sí no es prueba de la efectividad o inefectividad del cristianismo. El asunto está en saber si la lengua de la señorita X sería lo que es de no ser cristiana, y cómo sería la del señor Z si él llegara a ser cristiano. Ambos personajes, como resultados de causas naturales y de la crianza que recibieron, poseen ciertos temperamentos. El cristianismo alega que puede poner bajo control esos temperamentos si ellos se lo permiten. Lo que se tiene derecho a preguntar es si tal control mejora dichos temperamentos. Todo el mundo sabe que lo que se controla en el caso del señor Z es mucho "más agradable" que lo que es controlado en el caso de la señorita X. Pero éste no es el punto. Al juzgar el manejo de una fábrica, se ha de considerar no sólo sus resultados, sino también la planta misma. A juzgar por la maquinaria y otras cosas en la planta de la fábrica A, puede que uno se quede maravillado de que produzca algo; teniendo en cuenta el buen equipo de que dispone la fábrica B, es de admirarse de los resultados tan pobres en su rendimiento. No hay duda de que el nuevo gerente de la fábrica A va a poner a funcionar máquinas nuevas tan pronto como le sea posible; pero esto lleva tiempo. Mientras tanto los pobres resultados que está obteniendo no constituyen prueba alguna en contra del gerente.

(3) Y ahora profundicemos un poco más. El gerente va a poner a funcionar maquinaria nueva: antes de que Cristo termine con la señorita X, ciertamente que ella va a ser "más agradable". Pero si lo dejamos allí, sería como decir que el único propósito de Cristo es hacer llegar a la señorita X al mismo nivel en que desde hace tiempo el señor Z está. Lo que estaríamos diciendo, en la práctica, es que el señor Z es el *summun* de todo; que el cristianismo es algo que la gente de conducta algo desagradable está necesitando, y algo de lo que la gente "agradable" pudiera prescindir; que el ser "agradable" es todo lo que Dios demanda. Pero esto sería una equivocación fatal. La verdad es que ante los ojos de Dios el señor Z necesita tanto de la salvación como la señorita X. En un cierto sentido que dentro de poco explicaré, el ser "agradable" apenas si tiene que ver con lo que estamos tratando.

No se puede esperar que Dios contemple el agradable temperamento y la disposición amigable del señor Z exactamente como nosotros. Ellas son el resultado de causas naturales que Dios mismo crea. Como no son más que temperamentales,

desaparecen si al señor Z se le altera la digestión. Lo agradable que hay en el señor Z es un don de Dios al señor Z, y no una ofrenda del señor Z a Dios. En la misma forma, Dios ha permitido que causas naturales, que trabajan en un mundo que por siglos ha sido echado a perder por el pecado, produzcan en la señorita Z la estrechez mental y el descontrol de nervios que son la causa de la mayor parte de la impresión de desagrado que ella produce. Dios intenta, en el tiempo que El mismo se ha señalado, reformar esa parte de la señorita X. Pero para Dios ésta no es la parte crítica en el asunto. No presenta dificultad alguna. Dios no se muestra preocupado por ello. Lo que El vigila y espera, y por ello trabaja, es algo que no es fácil ni siquiera para Dios, porque, dada la naturaleza del caso, Dios no puede producirlo por un mero acto de poder. Está vigilándolo y esperándolo tanto en la señorita X como en el señor Z. Es algo que ellos pueden darle libremente o rehusar dárselo también libremente. ¿Se volverán o no se volverán a El, para cumplir así el único propósito para el cual ambas personas fueron creadas? Su libre albedrío está vacilando dentro de ellos tal como la aguja de una brújula. Pero esta es una aguja que puede escoger. Puede apuntar hacia el verdadero norte; pero no tiene que hacerlo. ¿Girará la aguja y luego se quedará fija, señalando hacia Dios?

El puede ayudar a hacer que esto sea lo que acontezca, pero no puede forzar el resultado. No puedo, por así decirlo, meter la mano y poner la brújula en la dirección correcta, porque eso ya no sería libre albedrío. ¿Señalará hacia el norte? Esta es la pregunta de la cual depende todo. ¿Ofrecerán a Dios sus naturalezas la señorita X y el señor Z? El asunto de si las naturalezas que ellos ofrecen son, al momento, agradables o desagradables, es cosa de segunda importancia. Dios puede ocuparse de esa parte del problema.

Que no se interprete mal lo que estoy diciendo. Es claro que Dios considera una naturaleza desagradable como algo malo y deplorable. Y, por supuesto, considera una naturaleza agradable como algo bueno: buena como el pan, o la salida del sol, o el agua. Pero estas son cosas que El da y nosotros recibimos. Dios creó los nervios templados y la buena digestión del señor Z, y hay muchos más de estos dones en la fuente de donde provienen. A Dios hasta donde lo sabemos, no le cuesta nada crear cosas agradables; pero el convertir voluntades que se hallaban en rebeldía le costó la crucifixión. Y porque son voluntades, pueden aceptar o rechazar a Dios, ya se trate de gente agradable o de gente desagradable. Y además, porque lo agradable en el señor Z es parte de la naturaleza, al final quedará convertido en añicos. La naturaleza misma desaparecerá. Causas naturales concurrieron en el señor Z para hacer un modelo sicológico agradable, tal como concurren en una puesta de sol para hacer un agradable despliegue de colores. En verdad (porque así es la naturaleza) estas cosas se desintegrarán y ambas cosas desaparecerán. El señor Z tiene la oportunidad de volver (o más bien de permitir que Dios vuelva), ese modelo perecedero en el modelo de belleza de un espíritu eterno, y no lo ha aprovechado.

Hay aquí una paradoja. Mientras el señor Z no se vuelva hacia Dios, pensará que la agradabilidad que hay en él le pertenece, y mientras piense así, no le pertenecerá. Es cuando el señor Z se da cuenta de que su agradabilidad no es suya sino que es un don de Dios y se la ofrece a Dios que su agradabilidad empieza en realidad a ser suya. Porque ahora el señor Z está empezando a participar en su propia creación. Las únicas cosas que podemos conservar son las que voluntariamente ponemos en las manos de Dios. Lo que tratamos de conservar para nosotros mismos es lo que con toda seguridad vamos a perder.

Por lo tanto, no debemos sorprendernos si entre los cristianos hallamos gente que todavía es desagradable. Y hasta hay, si bien lo pensamos, razones para esperar que la gente desagradable se vuelva a Cristo en mayor número que la gente que llamamos agradable. Esto fue lo que objetaron en cuanto a Cristo durante su vida sobre la tierra: parecía tener mucho atractivo para la gente desagradable. Es esto por lo que hoy

todavía se le objeta y se le objetará. ¿Sabes por qué? Cristo dijo: "Bienaventurados los pobres", y "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!", y no hay duda alguna de que en primer lugar quiso dar a entender a los económicamente ricos y a los económicamente pobres. ¿Pero no se aplican también sus palabras a otra clase de riquezas y de pobrezas? Uno de los peligros que existe en tener mucho dinero es el de que se puede estar muy satisfecho con la clase de felicidad que el dinero puede comprar y así no darse cuenta de la necesidad que tenemos de Dios. Si todo parece ser tan sencillo como firmar un cheque, puede ser que nos olvidemos que a cada instante dependemos totalmente de Dios. Pero también los dones sencillos y naturales llevan consigo un peligro semejante. Si tenemos nervios bien templados, inteligencia, salud, popularidad y buena crianza, de igual manera podemos estar bien satisfechos con nuestro carácter tal como es. "¿Para qué molestar a Dios?", puede que nos preguntemos. Un cierto nivel de buena conducta se puede lograr con alguna facilidad. Quizás no nos contemos en el número de las pobres criaturas atormentadas por el sexo, o la dipsomanía, o la nerviosidad, o el mal carácter. Todos nos dicen que somos gente buena, y (aquí entre nosotros) estamos de acuerdo. Es muy probable que creamos que todo lo bueno que hay en nosotros se debe a nosotros mismos; y bien fácilmente se llega a la convicción de que no existe la necesidad de ninguna otra clase de bondad. Con frecuencia las personas que tienen esta clase de bondad natural, no ven necesidad alguna de Cristo hasta que, un día, la bondad natural se viene abajo y la propia satisfacción sufre un choque. En otras palabras, para los que son "ricos" en este sentido les es difícil entrar en el reino de los cielos.

Con la gente "mala" es distinto: los pequeños, los que ocupan una baja posición, los tímidos, los desequilibrados, los de "mala sangre", o los apasionados, los sensuales, los desequilibrados emotivos. Si alguna vez intentan ser "buenos", comprenden, en menos de la mitad del tiempo que gastarían los

demás, que necesitan ayuda. Para ellos es o Cristo o nada. Es tomar su cruz y seguirlo, o completa desesperación. Son las ovejas perdidas; y Cristo vino especialmente a buscarlas. Son, en un sentido muy real y muy terrible, los "pobres". El los llamó bienaventurados. Es "la casta despreciable" que El vino a buscar y, por supuesto, de ella dicen todavía los fariseos lo que dijeron la primera vez: "Si el cristianismo fuera verdad esta gente no sería cristiana".

Para cada uno de nosotros hay aquí una advertencia o un estímulo. Si somos de "los buenos" para quienes la virtud es cosa fácil, ¡cuidado! Es mucho lo que se espera de los que mucho han recibido. Si equivocadamente tomamos por nuestros los méritos que en realidad son dones que Dios nos ha dado por medio de la naturaleza, y simplemente nos contentamos con ser "buenos", todavía somos rebeldes; y todos estos dones hacen que nuestra caída sea más terrible, nuestra corrupción más complicada, y más desastroso nuestro mal ejemplo. El diablo era antes un arcángel; sus dones naturales estuvieron tan por encima de los nuestros como los nuestros están por encima de los de un chimpancé.

Pero si somos unas pobres criaturas envenenadas por una educación perversa en un hogar lleno de celos vulgares y riñas insensatas; cargadas, y no por nuestra propia elección, de perversiones sexuales; abrumadas por un complejo de inferioridad que día a día nos hace casi tomarla contra nuestros amigos, no nos desesperemos. Dios sabe todas estas cosas. Somos unos de los pobres a quienes Jesús llamó bienaventurados. El sabe cuán desvencijado carro es el que estamos tratando de manejar. Mantengámonos firmes. Hagamos lo que podamos. Un día, tal vez en otro mundo pero quizás muy pronto, El nos desembarazará del viejo vehículo y nos dará uno nuevo. Entonces asombraremos a muchos, empezando por nosotros mismos, porque hemos aprendido a manejar en una escuela difícil. Algunos de los últimos serán primeros, y algunos de los primeros serán últimos.

"La agradabilidad" de una personalidad completa e inte-

grada es una cosa excelente. Hemos de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para por medio de la medicina, la economía y la política producir un mundo en donde la mayor parte de la gente se críe y desarrollen como "buenas"; tal como debemos de tratar de producir un mundo donde todos tengan lo suficiente para comer. Pero no hemos de pensar que si logramos un mundo de personas buenas hemos salvado sus almas. Un mundo de personas buenas, contentas con su propia bondad, apartadas de Dios, estaría en tan desesperada necesidad de salvación como un mundo miserable; y tal vez sería más difícil de salvar.

Porque la mera mejoría de las condiciones humanas no es redención, aunque la redención siempre mejora a la gente aun aquí y ahora, y al final las mejorará hasta un grado que no podemos imaginarnos todavía. Dios se hizo hombre para convertir criaturas en hijos; no simplemente a producir mejores hombres de la vieja clase, sino a producir una nueva clase de hombres. No es como enseñar a un caballo a saltar más y mejor, sino cómo convertir a un caballo en una criatura alada. Por supuesto que una vez dotado de alas saltaría sobre cercas que nunca antes podrían haber sido saltadas y derrotaría al caballo natural en su propio campo. Pero puede que haya un período, mientras las alas estén empezando a crecer, cuando no podrá hacer tales saltos. En tal etapa los muñones en las paletas, como nadie va a pensar que se convertirán en alas, tal vez le den al caballo una apariencia rara y extravagante.

Pero tal vez nos hemos detenido demasiado sobre este asunto. Si lo que quieres es un argumento en contra del cristianismo (y recuerdo cuán ansiosamente buscaba yo tal argumento cuando temía que el cristianismo estuviera en lo cierto), bien fácilmente puedes encontrar un estúpido e insatisfactorio cristiano, y decir: "¡Conque éste es el nuevo hombre de que se glorían! Me quedo con la calidad vieja". Pero si has empezado a ver que el cristianismo es probable en otras bases distintas, en tu corazón empezarás a saber que esto es sólo tratar de evadir el sunto. ¿Conoces acaso las almas de los demás: sus tentaciones, sus oportunidades, sus luchas? Hay una sola alma en toda la creación que conoces; y es ésta la única cuya suerte está puesta en tus manos. Si existe un Dios, en un sentido, estás a solas con El. No puedes descartarlo con especulaciones en cuanto a la conducta del prójimo, o el recuerdo de lo que has leído en los libros. ¿Qué será de todo ese hablar y de todos esos rumores (¿seremos siquiera capaces de recordarlos?) cuando la neblina anestésica que llamamos "la naturaleza" o "el mundo real" se desvanezca, y la Presencia delante de la cual siempre has estado se te vuelva palpable, inmediata e ineludible?

11. Los nuevos hombres

En el último capítulo comparamos la obra de Cristo de hacer nuevos hombres con el proceso de convertir un caballo en una criatura alada. Usamos tal ejemplo extremo con el propósito de poner énfasis en que no se trata de un mero mejoramiento sino de una transformación. El paralelo que más se acerca a esto se halla en las transformaciones notables que pueden lograrse en los insectos al aplicárseles ciertos rayos. Algunos creen que es así como tiene lugar la evolución. Las alteraciones en criaturas en las cuales todo esto depende pueden haberse producido por rayos provenientes del espacio exterior. Por supuesto que una vez que las alteraciones se producen, lo que llamamos "selección natural" empieza a trabajar sobre ellas; esto es, sobreviven las alteraciones útiles y las otras despararecen.

Quizás el hombre moderno pueda entender mejor la idea cristiana si la toma en conexión con la evolución. Todo el mundo sabe en qué consiste la evolución, aunque, claro está, hay gente educada que no cree en ella. A todos se nos ha di-

cho que el hombre evolucionó de tipos inferiores de vida. En consecuencia, uno a menudo se pregunta: "¿Cuál es el paso siguiente? ¿Cuándo va a aparecer el ser que sucederá al hombre?" Algunas veces escritores imaginativos han tratado de presentar el cuadro del próximo paso: el "superhombre", como lo llaman; pero por lo general sólo logran presentar a alguien mucho peor que el hombre que conocemos, y luego tratan de hacerlo superior por el sencillo procedimiento de dotarlo de piernas y de manos extras. Pero supongamos que el próximo paso haya de ser algo aún más diferente de lo que antes nunca se haya soñado. ¿Y no es muy probable que así acontezca? Hace miles de siglos evolucionaron criaturas enormes, fuertemente acorazadas. Si alguien en aquel tiempo se hubiera puesto a observar el curso de la evolución, probablemente habría esperado que el resultado habría de ser criaturas más y más fuertemente acorazadas. Pero se habría equivocado. El futuro tenía en la bocamanga una carta escondida, la cual nada de lo de aquel tiempo habría puesto a nuestro supuesto observador en camino de acertar. Iban a surgir animales pequeños, desnudos y desprovistos de coraza, pero con un cerebro mayor; y con tal cerebro iba a dominar todo el planeta. No iba a tener más poder que los monstruos prehistóricos, sino que iba a poseer una nueva clase de poder. El paso siguiente no solamente iba a ser diferente; sino diferente con una nueva clase de diferencia. La corriente de la evolución no iba a fluir en la dirección que pensaba nuestro observador; iba a dar un giro muy agudo.

Ahora parece que la mayoría de las presunciones populares en cuanto al paso siguiente están cometiendo la misma suerte de equivocación. La gente ve, o por lo menos piensa que ve, hombres con cerebros más desarrollados y con mayor dominio sobre la naturaleza. Y porque cree que la corriente va en tal dirección, se imagina que todo fluirá en dicha dirección. Pero no puedo dejar de pensar que el próximo paso será en realidad nuevo; irá en una dirección en la cual nunca podríamos haber soñado. No valdría la pena de llamarlo paso

nuevo a menos que lo sea. Espero no un cambio, sino un nuevo método de producir el cambio. O, para decirlo en una especie de acertijo, espero que la próxima etapa de la evolución no sea en forma alguna una etapa de la evolución; espero que la evolución misma sea superada como método de producir cambio. Y por último, no me sorprendería que cuando esto suceda, muy pocos se den cuenta de lo que ha acontecido.

Y si estos términos son los que escogemos para hablar, el punto de vista cristiano es el de que precisamente el Nuevo Paso ya apareció. Y en realidad es nuevo. No es un cambio de hombres con cerebros a otros hombres con mayores cerebros; es un cambio que toma una dirección diferente; un cambio que consiste en que las criaturas de Dios se convierten en hijos de Dios. El primer ejemplar apareció ya en Palestina hace cosa de dos mil años. En un sentido, el cambio no es una "evolución" en manera alguna, porque no es nada que surja del proceso natural de los acontecimientos, sino algo que desde afuera llega a la naturaleza. Pero esto era lo de esperarse. Llegamos a la idea de la "evolución" por el estudio del pasado. Si va a haber cambios, claro está que nuestra idea, basada sobre el pasado, no los prevé. Y en efecto este Nuevo Paso difiere de todos los anteriores, no sólo en que proviene de fuera de la naturaleza, sino también en varios otros aspectos:

(1) No se lleva a cabo por reproducción sexual. ¿Tenemos que sorprendernos por esto? Existió un tiempo antes de que apareciera el sexo; el desarrollo se efectuaba por métodos diferentes. Por consiguiente, podríamos haber esperado que vendría un tiempo cuando el sexo desaparecería, o (lo que en realidad está pasando) un tiempo en que, aunque continuara existiendo, dejaría de ser el canal principal del desarrollo.

(2) En las etapas primitivas los organismos vivientes no tuvieron opciones, o sólo muy pocas, en cuanto al nuevo paso. El progreso fue, en su mayor parte, algo que les sucedió, no algo que ellas fabricaron. Pero el nuevo paso, el paso

de ser criaturas a ser hijos, es un paso voluntario. Al menos voluntario en un sentido. No es voluntario en el sentido de que cuando nos es ofrecido lo podemos rehusar. Si así nos place, podemos plantarnos en donde estamos; podemos echar raíces allí y dejar que la nueva humanidad marche sin nosotros.

(3) Hemos dicho que Cristo fue el "primer ejemplar" del nuevo hombre. Pero claro que El es mucho más que eso. No es apenas un nuevo hombre, un espécimen de las especies, sino *el* nuevo hombre. El es el origen y el centro y la vida de todos los nuevos hombres. Por su propia voluntad vino al universo creado y trajo con el la *Zoé*, la nueva vida. (Claro es que quiero decir nueva para nosotros; en su propio lugar la *Zoé* ha existido desde toda la eternidad. Y Cristo la transmite, no por herencia, sino por lo que hemos llamado "buena infección". Todo aquel que la obtiene lo hace por medio de contacto personal con El. Los otros hombres se vuelven "nuevos" por estar "en El".

(4) Este paso se da a diferente velocidad de los anteriores pasos. Comparada con el desarrollo del hombre en este planeta, la difusión del cristianismo sobre toda la raza humana es como el destello de un relámpago. porque dos mil años es casi nada en la historia del universo. (No olvidemos que todavía somos "los cristianos primitivos". Las divisiones que ahora existen entre nosotros, perversas y devastadoras, esperamos que sean una enfermedad de la infancia; todavía nos hallamos en la muda de dientes. No hay duda de que el mundo exterior piensa justamente lo contrario, Piensa que estamos muriendo de viejos. ¡Pero tantas veces así lo ha pensado antes! Repetidas veces se ha dicho que el cristianismo se halla en la agonía: muriéndose por las persecuciones de afuera y las corrupciones internas; por el surgimiento del mahometanismo; por el desarrollo de las ciencias físicas. por el levantamiento de grandes movimientos revolucionarios anticristianos. Pero en cada una de estas ocasiones el mundo se ha visto defraudado. Su primer chasco fue sobre la crucifixión. El Hombre resucitó. En un sentido esto ha venido sucediendo desde entonces. Nos damos perfecta cuenta de cuán tremendamente injusto debe haber parecido esto a los enemigos. Siguen queriendo matar a lo que Cristo inició; y cada vez que esto ocurre, cuando todavía se encuentren apisonando la tierra de su sepulcro, de repente oyen que todavía se halla vivo y que ha surgido en algún nuevo lugar. No es de sorprenderse que nos odien.)

(5) Lo que está en juego es mucho más. Por no dar los primeros pasos una criatura perdía, en el peor de los casos, sus pocos años de vida sobre la tierra; con frecuencia no perdía ni siquiera esto. Por no darlos en esta etapa perdemos un premio que, en el sentido estricto de la palabra, es infinito. Porque ha llegado el momento crítico. Siglo tras siglo Dios ha guiado a la naturaleza hasta el punto de producir criaturas que pueden, si así lo quieren, ser sacadas de la naturaleza y convertidas en "dioses". ¿Permitirán tales criaturas que las saquen? En un sentido, se asemeja a la crisis del nacimiento. Mientras no nos levantamos y seguimos a Cristo, formamos todavía parte de la naturaleza; todavía nos hallamos en el vientre de nuestra gran madre. Su preñez ha sido larga, dolorosa y muy llena de ansiedad, pero está llegando a su culminación. Ha llegado el gran momento. Todo se halla dispuesto. El Médico está aquí. ¿Será éste un buen parto? Es claro que difiere de un parto ordinario en un aspecto muy importante. En un parto común la criatura que nace es poca la opción que tiene; pero aquí sí la tiene. ¿Qué sucedería si un bebé tuviera el poder de escoger su suerte? Tal vez preferiría permanecer en la obscuridad, el calor y la seguridad del claustro materno, porque es claro que pensaría que allí se encontraría al abrigo de todo peligro. Y es en esto donde justamente se equivocaría; porque permanecer en el vientre materno significaría su muerte.

Y ya ha sucedido la cosa: el nuevo paso ha sido dado y está siendo dado. Ya los nuevos hombres surgen aquí y allá sobre toda la tierra. Algunos, tal como lo hemos confesado, son

difícilmente reconocibles; pero otros sí se pueden reconocer. De vez en cuando nos topamos con ellos. Sus rostros y voces son diferentes de los nuestros: más fuertes, más apacibles, más felices, más radiantes. Empiezan donde nosotros desistimos. Decimos que son reconocibles; pero hay que saber qué es lo que esperamos encontrar en ellos. No se asemejarán mucho al concepto de "gente religiosa" que nos hemos formado en libros y revistas. No atraen la atención hacia ellos mismos. Tendemos a pensar que nosotros les estamos demostrando amabilidad, cuando la verdad es que ellos nos la están demostrando a nosotros. Nos aman más que los demás hombres; pero nos necesitan menos. (Tenemos que dejar eso de querer que nos necesiten; para alguna gente piadosa, especialmente entre las mujeres, ésta es la tentación más difícil de resistir.) Por lo general parecen tener mucho tiempo a su disposición; y no sabemos cómo lo hacen. Cuando podemos reconocer a uno de ellos, se nos facilita reconocer a otros. Tengo la fuerte sospecha, aunque en esto es difícil la plena certeza, de que ellos se reconocen entre sí en forma inmediata e infalible, por encima de las barreras del color, del sexo, de las clases, de la edad y aun de los credos. En este sentido, el volverse santo es como entrar en una sociedad secreta. Para ponerlo en términos casi irrespetuosos, esto debe ser bien divertido.

Pero no hemos de imaginarnos que, en el sentido ordinario, todos los nuevos hombres son iguales. Mucho de lo que hemos venido diciendo en este último libro puede hacernos suponer que sí tienen que ser iguales en todo. Llegar a ser nuevos hombres significa perder lo que llamamos nuestro propio "yo". Hemos de salir de nosotros mismos y entrar en Cristo. Su voluntad ha de llegar a ser la nuestra y hemos de tener sus pensamientos, "tener la mente de Cristo", tal como lo dice la Biblia. Y si Cristo es uno, y si así El está "en" todos nosotros, ¿no debemos ser exactamente iguales? Ciertamente que así parece, pero en la práctica no lo es.

En este punto es muy difícil presentar una buena ilustración, porque, claro está, no existen otras dos cosas que se

hallen relacionadas entre sí como el Creador se halla relacionado con sus criaturas. Pero trataré de presentar dos ilustraciones muy imperfectas que pueden darnos un leve indicio de la verdad. Imaginémonos a un gran número de personas que hayan vivido siempre en la obscuridad. Vamos y tratamos de describirles cómo es la luz. Podemos decirles que si salen a la luz, la luz caerá sobre todos ellos y todos la reflejarán y pasarán a ser lo que llamamos seres visibles. ¿No es muy posible que estas personas se imaginen que, puesto que todas recibirán la misma luz y todos reaccionarán en la misma forma (es decir, reflejando la luz recibida), todas tendrán la misma apariencia? Pero sabemos que lo que la luz hará será destacar, o mostrar, cuán diferentes son entre sí. O supongamos que un cierto individuo no sepa nada en cuanto a la sal. Se le da a que pruebe un poco de ella y experimenta un gusto particular, fuerte y agudo. Entonces le decimos que en nuestro país toda la gente usa la sal para cocinar. La respuesta del hombre puede ser: "En tal caso supongo que todos los platos que preparan tienen exactamente el mismo gusto; porque el sabor de eso que me han dado es tan fuerte, que destruirá el gusto de todo lo demás". Pero nosotros sabemos que el efecto real de la sal es justamente lo opuesto. Lejos de destruir el sabor del huevo, de los callos y del repollo, lo que hace en realidad es avivar tal sabor. Tales cosas no mostrarán su sabor real hasta que se les haya añadido un poco de sal. (Ya he advertido que ésta no es una buena ilustración, porque, después de todo, se pueden destruir los otros sabores al usar demasiada sal, al paso que no se puede destruir el sabor de la personalidad humana al poner en ella mucho de Cristo. Hice todo lo que pude.)

Sucede algo así con Cristo y nosotros. Mientras más marginemos lo que llamamos nuestro "yo" personal y dejamos que Cristo se haga cargo de la situación, más verdaderamente llegaremos a ser nosotros mismos. Hay tanto de El, que millones y millones de "pequeños cristos", todos diferentes, todavía son pocos para expresar plenamente a Cristo. El los hizo a

todos ellos. Inventó, tal como un autor inventa los de una novela, todos los diferentes hombres que nosotros estamos destinados a ser. En este sentido, nuestro "yo" real nos espera en Cristo. Nada bueno resulta de tratar ser uno mismo sin Cristo. Mientras más le opongamos resistencia y más tratemos de vivir a nuestro propio modo, más llegaremos a estar dominados por nuestra herencia, nuestra educación, nuestro medio y nuestros deseos naturales. En efecto, lo que con tanto orgullo llamamos nuestro "yo", se convierte apenas en lugar de reunión para caravanas de acontecimientos que nunca iniciamos y que no somos capaces de detener; lo que llamamos "nuestros deseos" no serán más que los deseos que nuestro organismo físico lanza a la superficie, o que nos son inyectados por el pensar de otros hombres, o hasta sugeridos por demonios. Huevos y alcohol y una buena noche de sueño será el origen real de lo que con orgullo tenemos como una gran decisión personal y discriminatoria de hacer el amor a la muchacha que se sienta enfrente nuestro en uno de los coches del tren. La propaganda será el origen real de lo que consideramos como nuestros propios ideales políticos. En nuestro estado natural, no nos hallamos tan cerca de ser una persona como nos gustaría creerlo. La mayor parte de lo que llamamos nuestro, puede ser muy fácilmente explicado. Es cuando nos volvemos a Cristo, cuando le entregamos nuestro "yo" a su Personalidad, cuando de veras empezamos a tener por primera vez una personalidad propia.

Al principio dije que hay personalidades en Dios. Iré ahora un paso más allá. No existen personalidades verdaderas en ninguna otra parte. Mientras no hayas entregado tu "yo" a Cristo no tendrás un "yo" verdadero. La semejanza extrema a otros se halla más entre los hombres más "naturales", no entre los que se han rendido a Cristo. Cuán monótonamente iguales han sido los grandes tiranos y conquistadores; cuán gloriosamente diferentes son los santos.

Pero debe haber una real entrega del "yo". Hemos de arrojarlo "ciegamente", por así decirlo. Cristo nos dará ciertamente una personalidad real; pero no hemos de allegarnos a El con ese propósito. Mientras sea nuestra propia personalidad lo que nos interesa, no vamos a llegar a El. El primer paso es tratar de olvidar por completo el "yo". Nuestro real y nuevo "yo" (que es de Cristo y también nuestro, y nuestro porque es de El) no surgirá en tanto que lo estemos buscando. Nos vendrá cuando estemos buscando a Cristo. ¿No suena esto extraño? Sabemos que el mismo principio tiene su aplicación en los asuntos rutinarios de todos los días. Aun en la vida social, no lograremos causar buena impresión en los demás hasta que dejemos de pensar en qué clase de impresión les estamos causando. Y aun en la literatura y en el arte, quien se afana por la originalidad nunca llegará a ser original; en cambio, si sencillamente tratamos de decir la verdad (sin preocuparnos ni poco ni mucho de las veces que se haya dicho) nueve de cada diez veces llegaremos a ser originales sin siquiera habernos dado cuenta de ello. Este principio se aplica a todo en la vida, desde el inicio hasta el fin. Pongamos a un lado nuestro "yo" y hallaremos nuestro "yo" verdadero. Perdamos la vida, y la salvaremos. Entreguémonos todos los días a la muerte, a la muerte de nuestras ambiciones y de nuestros deseos favoritos, y a la muerte de nuestro cuerpo al final. Entreguémonos con cada una de las fibras de nuestro ser, y hallaremos la vida eterna. No nos reservemos nada. Nada de lo que no entreguemos llegará a ser nuestro de veras. Nada que en nosotros no haya muerto resucitará. Preocupémonos sólo de nosotros mismos y a la larga hallaremos solamente odio, soledad, desesperación, ira, ruina y desintegración. Pero busquemos a Cristo y lo hallaremos y con El todo lo demás por añadidura.